

CUPIDO, ESTA ME LA PAGAS

MARCOS A.C.

CUPIDO,



ESTA ME LA PAGAS

MARCOS A.C.

Primera edición.

Cupido, esta me la pagas

©Marcos A.C.

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

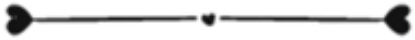
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Capítulo 1



Clara

Los lunes siempre me parecieron una broma de mal gusto. No porque odiara mi trabajo como les pasaba a algunas personas, sino porque los lunes tenían la fea costumbre de recordarme que mi vida estaba peligrosamente bien ordenada.

Y yo no me fiaba de nada que funcionara demasiado bien durante mucho tiempo.

Aquel lunes de primeros de febrero me desperté antes de que sonara el despertador. Fuera llovía con esa lluvia fina y traicionera tan sevillana que no calaba, pero incomodaba. El cielo estaba gris, el aire frío, y el azahar aún no había explotado, aunque ya se intuía en el ambiente, como una promesa a medio cumplir.

Me quedé unos segundos mirando el techo de mi dormitorio, escuchando el silencio de la casa, preguntándome, sin demasiada convicción, en qué momento exacto había decidido que una mujer de treinta años, con un cargo directivo en una multinacional y una hipoteca decente, no necesitaba nada más.

Pues sí, lo había decidido yo. Y solo yo tenía la culpa.

Me levanté, me até la bata y crucé el pasillo hasta la cocina. El chalet estaba en silencio, como siempre entre semana. Demasiado grande para una sola persona, decían mis padres. Demasiado pequeño para una familia, decía

mi madre con ese tono que utilizaba cuando en realidad quería decir “A ver cuándo me das nietos”.

Abrí la cristalera que daba al jardín. Las buganvillas estaban empapadas, el limonero resistía como un campeón y el césped tenía ese verde intenso que solo aparecía después de la lluvia. Aquel jardín era mío. Cada planta, cada maceta, cada maldita decisión estética. Era mi refugio. Mi territorio. El único lugar donde no tenía que demostrar nada a nadie.

Me preparé un café bien cargado y me apoyé en la encimera, todavía medio dormida. Pensé en mis padres. En Antonio, con su ironía tranquila, leyendo el periódico como si el mundo no estuviera a punto de acabarse cada dos por tres. En mi madre, Rosa, llamándome tres veces por semana para preguntarme si había comido caliente y si seguía soltera por elección o por cabezonería.

—*Por ambas cosas, mamá* —murmuré para mí misma, sonriendo, como si pudiera oírme.

Ellos siempre habían sido mi red. Mi colchón emocional. Los dos jubilados, los dos orgullosos, los dos convencidos de que su hija mayor estaba destinada a algo grande. A veces me preguntaba si esa presión invisible había tenido algo que ver con mi tendencia a elegir mal a los hombres.

Porque sí, mis relaciones sentimentales habían sido un desfile de decisiones bastante cuestionables.

Un arquitecto que se sentía intimidado por mi sueldo. Un abogado que no soportaba que yo llegara tarde a las citas porque “el comité no entiende de romanticismo”. Un consultor internacional que adoraba mi independencia… hasta que dejó de hacerlo.

Siempre el mismo patrón: entusiasmo inicial, admiración, incomodidad, competencia, reproches. Yo no sabía hacerme pequeña. No sabía callarme. Y, sinceramente, no quería aprender.

Me terminé el café y fui a ducharme. El agua caliente me ayudó a despejar la cabeza. Aquella mañana me esperaba una presentación importante, pero no estaba nerviosa. *Híspalis Global Tech* era casi mi segunda casa. Llevaba allí

siete años. Había crecido con la empresa. Me había ganado cada ascenso a base de ideas, discusiones y algún que otro portazo bien dado.

Era analista senior en el departamento de Estrategia y Desarrollo Corporativo a mis treinta años. No era poca cosa. Y no pensaba fingir humildad al respecto. Aunque a veces mis funciones eran casi como las de un director.

Mientras me vestía con un traje de chaqueta gris marengo, blusa blanca y tacones negros, pensé en Inés, mi hermana pequeña. Veintidós años y una capacidad inquietante para leer a la gente. Estudiaba Psicología y estaba convencida de que yo utilizaba el sarcasmo como mecanismo de defensa.

—*No es un mecanismo de defensa, es un estilo de vida* —le había dicho la última vez.

Cogí el bolso, las llaves y salí de casa. El coche olía a café y a limpieza reciente. Puse música, algo con ritmo, algo que me recordara que seguía viva, y arranqué rumbo a la oficina.

Aún no sabía que ese lunes iba a ser cualquier cosa menos uno normal. Y eso, por supuesto, debería haberme puesto en alerta.

Los lunes tenían otra costumbre inamovible: el desayuno con Noelia.

No era negociable. Podían caerse los servidores de medio continente, podía haber huelga de taxis o alerta naranja por lluvia, pero Noelia y yo desayunábamos juntas antes de entrar a la oficina. Era nuestro ritual. Nuestro pequeño acto de rebeldía contra el estrés corporativo.

El sitio era una cafetería moderna a dos calles de *Híspalis Global Tech*, con mesas de madera clara, cristaleras enormes y un café que, milagrosamente, no sabía a calcetín usado. Aparqué, cerré el coche y corrí los últimos metros bajo la llovizna fina que se empeñaba en estropearme el pelo.

Noelia ya estaba dentro, sentada en nuestra mesa de siempre, con su portátil abierto y una libreta al lado. Impecable, como siempre. Traje beige, blusa negra, ceño fruncido por la concentración y el pelo pelirrojo perfectamente ondulado cayéndole sobre los hombros.

—Llegas tarde —me dijo sin levantar la vista, como si no me hubiera visto entrar, pero sabiendo perfectamente que era yo.

—Son las ocho y diecisiete —respondí dejándome caer frente a ella—. Eso no es llegar tarde, que me he adelantado tres minutos.

Noelia sonrió. Una de esas sonrisas sutiles, controladas, que utilizaba cuando ya sabía algo que yo no.

—¿Qué pasa? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Nada.

—Noelia, que nos conocemos.

Cerró el portátil con una calma exasperante y me miró por encima del borde de la taza de café.

—¿Tienes tiempo para un croissant antes de que se te atragante el día?

—Ahora sí que me estás asustando.

Llamamos al camarero y pedimos lo de siempre. Yo me quité el abrigo y lo dejé colgado en el respaldo de la silla, sin dejar de mirarla.

—Habla —le exigí.

—Vale —dijo alargando la palabra—. Pero no dispares al mensajero.

Nunca me gustó esa frase.

—Dispara tú primero.

Noelia respiró hondo.

—El nuevo CEO llega hoy.

Parpadeé.

—¿Cómo que llega hoy?

—Como que llega hoy —repitió, muy tranquila—. A las diez. Directo a la reunión del comité.

Me eché hacia atrás en la silla.

—Eso es imposible. —Negué con la cabeza—. Rober dijo que todavía no había fecha cerrada. Que estaba en Londres, que necesitaba tiempo…

—Rober dice muchas cosas —respondió ella encogiéndose de hombros—. Pero esta vez va en serio.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Noelia apoyó los codos en la mesa y juntó las manos.

—Porque Recursos Humanos ha pedido que prepare su agenda. Porque Sistemas ha activado su acceso esta mañana. Porque Marta lleva desde las siete aquí dentro con cara de funeral. Y porque… —hizo una pausa mínima— Voy a ser su asistente ejecutiva.

Eso sí me pilló por sorpresa.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Pero tú eres mi asistente.

—Soy asistente ejecutiva senior —corrigió—. Y han decidido reasignarme.

La miré durante unos segundos, procesando la información.

—¿Y tú qué opinas de eso?

Noelia se encogió de hombros otra vez.

—Que me van a pagar más. Que voy a aprender mucho. Y que, probablemente, voy a necesitar una paciencia infinita.

—¿Por?

—Porque por lo que dicen… —Bajó un poco la voz—. Es un cabrón.

Sonreí.

—Ah. Entonces encajará perfectamente.

Noelia me lanzó una mirada de advertencia.

—Clara.

—¿Qué? —me defendí—. No voy a hacer nada.

—Eso es lo que más miedo me da.

El camarero dejó nuestros desayunos sobre la mesa. El olor a café recién hecho me reconfortó un poco. Le di un sorbo largo, como si eso pudiera ayudarme a asimilar la noticia.

—Cuéntamelo todo —dije.

Noelia se inclinó hacia mí.

—Alejandro Vega Ferrer. Cuarenta años. Ha estado los últimos quince en Londres trabajando para una multinacional del sector energético. Resultados espectaculares. Reputación impecable. Carácter… —Hizo una mueca—. Complicado.

—Todos los genios son complicados —comenté mientras untaba mantequilla en la tostada.

—Este no es complicado. Es frío.

—Me encantan los retos.

—No es un reto profesional, Clara. —Me miró muy seria—. Viene con historia.

—Todo el mundo viene con historia.

—Con su padre.

Ahí levanté la vista.

—¿Con Rafael Vega?

—El mismo.

Me apoyé en el respaldo de la silla, pensativa. Rafael Vega era una institución en *Híspalis Global Tech*. El fundador. El patriarca. El tipo de hombre que entraba en una sala y hacía que todo el mundo se enderezara en la silla sin saber muy bien por qué.

—Tenía entendido que no se hablaban.

—Y no se hablan.

—Entonces, ¿por qué vuelve?

Noelia negó despacio.

—Eso no lo sabe nadie. O nadie lo dice.

Me mordí el labio inferior, pensativa. Algo en todo aquello no me gustaba. Los regresos nunca eran sencillos. Siempre traían cuentas pendientes.

—¿Y Rober? —pregunté—. ¿Qué dice?

—Está nervioso —respondió—. Y eso en él es mala señal.

Solté una carcajada breve.

—Pues esto se está poniendo interesante.

—No digas eso —me pidió—. Tú eres analista de Estrategia. Vas a chocar con él.

—Con todos choco —respondí encogiéndome de hombros—. Es parte del encanto.

Noelia me observó durante unos segundos, como si estuviera evaluándome.

—Clara… —empezó con cautela—. Alejandro Vega no es como los otros.

—¿Los otros, quiénes?

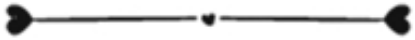
—Los directivos de siempre. Este viene de fuera. No te conoce. No le debes nada. Y eso puede ser peligroso.

Sonreí con una seguridad que, en retrospectiva, rozaba la temeridad.

—O liberador.

Noelia suspiró al tiempo que volteaba los ojos, y eso significaba que estaba llegando al límite de su paciencia conmigo. Y solo eran las ocho y media de la mañana del lunes.

Capítulo 2



Clara

Terminamos el desayuno entre comentarios sobre la reunión del día, los rumores de pasillo y las últimas historias sentimentales de nuestros compañeros. Álvaro había vuelto con su ex, otra vez, Diego se había liado con una clienta alemana y Celia estaba planteándose pedir traslado a Barcelona.

Rutina. Normalidad. Vida de oficina.

Pagamos y salimos a la calle. La lluvia había dado tregua, pero el aire seguía frío. Caminamos juntas hacia el edificio de cristal de *Híspalis Global Tech*, imponente incluso en días grises.

—A las diez —murmuró Noelia—. No llegues tarde.

—No llego tarde nunca —respondí.

—Llegas tarde siempre —resopló y sonreí.

Cuando entramos al edificio, el vestíbulo bullía más de lo habitual. Se notaba en el ambiente, en las miradas, en los corrillos improvisados. Algo estaba pasando. Y no solo porque llegara un nuevo CEO.

Subí a mi despacho, dejé el abrigo, encendí el ordenador y revisé por última vez la presentación. Todo estaba en orden. Datos sólidos. Estrategia clara. Propuestas realistas y ambiciosas. Nada que temer.

A las nueve y cincuenta y cinco, mi móvil vibró con un mensaje.

Noelia: *Está aquí.*

Levanté la vista de la pantalla. Sentí una punzada extraña en el estómago. No eran nervios. No exactamente. Era… intuición. Esa sensación incómoda de que algo estaba a punto de cambiar, te gustara o no.

Me levanté, cogí la carpeta y salí hacia la sala de reuniones.

Mientras caminaba por el pasillo acristalado, pensé fugazmente que quizá aquel lunes no iba a ser como los demás.

Lo que no sabía era hasta qué punto iba a tener razón.

La sala de reuniones principal estaba casi llena cuando entré. Una mesa ovalada interminable, pantallas encendidas, botellas de agua alineadas como soldados y ese murmullo previo que siempre precedía a los momentos importantes. Saludé con la cabeza a algunos compañeros mientras ocupaba mi sitio habitual, a Rober Vega, primogénito de Rafael Vega y CEO de la empresa desde hacía diez años.

Rober estaba de pie, apoyado en la mesa, hablando en voz baja con Marta, su secretaria. Tenía el ceño ligeramente fruncido, pero cuando me vio entrar me dedicó una sonrisa ladeada.

—Buenos días, Montes —dijo—. ¿Preparada para impresionar al nuevo jefe?

—Siempre —respondí dejando la carpeta sobre la mesa—. ¿Y tú? ¿Preparado para compartir trono?

Rober soltó una risa breve.

—Eso ya lo veremos.

Tomé asiento y abrí el portátil. Noelia estaba sentada un par de puestos más allá, con su libreta abierta y una expresión extrañamente neutra. Me miró un segundo y levantó apenas una ceja. “Ahí viene”, parecía decir.

A las diez en punto, la puerta se abrió y el murmullo murió.

No fue un silencio gradual, no. Fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor invisible. La conversación se cortó de golpe, las sillas dejaron de moverse, las miradas se dirigieron al mismo punto. Levanté la vista, y le vi.

Alejandro Vega entró en la sala con paso seguro, sin prisa, como si todo aquel despliegue de expectación no fuera con él. Traje oscuro impecable, abrigo colgado del brazo, pelo negro con una alguna que otra cana en las sienes, barba de tres días que le daba un aire peligrosamente interesante y unos ojos grises que parecían analizarlo todo con una frialdad que intimidaba.

Alto. Muy alto. Hombros anchos. Presencia arrolladora. Joder.

No me gustó el impacto inmediato que me produjo. Ni la forma en la que mi estómago se tensó. Ni el hecho de que, durante una fracción de segundo imperdonable, me olvidara de respirar.

Alejandro se detuvo junto a Rober y quedó claro que eran hermanos, porque el parecido era innegable, por no hablar de que ambos tenían algo de su padre. Dejó el abrigo en el respaldo de una silla y recorrió la sala con la mirada. No sonrió. No saludó con la mano. Simplemente observó. Como quien entraba en territorio enemigo y evaluaba daños.

—Buenos días —dijo al fin.

Su voz era grave, firme, con un acento apenas perceptible que delataba los años que había pasado en Londres, fuera de su Sevilla natal.

—Buenos días —respondimos algunos, desacompasados.

Rober tomó la palabra.

—Alejandro, bienvenido de nuevo a casa. —Le dio una palmada suave en el hombro—. Creo que ya conoces a la mayoría, pero…

—No hace falta —lo interrumpió Alejandro sin brusquedad, pero sin pedir permiso—. Ya me pondré al día.

Rober parpadeó una vez, sorprendido, pero no dijo nada. Alejandro tomó asiento en la cabecera opuesta a la suya. Ese gesto, pequeño y aparentemente

insignificante, no pasó desapercibido para nadie.

Interesante, sin duda alguna. Quizás el nuevo jefe no solo no se hablara con su padre, sino que también tenía alguna rencilla con su hermano mayor.

—Empecemos —continuó Alejandro mirando la pantalla—. Tenemos una agenda ajustada.

Hubo un leve revuelo de papeles. Yo crucé las piernas y me apoyé en el respaldo de la silla, observándolo con atención. Tenía ese aire de hombre acostumbrado a mandar sin levantar la voz. De los que no pedían, sino que esperaban que se les obedeciera.

Rober comenzó con los números generales y Alejandro escuchó sin interrumpir durante unos minutos, asintiendo de vez en cuando, tomando notas mentales. Hasta que dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Esos datos de crecimiento en el eje sur no están actualizados —dijo.

Rober se giró hacia la pantalla.

—Son los últimos consolidados.

—No —respondió Alejandro con calma—. Los últimos incluyen el acuerdo piloto con Faro y el retraso del proyecto de Málaga. Eso cambia el margen un tres por ciento.

Se hizo un silencio incómodo y Rober frunció el ceño.

—Eso no lo teníamos reflejado.

—Lo sé —dijo Alejandro sin mirarlo—. Por eso lo he dicho.

Noté cómo varios directivos intercambiaban miradas. Yo me incliné ligeramente hacia delante, interesada pese a mí misma.

Cuando llegó mi turno, respiré hondo y me levanté. Proyecté la primera diapositiva.

—Como analista senior de Estrategia y Desarrollo Corporativo, mi propuesta para el próximo ejercicio se basa en tres pilares —comencé—: expansión controlada, inversión en I+D y alianzas institucionales en ciudades sostenibles e inteligentes.

Hablé con seguridad, como siempre. Con datos, con visión, con convicción. Noté miradas atentas, asentimientos. Incluso Rober parecía satisfecho. Alejandro, por el contrario, me observaba sin expresión.

Cuando terminé, se hizo un breve silencio. Esperé la reacción habitual: preguntas, matices, debate.

Lo que no esperaba fue su tono.

—Es ambicioso —dijo finalmente—. Demasiado.

Levanté una ceja.

—¿Perdón?

—Demasiado ambicioso para una empresa que todavía arrastra ineficiencias estructurales —continuó—. Invertir tanto en expansión cuando aún no hemos optimizado procesos internos es arriesgado.

Noté cómo la sangre me subía a la cara.

—Con todo el respeto —repliqué—, esa “ineficiencia estructural” se está corrigiendo precisamente con innovación y crecimiento, no recortando alas.

Alejandro entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Eso es una visión romántica del negocio.

Ahí fue cuando se me acabó la paciencia.

—No —respondí con una sonrisa tensa—. Es una visión estratégica basada en datos reales y en el conocimiento profundo de esta empresa. Algo que, con todos mis respetos, usted aún no tiene.

La tensión se volvió física, podía palparse. Algunos bajaron la mirada. Otros se removieron en sus sillas. Noelia dejó de escribir.

Alejandro me sostuvo la mirada durante varios segundos. Sus ojos grises se clavaron en los míos con una intensidad que me erizó la piel.

—¿Su nombre? —preguntó.

—Clara Montes Roldán —contesté sin que me temblara ni una mijita la voz.

—Ah —dijo despacio—. La famosa Clara Montes.

Sonreí, ladeando la cabeza.

—Depende de quién pregunte.

Rober carraspeó.

—Clara es una de nuestras piezas clave —intervino—. Sus resultados hablan por sí solos.

—No lo dudo —respondió Alejandro sin apartar los ojos de mí—. Pero los resultados también se cuestionan. Es sano.

—Lo sano —repliqué— es escuchar antes de juzgar.

Hubo un murmullo ahogado. Alejandro apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Está cuestionando mi criterio?

—Estoy cuestionando su forma de hacerlo —dije con voz firme—. Son cosas distintas.

El silencio que siguió a mis palabras, fue absoluto. Durante un segundo pensé que me iba a pedir que saliera de la sala. O que me iba a poner en mi sitio delante de todos. No me habría sorprendido.

En lugar de eso, sonrió. Apenas un gesto. Breve, pero sin duda, peligroso.

—Interesante —murmuró.

Cerró su carpeta y se levantó.

—La reunión ha terminado. —Miró el reloj—. Y Clara…

Levanté la barbilla.

—¿Sí?

—Pásate por mi despacho dentro de una hora.

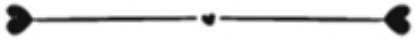
No fue una pregunta, fue una orden de las que no admitían una negativa. Sentí un cosquilleo recorrerme la espalda. No sabía si de enfado, de adrenalina o de algo mucho más peligroso.

—Por supuesto —respondí—. Estaré encantada.

Alejandro asintió una vez y dio por terminada la reunión.

Mientras recogía mis cosas, solo pude pensar una cosa: No pensaba achantarme ante el inglés estirado. Ni ahora. Ni nunca.

Capítulo 3



Alejandro

Volver a Sevilla no fue una decisión valiente. Fue una rendición cuidadosamente disfrazada de deber.

El avión aterrizó el día anterior poco después del amanecer. Desde la ventanilla vi la ciudad extendiéndose bajo un cielo plomizo, más gris de lo que recordaba, como si hasta el clima se hubiera puesto de acuerdo para recordarme que no era bienvenido. Quince años eran suficientes para que cualquier lugar dejara de sentirse como casa. Incluso este. Incluso Sevilla.

No llevaba mucho equipaje. Nunca lo hacía. Aprendí pronto que cuanto menos arrastrabas, menos te pesaba cuando tenías que salir corriendo. Londres me había enseñado eso. Londres y yo habíamos tenido una relación funcional, sin amor, sin promesas. Me dio anonimato, trabajo, una carrera sólida. Yo le di horas, noches, ambición y una versión de mí mismo que no hacía preguntas incómodas.

Allí nadie sabía quién era mi padre. Allí nadie me miraba esperando que fuera “el hijo de”.

Respiré hondo cuando puse un pie en la terminal. El aire era distinto. Más húmedo. Más denso. Cargado de recuerdos que no había pedido. Cuando salí, mi madre me esperaba en el coche.

Elvira Ferrer seguía teniendo la misma sonrisa dulce de siempre, aunque las arrugas alrededor de los ojos delataban el paso del tiempo que yo había

fingido no ver desde la distancia. Se bajó en cuanto me vio y me abrazó con una fuerza que no esperaba.

—*Hijo* —susurró—. *Ya era hora.*

No respondí. No supe qué decirle. Nunca había sabido hacerlo con ella. Porque mi madre siempre había sido el punto débil. El lugar donde el rencor no encajaba.

Durante el trayecto apenas hablamos. Sevilla pasaba ante mis ojos como una película mal montada: calles conocidas, esquinas que despertaban imágenes que había archivado a conciencia. El instituto. El parque. La casa familiar que ahora evitaba mirar demasiado tiempo.

—*Tu padre sabe que has llegado* —dijo ella con cuidado, sin mirarme—. *Está… contento.*

Apreté la mandíbula.

—*No he vuelto por él.*

Mi madre asintió despacio.

—*Lo sé.*

Y no dijo nada más. Nunca lo hacía. Había aprendido a sobrevivir entre silencios.

El chalet donde me alojaría estaba exactamente como lo había dejado la última vez que vine, años atrás, para un funeral que tampoco quise enfrentar del todo. Moderno. Minimalista. Demasiado perfecto. Como si alguien hubiera intentado borrar cualquier rastro de vida para no molestar.

Esa noche dormí poco. Soñé con discusiones, con papeles firmados a la fuerza, con la cara de mi padre gritándome que no tenía ni idea de cómo funcionaba el mundo real.

Me desperté esta mañana con el corazón acelerado y la certeza incómoda de que, por mucho que lo negara, había vuelto para ajustar cuentas.

Mi relación con Rafael Vega había muerto quince años atrás, en su despacho, una tarde sofocante de julio.

Todavía recordaba el olor a madera pulida. El aire acondicionado que no me quitaba el calor. Los documentos sobre la mesa. El informe que yo me negué a firmar.

—*No pienso hacerlo* —le dije entonces—. *Esto es un fraude.*

—*Es una decisión empresarial* —respondió él con esa voz calmada que utilizaba cuando quería aplastarte sin levantar la voz—. *Y tú no tienes ni idea de lo que cuesta mantener una empresa como esta a flote.*

—*Lo que cuesta no es una excusa para pisotear a la gente* —repliqué—. *Ni para joderle la carrera a mamá porque te incomoda que destaque.*

Eso fue lo que encendió la mecha. Mi padre se levantó de la silla de golpe.

—*No metas a tu madre en esto.*

—*La has metido tú* —le grité—. *La has apartado porque no soportas que una mujer te haga sombra.*

Recuerdo su mirada. Fría. Dura. Orgullosa.

—*Si no te gusta cómo hago las cosas, la puerta está ahí.*

Y yo la crucé. Sin mirar atrás.

Londres fue huida y salvación a partes iguales. Me esforcé. Trabajé como un animal. Ascendí rápido. Aprendí a ser frío, a no implicarme, a no permitir que nadie me hablara como si me conociera. Las relaciones sentimentales fueron un desastre tras otro. Mujeres brillantes, fuertes… que acababan cansándose de mi distancia. O de mi incapacidad para quedarme.

Siempre había algo más importante. Un proyecto. Un vuelo. Una excusa. La empresa era lo único que no me pedía nada emocional a cambio.

Por eso, cuando acepté volver a *Híspalis Global Tech*, supe que la empresa sería mi campo de batalla. Mi territorio. El único lugar donde podía permitirme no sentir.

Lo que no esperaba era que una mujer de ojos azules y lengua afilada me descolocara en menos de una hora.

Clara Montes Roldán. Desde el primer momento supe que iba a ser un problema.

No por su cargo ni por su inteligencia evidente. Sino porque me miró sin miedo. Porque me habló como si no le importara quién era yo. Porque no bajó la cabeza cuando cuestioné su estrategia.

Nadie me hablaba así. Y, contra todo pronóstico, no la fulminé.

Porque, muy en el fondo, algo en su insolencia me resultó peligrosamente familiar. Demasiado viva. Demasiado real. Y eso, después de quince años construyendo muros, era justo lo que no podía permitirme.

La empresa olía igual que en mis recuerdos: a café caro, a muebles de importación y a poder. *Híspalis Global Tech* no había cambiado tanto como yo esperaba. Había crecido, sí. Más plantas, más cristal, más pantallas. Pero el fondo seguía siendo el mismo: una jungla elegante donde sobrevivían los que aprendían rápido cuándo morder y cuándo sonreír. Y yo había vuelto para mandar.

Recorrí los pasillos con paso firme, saludando lo justo. No necesitaba caer bien. Nunca lo había necesitado. Lo importante era que supieran que estaba allí para quedarme. O, al menos, para poner orden.

La reunión del comité fue exactamente lo que esperaba… hasta que dejó de serlo.

Había perfiles sólidos, directivos competentes, algún que otro oportunista bien camuflado. Mi hermano Rober se movía con soltura, como pez en el agua. Siempre había sido mejor que yo en lo social. Yo compensaba con precisión. Y entonces habló Clara.

Desde el primer minuto supe que no era una ejecutiva más. No leía diapositivas: las defendía. No exponía ideas: las empujaba. Tenía una seguridad que no era impostada, una forma de hablar directa, sin adornos innecesarios. Y, sobre todo, no intentaba impresionarme. Eso fue lo que me desconcertó.

Cuando cuestioné su estrategia, esperaba lo habitual: una explicación técnica, una defensa medida, quizá un pequeño gesto de sumisión. Algo.

Pero lo que recibí fue una réplica afilada, elegante y perfectamente argumentada… delante de todos.

Me sostuvo la mirada sin parpadear. No se disculpó. No retrocedió.

Sentí una punzada de irritación inmediata. Nadie me hablaba así. Nadie tenía ese descaro el primer día. Menos aún alguien que, por jerarquía, debía cuidarse. Y, sin embargo, no pude negar que tenía razón en varios puntos.

Eso me enfadó todavía más.

Cuando terminó la reunión y regresé a mi despacho, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria. Me quité la americana y me apoyé en la mesa, respirando hondo. Desde allí veía parte de la ciudad a través de las cristaleras. Sevilla seguía ahí, indiferente a mis conflictos internos.

—*Joder* —murmuré.

Noelia apareció poco después, con su libreta en la mano. Era una asistente ejecutiva senior a la que habían reasignado para estar bajo mis órdenes, mi hermano decía que era de las mejores y esperaba que no se equivocara.

—¿Todo bien? —preguntó con una profesionalidad impecable.

—La analista de Estrategia —respondí sin rodeos—. Clara Montes. Quiero su expediente completo.

Noelia arqueó una ceja, apenas un gesto.

—Lo tendrá en diez minutos.

—Y agenda una reunión con ella. Dentro de una hora.

—Ya está hecho —dijo, y asentí porque me había escuchado en la reunión decirle a Clara que quería verla.

Me observó un segundo más de lo necesario.

—Es brillante —añadió—. Y no suele equivocarse.

—Eso está por ver.

Noelia asintió y salió del despacho sin decir nada más. Cerré los ojos un instante y la imagen de Clara, de pie frente a la mesa, desafiante, volvió a mi mente con una claridad molesta. Su voz. Su mirada. La forma en que no se achantó.

Esa mujer era un problema. Y, de forma mucho más incómoda, una distracción.

Cuando Noelia volvió con el expediente, confirmé lo evidente: ascensos rápidos, proyectos exitosos, reputación impecable. No había llegado allí por enchufe. Se había ganado cada escalón que había subido a pulso. Eso no mejoró mi humor.

Miré el reloj. Faltaban cinco minutos. Me enderecé, me coloqué la americana y volví a ponerme la máscara de CEO. Fría. Imperturbable. Eficaz.

Y puntual como un jodido reloj suizo, llamaron a la puerta.

—Pasa.

Clara entró con paso seguro, carpeta en mano y la barbilla alta. No sonreía. Tampoco parecía nerviosa. Cerró la puerta tras ella y se plantó frente a mi escritorio.

—Me has pedido que viniera —dijo—. Y aquí estoy.

Ni un “buenos días”. Ni una disculpa. Nada.

La observé en silencio durante unos segundos. Era aún más impresionante de cerca. La energía que desprendía llenaba el espacio. No tenía ni idea del efecto que causaba. Q quizá sí, y le daba igual.

—Toma asiento —le indiqué señalando la silla frente a mí.

No lo hizo de inmediato. Me sostuvo la mirada, evaluándome. Luego se sentó despacio, cruzando las piernas con naturalidad. Sin sumisión. Sin prisa.

—Supongo que quieres hablar de la reunión —dijo.

—Supongo que sí.

Esperé. Ella también. Ninguno parecía dispuesto a ceder terreno.

—Tu forma de intervenir —continué— fue… poco habitual.

—¿Poco habitual o incómoda? —replicó.

Apreté la mandíbula.

—No estoy acostumbrado a que se me contradiga en público el primer día.

—Yo no estoy acostumbrada a que se infravalore mi trabajo sin conocerlo —respondió sin titubeos—. Estamos empatados.

Ahí fue cuando lo entendí del todo.

Clara Montes no iba a agachar la cabeza jamás. Y, por alguna razón que no me gustó nada, eso despertó en mí algo más que enfado. Me incliné hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Quiero ver de qué eres capaz de verdad —dije—. Voy a asignarte un proyecto clave.

Sus ojos azules brillaron con algo que no supe interpretar del todo.

—¿Una prueba?

—Llámalo como quieras.

—Acepto —respondió sin dudar—. Pero con una condición.

—Te escucho.

—Que no interfieras por orgullo. Si quieres resultados, déjame trabajar.

La miré fijamente. Durante un segundo pensé en decirle que no. En ponerla en su sitio. En recordarle quién mandaba. En lugar de eso, asentí.

—Tienes carta blanca. Por ahora.

Clara se levantó, recogió su carpeta y se dirigió a la puerta.

—No te arrepentirás —dijo antes de salir.

Cuando me quedé solo en el despacho, me dejé caer en la silla.

—*Eso está por ver* —murmuré.

Pero en el fondo ya lo sabía. Esa mujer iba a ser un problema. Y, quizá, el mayor reto que había aceptado en mucho tiempo.

Me quedé solo en el despacho más tiempo del que habría admitido en voz alta.

La puerta se cerró tras Clara con un clic suave, casi educado, y aun así el silencio que dejó fue denso, incómodo. Como si hubiera alterado la presión del aire al entrar y al salir. Me pasé una mano por la nuca y respiré hondo, mirando sin ver los informes abiertos sobre la mesa.

No debería haberle dado carta blanca. Era una norma básica. No confiar tan rápido. No entregar poder sin medir las consecuencias. Y, sin embargo, lo había hecho. No por estrategia, o no solo por eso, sino por una necesidad absurda de verla moverse, de comprobar si su seguridad era real o solo una fachada bien ensayada.

Me levanté y caminé hasta la cristalera. Sevilla seguía allí, extendiéndose bajo un cielo plomizo. El tráfico avanzaba lento; la gente iba y venía con

paraguas y prisas. Vida normal. Rutina. Todo lo contrario al pequeño terremoto que acababa de sacudirme el despacho.

—*Céntrate* —me dije.

La empresa era mi prioridad. Siempre lo había sido. Desde Londres había aprendido a compartimentar: trabajo en una caja, emociones en otra. Funcionaba. Funcionaba muy bien. Hasta ahora.

Volví a la mesa y abrí el dossier del proyecto que acababa de asignarle. *Horizonte Sur*. Una alianza estratégica con varios ayuntamientos para implementar soluciones de sostenibilidad e inteligencia en zonas con problemas energéticos y de movilidad. Ambicioso. Complejo. Políticamente delicado. Perfecto para ponerla a prueba.

Si fallaba, quedaría claro que su actitud no iba acompañada de resultados. Si triunfaba… bueno. Ya me ocuparía de eso.

Noelia apareció a media mañana con un café humeante.

—Le he notado tenso —comentó dejándolo a mi lado.

—Siempre estoy tenso.

—No tanto —replicó—. Tiene nombre y apellidos.

La miré de reojo.

—Cuida lo que dices, eres mi asistente.

—Solo digo lo que veo —respondió tranquila—. Y veo que Clara no le ha dejado indiferente.

No contesté. No hacía falta. Noelia tenía ese don molesto para leer entre líneas tal como me había dicho mi hermano.

—Es peligrosa —añadió—. En el mejor y en el peor sentido.

—Lo sé.

Noelia sonrió levemente.

—Entonces todo va según lo previsto.

Se fue dejándome con esa frase rondándome la cabeza. “Según lo previsto”. Ojalá.

El resto del día transcurrió entre reuniones, llamadas y correos interminables. Pero, por mucho que lo intenté, una parte de mi atención se desviaba una y otra vez hacia el despacho de Clara. Hacia la idea de ella sentada frente a su ordenador, concentrada, segura, probablemente refunfuñando algo ingenioso sobre mí.

Me sorprendí imaginándola demasiado. Cómo se movería al hablar. Cómo frunciría el ceño al pensar. Cómo sonaría su risa cuando no estaba en modo ejecutiva. Aquello no tenía sentido.

A las seis y media, cuando la mayoría empezaba a recoger, recibí un correo suyo.

*«**Asunto:** Horizonte Sur – Primer planteamiento*

Mensaje:

Adjunto un esquema inicial. Mañana lo vemos si le parece. Buenas tardes.»

Nada más. Sin adornos. Sin halagos. Sin miedo.

Abrí el archivo y me quedé quieto. Era bueno. Muy bueno. Claro, estructurado, audaz sin ser temerario. Había detectado puntos débiles que yo mismo había marcado mentalmente. Propuestas de solución realistas. Creativas.

Sonreí sin querer.

—*Mierda* —murmuré.

Me recosté en la silla, pasando las páginas con calma. Cada línea confirmaba lo evidente: Clara Montes no solo hablaba bien. Pensaba mejor. Y eso me colocaba en una posición peligrosa.

Porque admirarla era sencillo. Desearla… empezaba a serlo también. Mantener la distancia, en cambio, se estaba convirtiendo en un esfuerzo consciente.

Apagué el ordenador y me marché del edificio cuando ya anochecía. El aire estaba frío, limpio, cargado de ese olor a tierra mojada tan característico de Sevilla después de la lluvia. Caminé hasta el coche con el abrigo subido, intentando despejar la cabeza.

Pero mi mente volvió, traicionera, a la reunión. A su mirada desafiante. A la forma en que no se disculpó. A cómo me sostuvo la mirada como si no le importara quién era yo.

Nadie me hablaba así. Y, por primera vez en años, eso no me hizo sentir poderoso. Me hizo sentir vivo.

Llegué al chalet y encendí las luces del salón. El espacio era impecable, frío, silencioso. Demasiado grande para una sola persona. Me serví un whisky y me senté frente a la chimenea apagada, observando el reflejo de la ciudad en el cristal.

Pensé en mi padre. En cómo habría reaccionado ante alguien como Clara. En si la habría aplastado o si, en el fondo, le habría tenido miedo.

Pensé en mi madre. En su sonrisa cansada. En todo lo que había perdido por no enfrentarse. Y, sin querer, pensé en mí.

En lo fácil que me resultaba levantar muros. En lo difícil que me resultaba bajarlos.

Clara Montes no era solo un problema profesional. Era un recordatorio incómodo de todo lo que había enterrado bajo capas de control y disciplina.

Di un sorbo al whisky.

—*Esto no va a acabar bien* —murmuré dejando escapar un suspiro.

Y, aun así, por primera vez desde que volví a Sevilla, no tuve ninguna intención de evitarlo.

Capítulo 4

Clara

El martes amaneció con un cielo plomizo y la típica bruma sevillana que hacía que uno se preguntase si la ciudad estaba dormida o si simplemente se había pasado de rosca con la humedad.

Noelia y yo desayunábamos en la terraza acristalada de la cafetería, cafés humeantes en mano y tostadas que todavía olían a mantequilla recién derretida. La música suave del altavoz apenas alcanzaba a superar el rumor de la calle mojada, y era uno de esos instantes que me hacían sentir que todo podía ser un poco más sencillo de lo que luego resultaba en realidad.

—Bueno, "el inglés estirado" —dije, poniendo los ojos en blanco mientras mordía un trozo de pan—, parece que pisa fuerte.

Noelia soltó un silbido bajo, apoyando la libreta sobre la mesa.

—Fuerte y muy… británico. No me extraña que te haya puesto de los nervios.

—¿De los nervios? —repliqué con ironía—. Ese hombre cuestiona todo lo que digo como si yo fuera una becaria recién salida de prácticas. Y lo peor es que tiene razón en algunos puntos, pero… ¿Es necesario recordármelo delante de todo el mundo?

Noelia rio y se inclinó hacia adelante, conspiratoria.

—Eso es porque tienes orgullo, Clara. Y porque no estás acostumbrada a que alguien te lleve la contraria sin sonreír.

—Orgullo —repuse, haciendo girar la cuchara en el café—. Es mi única defensa frente a capullos de corbata que creen que el mundo se inclina solo por tener apellido.

Noelia arqueó una ceja.

—¿Y vas a aceptar el reto de *Horizonte Sur*? —preguntó mientras meneaba el café—. Porque si vas a trabajar con él, será un campo minado… y tú eres pura dinamita.

Suspiré, mirando la taza como si de ella dependiera mi destino.

—Lo voy a aceptar. Pero juro por mi vida que voy a llevarle la contraria cada vez que pueda. Y Noelia… no voy a dejar que me intimide.

—Eso me gusta —dijo ella, sonriendo con complicidad—. Pero recuerda: inteligencia, no cabezonería.

—Claro, inteligencia con actitud —afirmé, levantando la taza y chocando suavemente con la de ella—. Y con cero paciencia para los arrogantes.

Nos reímos, y por un momento pensé en lo irónica que era la vida: la semana comenzaba con un jefe nuevo que se creía intocable y yo, con una sonrisa que no podía evitar mientras imaginaba todas las formas posibles de ponerle en su sitio.

Después de unos minutos, la conversación derivó a la oficina, a las estrategias y a los inevitables desafíos de cada proyecto. Noelia siempre tenía un comentario sensato, y aunque me molestaba admitirlo, era la voz de la razón que muchas veces me mantenía cuerda.

—Pero no te flipes —me advirtió—. Este tipo tiene experiencia, contactos, y puede que tenga sus métodos para "ponerte a prueba". No es solo un caballero británico frío: tiene motivos para ser así.

—Pues si quiere pruebas… —murmuré con media sonrisa—. Le daré lo que quiera. Solo que no va a ser tan fácil como piensa.

Noelia se rio de nuevo, y la risa nos acompañó mientras terminábamos el desayuno, empapándonos del aroma de café y pan tostado, y yo no podía evitar pensar en la semana que se avecinaba. Entre proyectos, estrategias y cenas con el comité directivo, la presencia de Alejandro flotaba como un fantasma inquietante que no desaparecía de mi cabeza.

Ya en mi despacho, con la puerta cerrada y la ciudad de Sevilla estirándose bajo la lluvia, dejé caer la carpeta sobre la mesa. Me recosté en la silla giratoria y crucé los brazos. El recuerdo de la reunión del lunes volvía una y otra vez: la mirada fría de Alejandro, la precisión de sus intervenciones, su capacidad de imponer silencio en segundos.

—*Clara Montes Roldán, te estás enganchando demasiado rápido* —me susurré, con la ironía como escudo—. *Él es un borde, británico, arrogante… y muy, muy molesto.*

Me levanté y caminé hacia la ventana. La lluvia golpeaba suavemente el cristal y, por un instante, la oficina parecía un refugio silencioso lejos de todo el mundo. Respiré hondo, intentando aclarar la mente. Tenía que concentrarme en *Horizonte Sur*, en ideas, estrategias, en demostrar que podía manejarlo sin perder un ápice de autoridad. Pero la verdad era que cada pensamiento sobre Alejandro traía consigo un cosquilleo incómodo, una mezcla de irritación y fascinación que no sabía manejar.

Cogí un bolígrafo y garabateé algunas ideas sobre el proyecto, subrayando lo que debía presentar ante mi jefa directa, la verdadera directora de Estrategia, y ante el comité. Intenté centrarme, pero los recuerdos de su voz, la forma en que inclinaba la cabeza cuando escuchaba y esa seguridad natural que emanaba… me distraían más de lo que quería admitir.

—*Esto va a ser divertido* —murmuré con una sonrisa torcida—. *Y muy, muy irritante para él.*

Mientras trabajaba, mi teléfono sonó. Era Inés, mi hermana pequeña. Contesté rápidamente, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Hola?

—¿Clara? —dijo con un tono que inmediatamente captó mi atención.

—Buenos días, hermanita.

—¿Todo bien? Te noto rara.

—¿Rara yo? —pregunté, fingiendo despreocupación mientras mis pensamientos giraban como una rueda—. Solo estoy ocupada con un nuevo proyecto que me han asignado. Nada más.

—Clara, no me engañas —dijo ella con voz dulce pero firme—. A ti te pasa algo. A ver, cuéntame. ¿Es por alguien del trabajo?

—Ya está la psicóloga —resoplé.

—Y sin que me pagues, fíjate si soy caritativa. Vamos, habla.

—Sí, es por alguien del trabajo, pero no cualquiera.

—Hija, como no seas más clara… valga la redundancia.

—El nuevo jefe. A ver, que no es que sea nuevo, que sí lo es, pero que es el hijo pequeño del señor Vega, o sea, el hermano de Alejandro, el actual CEO, y ha llegado tocándome los ovarios desde el primer día.

—Ajá.

Suspiré y le conté todo, porque claro, cuando mi hermana, la futura psicóloga de la familia, decía su clásico "ajá", debía bastarnos al resto de la humanidad para seguir hablando.

—Pues, por lo que me estás diciendo, ese hombre es tu Némesis —dijo entre risas—. Pero, como buen polo opuesto… te atrae.

—¿Te has vuelto loca? —dije, riéndome—. No diga tonterías, Inés, que ese hombre es todo lo contrario a lo que me podría atraer, te lo aseguro.

—Vale, vale, qué genio gastamos un martes de buena mañana, *ojú* —respondió, y sonreí—. Nos vemos pasado mañana en casa de mamá y papá para comer. Y voy a considerar lo de empezar a cobrarte, porque me da a mí en la nariz que ese hombre te va a sacar de quicio en más de un sentido. Voy a ir mirando tarifa especial para hermana.

—Lo que me faltaba por oír. Anda, sigue estudiando, loquita mía.

Colgué y suspiré, dejando que un pequeño escalofrío recorriera mi espalda. Tenía razón: me atraía. Y me daba miedo admitirlo.

El teléfono volvió a sonar, esta vez con la voz de Rober.

—Clara, baja a mi despacho un momento, necesito hablar contigo de algunos temas.

—Vale, jefe —respondí, intentando sonar casual—. ¿Uno de esos asuntos no será mi encuentro con tu hermano el inglés?

—Exactamente —dijo, riendo—. Venga, baja.

—Ya estoy en la puerta —sonreí.

Dejé todo en orden y salí de mi despacho.

Bajé por los pasillos de la empresa, intentando no resoplar demasiado por dentro. Cuando llegué al despacho de Rober, lo encontré con los pies sobre la mesa, su taza de café en la mano y una sonrisa que prometía chismes internos.

—Dime, terremoto —empezó—. ¿Qué te pareció Alejandro?

—Un borde —dije sin dudar—. Y perfeccionista, arrogante y demasiado británico para mi gusto.

Rober soltó una carcajada y me miró como quien evaluaba a un general novato.

—Paciencia —dijo—. Quince años fuera de Sevilla hacen a tu hermano más británico, más calculador… y un poco insoportable. Pero confía en mí:

sabe lo que hace.

—Pues sí que empieza bien la semana —resoplé, cruzando los brazos—. Nuevo jefe capullo, presentarle un buen proyecto y aguantarle todos los días por aquí. Yo en otra vida debí hacer algo muy malo para cargar ahora con esta cruz…

Rober volvió a reír y dejó la taza en el escritorio.

—Como analista senior, tu trabajo es impecable; sabes que hasta Gloria me lo dice y no deja de pedir que te ascienda.

—Prácticamente hago cosas de directora a veces, así que —me encogí de hombros—, no habría mucha diferencia.

—Salvo por el sueldo.

—Salvo por el sueldo —admití con una sonrisa—. Sabes que me gusta mi trabajo, Rober, estoy bien así y cuando la empresa decida que debo ascender, estará bien.

—Eso es lo que me gusta de ti, Clarita, que dentro de lo ambiciosa que eres, no exiges, te esfuerzas para demostrar que vales de verdad.

—Recibí clases particulares de los mejores —bromeé, refiriéndome a mis padres.

—Si no fueras mi mejor analista, ya habríamos tenido algún que otro lío, ya me entiendes —hizo un guiño y sonrió.

—No lo creo.

—Cambiando de tema —bajó los pies de la mesa y apoyó los brazos en el escritorio con las manos cruzadas—. Esta noche hay cena con el comité directivo y no puedes faltar. Y, por cierto, ya sé que Alejandro te ha asignado *Horizonte Sur*. Estoy seguro de que lo vas a hacer estupendamente.

—No te preocupes —dije, con una sonrisa torcida—. Ya sabes que nunca fallo.

Rober me observó unos segundos y asintió.

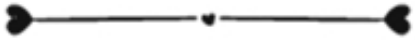
—Bien, entonces a trabajar y a sonreír… aunque sea por protocolo.

Sonreí al tiempo que negaba con la cabeza, me despedí de Rober y regresé a mi planta para seguir con el trabajo asignado por el inglés estirado. Que desde luego eso era de juzgado de guardia, un sevillano más serio que todas las cosas…

Cuando me quedé sola en mi despacho, apoyé la frente contra la ventana y suspiré. Miré la ciudad cubierta de lluvia y pensé que esto sí que era empezar la semana con suerte. Nuevo jefe capullo y cena donde verle la cara otra vez. Genial.

Sonreí con ironía y encendí el ordenador. *Horizonte Sur* me esperaba, y con él, la primera prueba de que podía plantar cara a Alejandro… sin perder la cabeza del todo.

Capítulo 5



Alejandro

Martes por la noche.

La luz cálida del salón de mi chalet se filtraba a través de las cristaleras, reflejándose en las superficies pulidas de madera y metal. Me miré en el espejo mientras ajustaba la corbata negra: todo debía ser impecable, exacto. El traje azul oscuro estaba perfectamente planchado, la camisa blanca impecable y los zapatos relucían como espejos.

—*Nada de improvisaciones* —me dije, mientras cogía las llaves de mi deportivo negro.

Cada gesto, cada palabra, cada movimiento que hiciera esta noche tenía que estar bajo control.

Me repetía ese mantra como un ejercicio de supervivencia. Clara Montes no era solo una subordinada; era un desafío que no había anticipado y que, de alguna manera, conseguía desestabilizar el orden rígido que había construido a lo largo de los años.

Su presencia tenía algo de electricidad que hacía que cada pensamiento se desviara, cada cálculo se volviera más lento, cada estrategia se mezclara con una sensación… incómoda.

El trayecto al restaurante fue breve. Sevilla brillaba bajo la lluvia fina, y mi mente ya estaba en la cena con el comité directivo de *Híspalis Global Tech*.

Mi hermano Rober, Ángela Sáez, de Recursos Humanos, Gael Cortés, de Finanzas, Marta Salgado, la secretaria de Rober, Noelia, mi asistente, Lucas Herrera, de Marketing, Gloria Díaz, la directora de Estrategia y jefa directa de Clara, y Elena Morales, responsable de I+D, entre otros. Todos serían testigos de la nueva dinámica en la empresa y, sobre todo, de mi interacción con Clara.

Al llegar, saludé con cortesía profesional y me senté en la cabecera, al lado de mi hermano, dejando que los demás tomaran asiento alrededor. La cena transcurrió con los protocolos habituales: saludos formales, copas de vino, breves conversaciones sobre resultados trimestrales. Pero entonces la vi.

Clara estaba allí, vestida con un vestido negro ceñido que resaltaba sus curvas de manera natural y sin esfuerzo. Sus ojos azules brillaban a la luz de las velas y la sonrisa que les dirigía a Noelia y a algunos compañeros no podía dejar de llamar la atención. No era solo belleza; era magnetismo puro. Cada risa, cada gesto, parecía medir el espacio y apropiárselo con una confianza que hacía que todos a su alrededor se sintieran menores, de alguna manera.

Intenté concentrarme en la conversación con los demás, pero mis ojos volvían a ella. Era irritante. No solo por la atracción física, que era evidente, sino por la energía que emanaba. Esa seguridad, esa chispa, me desconcertaba más de lo que quería admitir.

—Alejandro, ¿puedes darme tu opinión sobre el plan de expansión para Lisboa? —preguntó Gael, sacándome de mis pensamientos.

—Claro —respondí, intentando no mirar hacia Clara—. Creo que debemos ser cautelosos. El mercado portugués requiere adaptación cultural, y no podemos repetir los mismos errores que en otros proyectos. La estrategia de marketing debe ser más local, más directa.

Gael asintió y continuamos con la discusión, pero cada vez que Clara se inclinaba hacia adelante para enfatizar un punto o sonreía mientras bromeaba con alguien, sentía un calor creciente en el pecho.

La odiaba. La odiaba por ser tan… intoxicante. Por ser tan brillante y provocativa sin siquiera intentarlo. Por obligarme a sentir algo que no estaba dispuesto a tolerar. Odiaba la sensación de perder el control. Y, sin embargo, estaba ahí, a solo unas sillas de distancia, con su vestido negro ajustado, sus

piernas cruzadas que insinuaban elegancia y sensualidad, y ese cabello rebelde que caía sobre sus hombros de manera despreocupada.

Mis pensamientos eran una mezcla de racionalidad y deseo. No podía… no debía… Era la analista senior de Estrategia. Profesional. Un desafío. No un romance. Pero cada gesto suyo, cada risa suave, cada mirada furtiva que parecía ignorarme, me lanzaba un reto silencioso.

—*Control* —me repetía en voz baja, apretando la copa de vino.

No tenía que perder el control. No tenía que permitir que su presencia me alterara de ese modo. Solo una vez lo había hecho con alguien de la empresa y acabó en desastre.

Pero era imposible. La tensión entre nosotros era palpable incluso para los demás. Pude notar cómo algunos hombres de la mesa la miraban con admiración evidente, sin darse cuenta de que yo los veía, calculando cada ángulo y cada gesto. No podía permitir que nadie la viera como "solo un cuerpo atractivo". Ella era más que eso… y eso era lo que me volvía loco.

La conversación avanzaba entre números, estrategias y breves comentarios personales. Clara intervenía con inteligencia, aportando ideas que mejoraban cualquier propuesta, y yo me encontraba evaluando cada frase, cada gesto, con una mezcla de frustración y fascinación.

—Clara, me gusta cómo has planteado la propuesta de *Horizonte Sur* —dijo Ángela, con voz cálida—. Es clara y detallada, y creo que va a sorprendernos a todos.

Ella me sonrió, sin dirigir la mirada a mí directamente, pero sentí el golpe de electricidad que me recorría la espalda. Intenté respirar hondo y no mirar sus ojos.

—Gracias —respondió Clara con tranquilidad—. He intentado anticiparme a los posibles obstáculos y ofrecer alternativas. No quiero sorpresas desagradables para nadie.

—Y lo consigues —intervino Lucas, con una sonrisa un poco torpe—. Siempre he admirado tu capacidad para ordenar el caos.

Ella rio, un sonido claro y sincero que se filtró en mi mente como una alarma silenciosa. No podía concentrarme en nada más. Cada vez que movía la mano, cada vez que inclinaba la cabeza, cada gesto, por mínimo que fuera, se grababa en mi memoria.

—Es que mi chica es la mejor en lo suyo —comentó Gloria mientras dejaba su copa de vino—. Llevo tiempo diciéndole a Rober que la ascienda, que le dé un puesto de directora, pero nada.

—Si lo hago, tendría que despedirte, Gloria, y lo sabes —dijo mi hermano con una sonrisa.

—No, querido, no sería necesario. Podrías tenernos a las dos como directoras, que ya sabes lo que dicen: dos mentes que piensan igual son mejor que nada.

Y mientras todos reían, yo intenté centrarme en la planificación estratégica que se discutía en la mesa, en las cifras y en los resultados. Pero era inútil. Su sola presencia me desarmaba. Y lo peor era que ella parecía ajena a ello, o tal vez lo disfrutaba sin darse cuenta.

—Alejandro, ¿quieres añadir algo más sobre el plan de I+D? —preguntó Elena, lanzándome una mirada inquisitiva.

—Sí —dije, intentando mantener la compostura—. Creo que debemos reforzar los recursos en investigación aplicada, especialmente en ciudades sostenibles e inteligentes. Las oportunidades están ahí, y si no las aprovechamos, alguien más lo hará.

Asentí para mí mismo, intentando recuperar algo de autoridad, pero al levantar la mirada, lo único que vi fue a Clara sonriendo mientras jugaba con una servilleta entre los dedos. Una sonrisa que parecía dirigida a nadie, pero que me hablaba directamente.

La cena continuó con un hilo tenso de miradas furtivas. Cada vez que alguien hacía un comentario, mis ojos buscaban los de ella. Y cada vez que lo encontraba, sentía que debía apartar la mirada, aunque mi cuerpo y mi mente protestaban en silencio.

—Hermano —dijo Rober, inclinándose hacia mí con complicidad—. ¿Ves lo que digo? No hay manera de que lo niegues. La química está ahí. Y te está matando, lo sé.

—No seas idiota —resoplé, aunque no pude evitar que mi tono sonara más cálido de lo que quería—. Mi interés por Clara es profesional, Rober. Profesional.

—Profesional… —repitió él, con una sonrisa que lo decía todo—. Sí, claro. Y los imanes no se pueden controlar, ¿verdad?

Resoplé de nuevo y giré la copa de vino entre mis dedos.

—No hay imanes —dije con firmeza, aunque por dentro me ardía cada palabra que él decía—. Solo… decisiones y estrategias.

—Ajá —replicó Rober, levantando una ceja—. Seguro.

La cena siguió, la charla profesional sobre trabajo, proyectos, ideas e investigación y desarrollo siguió, y mi atención en Clara no decayó en ningún momento, para mi desgracia.

Esa mujer tenía algo difícil de ignorar, y por mucho que me jodiera, debía darle la razón a mi hermano. A mí me atraía como un maldito imán.

Después de la cena, tras despedirnos de todos, Rober y yo nos quedamos en el restaurante, tomando una copa de coñac. El ambiente se había relajado, las luces eran un poco más tenues y el bullicio del lugar parecía haberse quedado atrás.

—Bien —empecé, levantando la copa—. Quiero que me digas qué opinas sobre ella.

—¿Qué opino sobre quién? —preguntó, arqueando la ceja con una leve risita imposible de disimular que me crispó.

—Ya sabes sobre quién, Rober, no me hagas decírtelo.

Rober soltó una carcajada.

—Ah, Clara… Es brillante, segura, directa. Trabaja bien y muy duro. Es analista senior, pero a veces se muestra como una directora. El ascenso a ese puesto está sobre la mesa, pero no lo exige, simplemente quiere que llegue cuando la empresa crea conveniente que es el momento. Y, por otro lado, debo admitir que me encanta que te desquicie, hermano. —Me observó con picardía —. Te conozco demasiado bien.

—No es cuestión de diversión —dije con firmeza, aunque mi voz traicionaba un leve tono de exasperación—. Es… complicada. Muy complicada. Y peligrosa.

Rober me miró y se rio otra vez, esa risa que siempre me desarmaba un poco.

—Ya sabes lo que decíamos de niños, ¿no? Los que se pelean se desean.

Resoplé, irritado por la simpleza de la frase, pero sabía que había algo de verdad.

—No seas idiota —murmuré, tomando un sorbo de coñac—. No voy a cruzar esa línea.

—Ya… pero tampoco puedes negar que hay química —replicó él, encogiéndose de hombros y sonriendo—. Y que te intriga más de lo que estás dispuesto a admitir.

Asentí, resignado a mantenerme firme, aunque por dentro sabía que cada gesto de Clara, cada sonrisa, cada mirada, me perseguiría incluso en los días siguientes.

Finalmente nos despedimos, y regresé a mi chalet, donde la calma del hogar contrastaba con la tormenta que Clara había encendido en mi interior.

En Londres crucé esa línea y, después de todo lo que siguió, me juré no volver a permitirme fallos o errores como esos.

No iba a mentirme a mí mismo; lo que ocurrió en Londres con Diana fue porque los dos quisimos que pasara, aun sabiendo que no deberíamos haber cruzado esa línea.

Ella era la sobrina del jefe, una mujer preciosa y brillante a partes iguales, inteligente y con las ganas de cualquier persona por comerse el mundo. Yo era un directivo más en la empresa; ella, la futura heredera de un imperio que su tío había levantado desde cero, que no tenía hijos a quien dejarle semejante legado.

Jamás quise nada de eso, en ningún momento la relación con ella fue por interés, pero hubo quien así lo pensaba en la empresa. Algunos de los hombres de mayor confianza de mi jefe pensaban que quería todo el poder y por eso me acostaba con su sobrina, y le fueron con esas suposiciones sin fundamento.

Por suerte para mí, no creyó ni una sola palabra al respecto; por desgracia para su sobrina, rompí lo que había entre nosotros porque no quería perjudicarlos a ellos. Tres años después, ella conoció a un hombre que la amaba, salieron durante un año y se casaron, y él algún día sería el afortunado de estar a su lado dirigiendo una empresa tan importante en Londres como aquella.

Me alegraba por ella, y siempre le deseé lo mejor. Y no, no dejé Londres para volver a Sevilla y a la empresa de mi padre por ese motivo, sino porque mi hermano me lo pidió; de lo contrario, jamás habría vuelto al lugar del que me fui cuando mi padre me dijo “ahí tienes la puerta”.

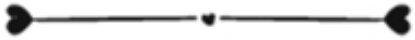
No, nunca habría vuelto a esta empresa de haber sido don Rafael Vega quien me lo hubiera pedido.

Esa noche, mientras me recostaba sobre la cama, no pude evitar pensar en Clara. En su risa, en la forma en que movía la cabeza, en esos ojos azules que parecían leerme como nadie.

Por mucho que me molestara tener que darle la razón a mi hermano mayor, esa mujer era como un imán para mí. Un imán que con su sola presencia me atraía, me invitaba a querer saber más de ella y conocerla mejor. No solo profesionalmente.

Y sí, terminé soñando con ella. Sueños donde el control era solo un recuerdo, y la tensión latente entre nosotros explotaba en un juego de cercanía y deseo que no podía, y no quería, contener.

Capítulo 6



Clara

El jueves amaneció con un cielo gris suave y el aroma del azahar flotando entre el Aljarafe. Estaba en mi terraza acristalada, café humeante en mano y tostadas a medio untar con mantequilla, intentando empezar el día con la mínima dignidad posible. La bruma sevillana le daba a la mañana un aire de misterio, como si la ciudad misma supiera que algo estaba a punto de cambiar.

Me miré en el reflejo de las cristaleras: el pelo rebelde como siempre, los ojos azules algo somnolientos y un leve rubor en las mejillas que no tenía nada que ver con el café. Suspiré y me dije:

—Clara, estás pensando en él. Otra vez. Y sí, es un capullo, un inglés estirado y un maldito borde, pero… Dios, ¡qué hombre!

Me reí sola, divertida y un poco asustada de mí misma. Alejandro Vega había conseguido colarse en mis pensamientos más de lo que me gustaba admitir. Me puse de pie, estirando los brazos hacia el techo, y cerré los ojos un instante. Respiré hondo, tratando de expulsar esa mezcla de irritación y fascinación que sentía cada vez que lo recordaba.

El teléfono vibró. Era mi hermana, Inés.

—¡Hola, loca! —su voz sonó como siempre al otro lado, dulce pero directa —. ¿Qué tal tu mañana?

—Bien, bien… tranquila —dije, intentando sonar casual mientras cogía otra tostada—. Estoy desayunando y riéndome de mí misma, como siempre.

Inés rio al escucharme.

—Déjame adivinar, que igual acierto.

—¿Pero tú no estabas estudiando psicología? Que yo lo de adivina, no lo veo, hermanita.

—Es por tu nuevo jefe —dijo sin hacerme ni caso—. Ese hombre te tiene girando en círculos. Te lo dice tu hermana menor, que te lee como un libro abierto.

—¡No digas tonterías! —protesté, aunque no pude evitar sonreír—. Solo… me intriga, nada más.

—Ja, ja —se burló—. Te intriga… Claro, Clara, va a ser eso. Te lo dije, ese hombre es tu Némesis. Polo opuesto perfecto. Y tú, mi querida hermana mayor, eres demasiado cabezota para admitir que te atrae.

—Y dale con que me atrae —resoplé, pero que me partiera un rayo si no era cierto.

Miré hacia el cielo por si había algún rayo cerca y me partía de verdad, solo por mentirle a mi hermana.

—No lo niegues, que por cómo me hablaste de él la otra mañana, ese hombre te atrae.

—Por Dios bendito, Inés de mi vida y de mi corazón. Que soy tu hermana mayor, tengo ocho años más que tú, no me psicoanalices.

—No te psicoanalizo, digo lo que presiento y noto en tu voz.

—Inés, no insistas.

—Vale, vale, te veo luego en casa de mamá y papá para comer. Ahora te paso mis honorarios para que me hagas un bizum —dijo Inés antes de colgar.

Apagué el teléfono y respiré hondo, saboreando el último sorbo de café. Tenía que concentrarme: trabajo, trabajo y más trabajo. Aunque, pensándolo bien… ¿Qué daño hacía recordar un poco a ese inglés estirado mientras el sol comenzaba a filtrarse por la terraza?

Me acabé el café y recogí la mesa, mientras mis pensamientos seguían girando alrededor de él.

—*Por todos los santos* —me dije, hablando en voz baja—. *Voy a acabar volviéndome loca antes de que termine la semana.*

No podía dejar de sonreír ante la ironía de la situación: un hombre tan frío, tan controlado y tan absolutamente irritante conseguía poner mi mente patas arriba con apenas una mirada.

Cuando llegué a la oficina, fui directa a mi despacho sin mi habitual desayuno con Noelia porque quería meterme de lleno en el proyecto que Alejandro me había encargado. Le mandé un mensaje a mi mejor amiga para que lo supiera y no tardó en responder.

Noelia: *Eso deja al nuevo jefe impresionado.*

Me reí, porque Noelia era lo que necesitaba en ese momento.

Las horas pasaron entre llamadas, revisiones de datos y coordinación con los equipos de I+D y Marketing. Cada pequeña victoria, cada ajuste que funcionaba, me daba un subidón de satisfacción profesional.

Le envié a Gloria lo que tenía, pidiéndole su opinión sincera, y no tardó ni cinco minutos en llamarme para decirme que si seguía así, al final acabarían despidiéndola a ella para darme su puesto. Aquello no era factible porque yo no lo permitiría. Gloria llevaba en la empresa el mismo tiempo que Rober y se ganó en su momento el puesto que tenía a pulso, subiendo paso a paso como yo había estado haciendo desde que me contrataron unos años atrás.

Mientras repasaba los indicadores de *Horizonte Sur*, pensé en lo que había aprendido desde que entré en *Híspalis Global Tech*. Planificación, anticipación, liderazgo y, últimamente, tolerancia a ciertos bordes británicos.

Aunque, siendo sincera, con Alejandro Vega no estaba segura de cuánta tolerancia podía manejar.

A media mañana, recibí un mensaje de Noelia.

Noelia: *Clara… ¿Has visto al inglés hoy? Si no es así, deja que te avise. Hasta yo le he visto más atractivo que estos días. Que no se te suba a la cabeza.*

Sonreí y respondí con rapidez.

Clara: *Tranquila, aún no le he visto, pero lo tengo todo bajo control… o eso creo.*

Noelia: *Bueno, por si acaso, mantén bien cerradas las piernas, no sea que se te caigan las bragas. En serio, Clara, hoy el inglés tiene el guapo subido. Jesús…*

Me reí, porque, conociéndola, hasta se estaría abanicando mientras decía aquella última palabra.

Ella siempre sabía cómo pincharme en el lugar correcto. Esa complicidad silenciosa era un bálsamo; reírme de mí misma antes de que él apareciera me ayudaba a mantener la compostura.

Finalmente, alrededor del mediodía, los resultados comenzaron a reflejar lo que esperaba: el proyecto funcionaba. Todo estaba alineado, los indicadores mostraban crecimiento y los equipos estaban satisfechos con la dirección.

—*Perfecto* —murmuré, dejando caer la cabeza sobre la silla por un instante—. *Esto… esto sí que es un logro.*

Se lo envié a él como mensaje para que lo viera, y ahora solo me quedaba esperar su respuesta, un correo en el que me dijera lo que opinaba del proyecto.

Respiré hondo, con la sensación de que todo mi esfuerzo había valido la pena. Sentí una mezcla de alivio y orgullo. Y, por supuesto, un ligero

nerviosismo al pensar en Alejandro Vega porque no podía evitar preguntarme si le gustaría.

Mientras recogía informes y revisaba correos electrónicos, escuché un golpe firme de pasos en el pasillo. Unos segundos después, llamaron a mi puerta con dos golpes tan contundentes que mi pecho diera un brinco. Di paso, y el aire en el despacho cambió de golpe cuando la puerta se abrió y vi que el mismísimo Alejandro Vega estaba ahí.

—Clara —dijo, con su voz grave, intensa, que parecía envolver toda la habitación—. Quería felicitarte. Tu proyecto… está excelente.

Muda, sin palabras, sin nada que decir, así me había quedado. Y no porque me hubiera dicho que era un excelente proyecto, ni porque, como bien había dicho Noelia, hoy se veía más atractivo y como que tenía el guapo subido, sino porque estaba cerca, demasiado cerca de mí a pesar del escritorio que nos separaba, con esa mirada gris que me atravesaba. La distancia entre nosotros se sentía mínima, casi peligrosa. Sentí un calor inesperado recorrerme el cuerpo y tuve que concentrarme en no sonrojarme.

—Gracias, Alejandro —dije, tratando de mantener la compostura, aunque la tensión en el aire hacía que mis palabras sonaran más rápidas de lo normal —. Ha sido un trabajo de equipo, claro.

Asintió, inclinándose ligeramente hacia mí, y nuestras manos casi se rozaron al coger un informe al mismo tiempo. La electricidad que recorría el espacio entre nosotros era innegable.

—De verdad, buen trabajo —murmuró, y su proximidad me hizo temblar ligeramente—. Sigue así.

Antes de darme cuenta, se giró y salió del despacho, dejando un rastro de perfume y una tensión imposible de ignorar. Me quedé allí un instante, con las manos temblorosas y el corazón acelerado, tratando de procesar lo que acababa de suceder.

—*Respira, Clara* —me dije, apoyando la espalda contra la silla—. *Solo es trabajo… aunque me cueste creerlo.*

Recogí mis cosas y decidí que era hora de ir a comer a casa de mis padres. Una comida familiar era justo lo que necesitaba para despejar la cabeza y recuperar el sentido común.

Al llegar, el ambiente cálido de la casa me envolvió. Como siempre, mi padre hacía bromas sobre las noticias del día, mi madre me regañaba cariñosamente por preocuparme demasiado por el trabajo, y mi hermana Inés me lanzaba miradas cómplices y divertidas.

—Clara, estás roja —dijo mi madre, mientras servía el primer plato—. ¿Qué has hecho, hija, venir corriendo desde el trabajo?

—No, mamá, será por la calefacción del coche —dije, sonriendo mientras me sentaba—. Con estos días de lluvia la pongo a tope; ya sabes que soy una *mijita* friolera.

—Mmm, claro —replicó Inés, con una sonrisa que delataba que había detectado la verdad desde el primer momento—. Una *mijita* friolera. Y el inglés nuevo no tiene nada que ver, ¿verdad?

—¿Tenéis un compañero nuevo, cariño? —preguntó mi madre.

—No es nuevo, y tampoco un compañero más. Es el hijo pequeño de don Rafael Vega, hermano de Rober. Ha vuelto de Londres para ponerse al cargo de la empresa con su hermano.

—¿Ese no es el que se fue hace años? —comentó mi padre.

—Sí, ese mismo. Ha vuelto y nadie en la empresa sabe el motivo, o al menos a nosotros no nos dicen nada.

—¿Y cómo es? ¿Os da mucha guerra?

Tragué saliva y me encogí de hombros, intentando no delatarme demasiado.

—Nada que merezca la pena mencionar, mamá —mentí, aunque el rubor en mis mejillas me delataba—. Es un jefe, y ya sabes que los jefes son exigentes por naturaleza.

—Ajá —dijo Inés, lanzándome una mirada cargada de complicidad—. Veo que te tiene dando vueltas.

Papá soltó una carcajada.

—Deja las vueltas, no vayas a marearte, hija —dijo mi padre—. Pero cuidado con los británicos, que son un hueso duro de roer a veces.

—Pero si este es sevillano desde que iba en los huevos de su padre, por Dios —resoplé—. Lo que pasa es que tantos años fuera, pues ya sabes.

—Sí, sí, que todo se pega, hija —contestó él.

Me reí, dejándome arrastrar por el humor familiar, y por un momento, olvidé a Alejandro y sus ojos grises. Pero solo por un momento, porque incluso entre bocados, risas y comentarios familiares, no podía dejar de pensar en cómo esa cercanía con él me había dejado… inquieta, alerta, deseando que la chispa entre nosotros no desapareciera.

Y mientras me servía más ensalada, no pude evitar pensar que esta mezcla de trabajo, tensión y familia era extrañamente perfecta. La vida tenía una manera retorcida de poner delante de ti exactamente lo que más deseabas… y lo que más te desconcertaba al mismo tiempo.

La conversación por fin dejó de estar centrada en mí y pasó a ser sobre los estudios de Inés. Llevaba dos años con la carrera y le quedaban aún dos más; después ya vería si hacía algún máster o un grado específico, pero por el momento tenía que cursar esos dos años restantes para conseguir la titulación.

También hablamos de mis padres y un viaje que querían hacer en verano a algún lugar donde disfrutar de un par de semanas de relax y absoluta tranquilidad. Les propuse irse a un resort con playas paradisíacas, de esos donde había tumbonas entre las palmeras y tomar el sol tomando zumos tropicales.

Mi madre dijo que lo mirarían porque le sonaba muy bien, y mi hermana y yo dijimos que si nuestro padre no quería acompañarla, lo haríamos nosotras. Mi padre se echó a reír y dijo que con tal de vernos felices a las tres, él mismo nos pagaba los vuelos y el resort.

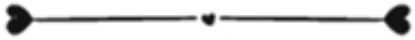
—No lo digas dos veces, papá, que me pongo ya a buscar alojamientos y demás —dijo Inés.

—Capaz eres, desde luego —rio él, que nos miraba a las tres con el mismo amor y el mismo orgullo que siempre había visto en él, año tras año.

Y tras la comida, mientras tomábamos café y nos comíamos un trozo del bizcocho de yogur y limón que mi madre hacía como nadie, mi mente volvió de nuevo y de manera inevitable a Alejandro, a su voz, a la proximidad de su cuerpo en mi despacho.

Y supe, con una certeza que me dio un escalofrío, que este desafío no solo iba a ser profesional… iba a ser profundamente personal.

Capítulo 7



Alejandro

El viernes amaneció húmedo y gris, como si Sevilla quisiera dejar claro que el invierno aún no había terminado y tenía mucho que decir. La ciudad se cubría de una bruma ligera que difuminaba los contornos de los edificios y la Giralda, dándole un aire de misterio que parecía combinar con mi estado de ánimo.

Estaba solo en mi despacho, revisando unos documentos financieros y estratégicos que exigían mi atención absoluta, aunque mi mente no dejaba de vagar.

Mientras repasaba cifras, contratos y proyecciones, no podía evitar que ciertos recuerdos se filtraran, pesados y punzantes: mi padre, su orgullo, su autoritarismo, la manera en que arruinó oportunidades que nunca debieron perderse, y la discusión de hacía quince años que me había hecho huir a Londres.

Cada línea de la contabilidad parecía recordarme que todo aquello estaba aún vivo, latiendo detrás de la fachada corporativa que hoy lideraba junto a mi hermana con cuidado y precisión.

Intenté concentrarme en los números, pero mis pensamientos divergían constantemente: los informes financieros se mezclaban con imágenes de mi padre caminando por la casa familiar, su voz autoritaria corrigiendo cada error que cometía, cada palabra cargada de reproche. Era agotador, casi insoportable.

Y, como un golpe inesperado, apareció ella en mi cabeza: Clara Montes. Su risa clara, su manera de desafiarme con una sonrisa, su audacia para decir lo que pensaba sin medir demasiado las consecuencias. Sentí cómo una chispa de emoción me recorrió, peligrosa e incómoda, porque no debía sentir nada. No debía permitir que nadie despertara algo que llevaba años enterrado. Y, sin embargo, allí estaba, insistente, recordándome que aún podía sorprenderme y desconcertarme.

Sacudí la cabeza, intentando expulsar sus imágenes, y me obligué a concentrarme en los documentos. Pero incluso mientras leía contratos, cerraba los ojos por un instante y la veía frente a mí, confiada, rebelde, brillante. Irritante y fascinante al mismo tiempo.

—*No puedo… no debo* —me repetí, mientras respiraba hondo.

No podía permitirme distracciones. Nada que pudiera poner en riesgo mi juicio.

Y, sin embargo, la sensación persistía: un calor sutil, un tirón que no podía ignorar. Era como si su sola existencia en mi mundo corporativo desafiara cada regla que me había impuesto para sobrevivir desde Londres hasta Sevilla.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Adelante —dije, con la voz más firme que pude reunir, intentando que quien estuviera al otro lado no notara el ligero temblor que traía la tensión acumulada.

Mi padre apareció, como siempre, impecable en su traje gris oscuro, mirada altiva, pasos medidos que resonaban sobre el parqué de mi despacho. No necesitó presentación: su sola presencia llenaba la habitación con autoridad y tensión.

—Alejandro —dijo, con voz medida pero cargada de exigencia—. ¿Qué tal la vuelta a Sevilla? ¿Te estás haciendo a la empresa?

Le observé, consciente de cada línea de su rostro, cada sombra de arrogancia que no había cambiado en todos estos años. El silencio se extendió por unos segundos, cargado de historia, de reproches no dichos.

—Es como montar en bici —respondí, tratando de sonar confiado—. No se olvida.

Su ceño se frunció, y pude sentir el peso de su desaprobación como un golpe físico.

—¿Eso es todo? —dijo, y su tono se volvió amenazante—. Debes tomarte esta empresa en serio o puedo considerar despedirte.

Respiré hondo, conteniendo el impulso de responder con la ira que todavía me hervía por dentro.

—Esa no es una decisión tuya, sino de Rober —dije, manteniendo la voz calmada—. Él es quien dirige, no tú.

Sus ojos se estrecharon, llenos de desprecio y amenaza, y pude sentir cómo la tensión subía en el aire como un hilo cortante.

—Mientras yo viva —replicó— también puedo tomar decisiones. No olvides quién puso todo esto en marcha.

La discusión escaló rápidamente. Palabras duras, acusaciones, reproches por errores pasados y decisiones cuestionadas. Cada frase era un recordatorio de nuestra historia rota. Podía sentir cómo el pasado se mezclaba con el presente, cómo el resentimiento antiguo se colaba en la sala con cada respiración.

—¿Por qué siempre tienes que juzgarlo todo? —pregunté, controlándome con dificultad—. No ves que tu manera de dirigirlo destruyó todo lo que podía haberlo hecho diferente.

—¡Cállate! —gritó, pero su voz se rompió un instante—. Siempre has sido tan obstinado como yo… y eso me ha costado perderte.

Me detuve, sorprendido por la vulnerabilidad momentánea que dejó entrever, pero no podía ceder. No podía dejar que mis emociones controlaran la situación.

Finalmente, mi padre se giró hacia la puerta, dando por terminada la conversación.

—No pasaré por lo mismo otra vez… —murmuró con tono amenazante antes de salir, dejando la puerta entreabierta.

Cuando la puerta quedó entreabierta, noté un movimiento en el pasillo. Y allí estaba ella: Clara, con Noelia a su lado, observando con ojos abiertos y una expresión que intentaba disimular curiosidad y alarma. Su presencia inesperada añadió un nuevo nivel de tensión a la ya cargada atmósfera del despacho.

Suspiré. No podía permitirme que supieran demasiado, que la imagen de mi familia y mi autoridad se viera comprometida.

—Clara —dije, con la voz firme, pero sin levantarla en exceso—. Ven a mi despacho.

Ella cruzó el umbral, cerrando la puerta tras de sí. Su respiración era ligera, casi un suspiro, y su mirada se fijó en mí, consciente de que algo había pasado.

—¿Qué… qué ha pasado aquí? —preguntó, tragando saliva, con esa mezcla de curiosidad y precaución que la hacía aún más irresistible.

—¿Qué has oído exactamente? —pregunté, midiendo cada palabra, consciente de que cualquier detalle de más podría complicarlo todo.

—No todo… —dijo, bajando la vista—, pero el señor Vega parecía muy enfadado —contestó, refiriéndose a mi padre.

Asentí, con el ceño fruncido, consciente de que Clara tenía la capacidad de entender más de lo que ella misma creía.

Era consciente de que en la empresa muchos sabían por qué me fui, no el motivo real, pero sí que había discutido con mi padre por algunas desavenencias. Solo mi hermano sabía la verdad, el motivo de aquella discusión, de que me negara a firmar algo que no quería, de que nuestro padre

se aprovechara de nuestra madre de aquel modo y ella misma no fuera consciente.

Ningún empleado sabía el motivo y así debía seguir siendo, a pesar de que aquella discusión, aquella huida por mi parte, pusiera a *Híspalis Global Tech* fuera de algunos buenos proyectos.

—Quiero que seas discreta, Clara. No cuentes nada a nadie —mi voz sonó más dura de lo que pretendía, pero era necesario.

Ella me miró, segura, sin titubear, y dijo:

—No te preocupes, Alejandro. La única persona con la que cotillearía sobre algo así es con Noelia… y también lo ha escuchado.

Asentí levemente, agradecido por su discreción. Su mirada era directa y confiada, y por un instante sentí un golpe inesperado en el pecho: esa mujer no solo estaba empezando a ocupar espacio en mi oficina, sino también en mi mente.

—Bien. Puedes irte —mi voz se suavizó un poco, aunque no quise que se confiara demasiado.

Clara asintió y se marchó, llevando consigo esa presencia que no podía ignorar, dejando el despacho silencioso, pero aún cargado con la electricidad de su mirada, la fuerza de su carácter y el recuerdo de la discusión con mi padre, que todavía ardía en mi cabeza.

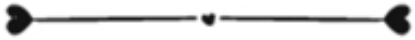
Me quedé solo, observando la puerta cerrarse detrás de ella. Sabía que no solo mis asuntos familiares y corporativos estaban en juego, sino también esa mujer que, sin quererlo, ya comenzaba a ocupar un espacio demasiado grande en mi mente.

Me recosté en la silla, respirando hondo, intentando ordenar los pensamientos que no tenían cabida en mi estricta disciplina: cómo había reaccionado, cómo había hablado con ella, cómo su presencia me alteraba más de lo que debía admitir.

—*Maldita Clara* —susurré, con una mezcla de frustración y fascinación—. *Vas a complicarlo todo.*

Y, por primera vez en mucho tiempo, reconocí que no se trataba solo de control ni de trabajo, sino de algo mucho más difícil de manejar: la atracción, la curiosidad, la fascinación por alguien que parecía retarme de formas que no podía ni quería controlar sin que ella fuera consciente de que lo hacía. O eso pensaba.

Capítulo 8



Clara

El viernes por la tarde se sentía distinto. Había cerrado la última reunión y, mientras recogía mis cosas del despacho, no pude evitar pensar en Alejandro.

Durante toda la semana había intentado mantenerlo a raya, analizarlo, catalogarlo como un jefe frío, distante y absolutamente imposible de desarmar. Pero algo estaba cambiando. Empecé a notar grietas en su armadura: un destello en los ojos cuando hablaba de algo que le apasionaba, un gesto que no era tan rígido como parecía.

Sacudí la cabeza, sonriendo ante mí misma.

—*Clara, esto no es un juego, ya no estás en el instituto ni en la universidad* —me dije mientras revisaba que mis documentos estuvieran en orden y cogía la chaqueta del perchero—. *Respira, céntrate en ti.*

Sin embargo, la sensación de que había algo bajo esa fachada de hielo no me abandonaba. Y sí, lo admito: me gustaba esa idea más de lo que debería. La intriga, la tensión, el desafío… todo me resultaba fascinante.

Guardé el portátil en la mochila y me levanté, estirando la espalda. La semana había sido intensa, sí, pero había salido adelante. Sentí un pequeño orgullo mezclado con la inquietante sensación de que Alejandro estaba en mi cabeza más de lo que me apetecía admitir. Suspiré y salí del despacho.

En el trayecto hacia el bar, noté cómo la lluvia ligera que caía sobre Sevilla hacía que las luces de la ciudad se reflejaran en los charcos, creando un ambiente casi mágico. Me pregunté por qué, de repente, todo parecía más interesante, más vivo. Tal vez porque él había irrumpido en mi rutina de una manera que nadie había logrado antes.

El bar estaba a pocos metros de la oficina, un local acogedor con luz cálida, música ligera y una coqueta terraza que invitaba a quedarse horas charlando. Noelia, Álvaro, Diego, Pablo y Celia ya estaban allí, ocupando una mesa redonda cerca de la barra. Sus caras se iluminaron cuando me vieron.

—¡Clara! —me saludó Álvaro, levantando la copa—. Llegas justo a tiempo para la primera ronda.

Me reí, acomodándome en la silla y dejando la mochila a un lado.

—Menos mal, que, si no, me pierdo todos los chismes —dije, guiñando un ojo.

—Para chisme, el del nuevo jefe —comentó Celia—. Se dice por los pasillos que no es el hijo favorito de don Rafael Vega.

—Hombre, salta a la vista dado que es Rober quien dirige la empresa desde hace años —dijo Pablo.

—Es el primogénito, y ya sabéis cómo funcionan estas cosas en la *jet set* —añadió Diego—. El segundo se queda con un puesto inferior.

—Ahí lleva razón —le señaló Álvaro—. Pero la cosa es que don Rafael y Alejandro no se llevan bien, por lo que he oído. La bronca entre ellos tuvo que ser tan fuerte que por eso Alejandro se fue a Londres.

—¿Y ahora por qué ha regresado? —curioseé—. Porque en Londres imagino que le habrá ido bien si no ha vuelto antes, digo yo.

—Cosas de familia —dijo Noelia, y la miré con el ceño fruncido.

—¿Tú sabes algo? Que eres su asistente, y estarás más puesta en cualquier chisme sobre el nuevo jefe —preguntó Celia.

—Yo solo sé que me pagan por llevarle la agenda y ser discreta —Noelia se encogió de hombros y me eché a reír.

—Nada, que no vamos a tener chismes del jefe porque Santa Noelia no nos va a contar nada. —Celia suspiró, y ahí rieron todos.

La conversación pronto derivó en bromas, cotilleos y confidencias sobre la oficina. Diego no se podía resistir a hablar de algún que otro romance reciente, mientras Celia comentaba con ironía los posibles divorcios que rondaban entre algunos ejecutivos del comité. Reímos, levantamos copas, nos burlamos de los que nos miraban mal, y por un momento, el mundo corporativo quedó atrás.

Fue entonces cuando lo sentí: Alejandro. No lo vi entrar; lo noté. Como siempre, se hizo notar sin hacer ruido, con esa elegancia británica que parecía sacada de una película. Mis compañeros lo miraron, pero yo solo podía notar cómo su presencia cambiaba el aire a mi alrededor. Mi respiración se aceleró imperceptiblemente, y una corriente de tensión recorrió mi columna.

—Vaya —susurré, medio para mí, medio para mis amigos—. Parece que alguien también ha decidido venir a disfrutar del viernes.

—Parece que quiere hacer méritos quedándose hasta tarde —comentó Álvaro.

—No seas bobo, chiquillo —protestó Noelia—. Ha tenido una reunión por videollamada con unos clientes de Barcelona y se ve que se ha alargado más de lo previsto. Os recuerdo que llevo su agenda.

—Sí, sí, y también eres discreta —rio Celia.

Él se acercó a nuestra mesa e hizo un ligero gesto de saludo con la cabeza, pero sus ojos grises encontraron los míos y me hicieron sentir como si fuera la única persona en el bar. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció por un instante: solo estábamos él y yo, jugando un juego silencioso que ninguno se atrevía a nombrar.

Los demás empezaron a bromear sobre su presencia, señalando su forma impecable de vestir, su postura y esa mirada que parecía analizarlo todo. Pero

yo no escuchaba nada de eso. Solo sentía cómo mi corazón latía a un ritmo imposible de controlar.

Cuando la música cambió a algo más movido, me levanté sin pensar demasiado. Bailé sin más, sin haberlo planeado, girando, riendo, dejando que la luz y la música me envolvieran, dejándome llevar por el momento y sintiendo que el peso del trabajo de la semana se iba. Cada movimiento era consciente, un juego silencioso de provocación y desafío. Sentí su mirada fija en mí desde la barra. Pude notar cómo se tensaba, cómo el control que parecía tener se desvanecía apenas un poco, aunque él fingiera indiferencia.

Y mientras me mordía el labio inferior, me preguntaba por qué me seguiría mirando así. ¿Por qué mi jefe no apartaba los ojos de mí mientras se tomaba un whisky? Y lo más importante y desconcertante para mí, ¿por qué me sentía así? ¿Por qué me estremecía con solo saber que aquellos ojos grises estaban puestos en mí?

Pero la verdad era que estaba disfrutando cada segundo, cada giro, cada risa que se escapaba sin poder contenerla. Y él lo sabía. Lo sentí en la forma en que sus hombros se movían ligeramente, en cómo sus labios se curvaban apenas al borde de una sonrisa, en cómo sus ojos seguían cada uno de mis movimientos.

Una hora después, cuando todos se despidieron, me quedé pagando la cuenta porque hoy me tocaba a mí y, cuando estaba a punto de marcharme, Alejandro se acercó.

—¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó, sin apartar los ojos de los míos, y sentí un escalofrío.

Tragué con fuerza y pensé en decir que no, en rechazar aquella oferta, pero algo me pedía que me quedara, que conociera un poco más al hombre frío que había llegado de Londres.

—Claro, pero solo una, no quiero pasarme más de la cuenta —sonreí, y asintió.

Pedimos nuestras copas y salimos a la terraza, con la ciudad de Sevilla extendiéndose a nuestros pies, iluminada por las luces tenues y los reflejos de

las farolas. La brisa fresca del anochecer me despeinaba ligeramente, y sentí que era un momento perfecto para hablar sin palabras.

—Seguro que habéis estado hablando de mí —dijo tras dar un sorbo.

—¿Qué? —me hice la ofendida—. No, no, para nada. Cuando quedamos los viernes para tomar una copa, dejamos el trabajo en las oficinas.

—Algo he escuchado, así que no lo niegues. —Me miró con una media sonrisa que… Madre del amor hermoso.

Esa media sonrisa debería estar prohibida por ser perjudicial para las mujeres, y seguro que para algún hombre también. Porque no era solo la maldita media sonrisa, sino la mirada con la que la acompañaba, esa penetrante y peligrosa que a mí me hacía sentir… cosas.

Cosas prohibidas y sucias, muy prohibidas con mi jefe, y muy sucias por lo que me estaba imaginando.

Tales eran mis nervios en ese instante, que me bebí media copa de mi cóctel de un trago.

—Ey, despacio, que se te va a subir a la cabeza más que todas las anteriores juntas —me dijo, cogiendo mi copa.

—Tranquilo, que no se me sube.

—¿Me han vestido de limpio?

—¿Disculpa? —abrí los ojos como platos ante aquella pregunta.

—Que si han hablado muy mal de mí. Ya sabes, es un ogro, es frío, es un capullo, viene para dar guerra… Cosas así.

—No, para nada. Bueno, lo de que eres frío igual sí. Pero eso es por tus años en Londres, que se te ha quitado el arte y el salero sevillano que llevas de nacimiento.

—A veces uno debe ser frío y autoritario para que no le pasen por encima —respondió más serio de lo que le había visto nunca.

—Eso en mi casa se llama ponerse una coraza. Vamos, que te lo diría mi hermana, que estudia psicología.

—¿Estás insinuando que debería ir al psicólogo? —arqueó la ceja.

—No, no, Dios me libre. Solo digo lo que ella diría. Soy la mayor y me psicoanaliza, no te digo más.

—Se preocupa por ti, que es diferente —dio un sorbo a su whisky y me devolvió mi copa para que bebiera también.

—¿Puedo preguntar por la discusión con tu padre?

—No —respondió sin pensar—. Y como te dije, espero discreción.

—La tienes, incluso de Noelia. Es solo que… —Me quedé callada mientras me miraba con esos ojos grises que parecían ocultar tantas cosas; arqueó la ceja como invitándome a seguir y suspiré—. Nada, no es asunto mío.

Di otro sorbo y contemplé la ciudad, las luces y las estrellas que se veían aun con aquellas leves gotas de lluvia cayendo sin parar.

Una copa se convirtió en dos, y en tres, y durante el tiempo que estuvimos en esa terraza hablando del trabajo y de vez en cuando de cosas menos profesionales, pude sentir su mirada recorriendo mi cuerpo centímetro a centímetro, haciéndome sentir… ¿Deseada?

Sí, podía verlo en sus ojos, en el modo en el que no se apartaban ni siquiera cuando sabía que le había pillado mirándome, en cómo brillaban y no por el alcohol, sino porque algo en mí le llamaba. Y a mí también me llamaba, ¿para qué iba a mentirme?, porque Alejandro Vega era un hombre que imponía pero que atraía, y él lo sabía.

Su forma de mirarme, de hablarme, el modo en el que de manera inconsciente nuestras manos se habían encontrado de vez en cuando, ese calor,

ese estremecimiento que recorría mi cuerpo al sentir su roce…

Dios, me sentía atraída por mi jefe; esta sí que era buena…

Él se recostó contra la barandilla, yo apoyé mi codo junto al suyo, cerca, pero sin tocarlo. La tensión era palpable.

—No sé cómo lo haces —dijo, con voz baja, casi divertida—. Logras que todo parezca más fácil de lo que es.

Me encogí de hombros, intentando parecer despreocupada, aunque mi corazón latía más rápido de lo normal.

—Eso dicen… —respondí, con una sonrisa ladeada que no pude controlar.

Nos miramos, y por un momento el mundo se redujo a esa terraza, a la ciudad iluminada bajo nosotros y al silencio que hablaba más que cualquier palabra. Cada respiración era un mensaje, cada parpadeo un desafío.

—No puedo entender cómo eres tan imperturbable en la oficina y luego aquí… —dijo él, con un toque de confusión y admiración—. Es como si pudieras cambiar de personaje en un instante.

—No es un personaje —repliqué, algo divertida y desafiante—. Solo es cuestión de saber separar lo cotidiano y profesional de lo mundano y personal.

Reímos, y por un momento, sentí que podíamos olvidar el mundo entero, que solo existíamos él y yo. Pero entonces él se inclinó un poco, lo suficiente para que pudiera sentir su respiración cerca de mi rostro. El calor subió de repente, y mis manos temblaron apenas. Mi instinto gritó que algo iba a pasar, que podía ser un beso, un acercamiento que cambiaría todo.

Pero se detuvo, con un leve movimiento brusco, y se apartó, dejando un espacio seguro entre nosotros.

—Mejor… —susurró, y luego dio media vuelta, dejando la terraza y dejándome con una mezcla de enfado, frustración y deseo que no había sentido en años.

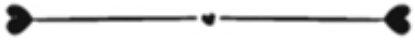
Me quedé allí, apoyada en la barandilla, intentando convencerme a mí misma.

No podía dejar que esto me afectase; él no era el hombre adecuado, él no era el hombre en absoluto. Frío e imperturbable, imponente y mi jefe.

Pero mientras la ciudad brillaba bajo mis pies, supe que el juego apenas había comenzado. Que había una batalla silenciosa entre nosotros, de miradas, gestos, silencios y palabras que no se decían. Y sí, también supe que, por primera vez en mucho tiempo, estaba lista para jugar… aunque me quemara, aunque doliera, aunque todo pareciera demasiado peligroso.

Porque Alejandro Vega no era solo un jefe difícil: era un reto, un misterio, un desafío que no podía ignorar. Y, sobre todo, era irresistible para mí.

Capítulo 9



Clara

El lunes llegó sin pedir permiso, como siempre. Pero yo sí estaba preparada.

El fin de semana había pasado lento, tranquilo, casi sospechosamente sereno para alguien como yo. Nada de planes improvisados, nada de fiestas, nada de dramas ajenos que absorber como si fueran propios. Solo mi casa, mi refugio, la lluvia tímida golpeando los cristales y yo, con una manta sobre las piernas y el mando a distancia en la mano, fingiendo que veía películas mientras mi cabeza hacía exactamente lo contrario.

Porque no, no me había inventado nada.

Aquella noche del viernes no había sido fruto del alcohol, ni de la música, ni del ambiente cargado de viernes sevillano con promesas de azahar anticipado. No había sido mi imaginación hiperactiva ni mi tendencia natural a buscar retos donde no los había.

Alejandro Vega me había mirado. Me había deseado. Y, lo más inquietante de todo, había estado a punto de besarme. Eso no era imaginación mía. Era un hecho.

El sábado por la mañana me desperté tarde, con el sonido lejano de un vecino arrastrando una silla en su terraza y con la necesidad de mi dosis diaria de café. Me senté en la terraza acristalada, envuelta en una manta, con el

portátil cerrado a propósito sobre la mesa. Nada de trabajo. Nada de correos. Nada de él.

Mentira. Porque cada escena del viernes volvía una y otra vez, con una claridad casi obscena. Su media sonrisa. La forma en la que me cogió la copa. El modo en que se inclinó hacia mí y luego se detuvo, como si alguien hubiese tirado de un freno de emergencia invisible. Aquello no lo hacía un hombre indiferente. Aquello lo hacía un hombre asustado de sí mismo.

Y eso… eso era peligroso.

Vi dos películas seguidas sin saber decir de qué iban. Una comedia romántica absurda y un thriller psicológico que me pareció irónicamente apropiado. Me reí sola en más de una escena, no por lo que pasaba en la pantalla, sino por mis propios pensamientos.

—*Muy bien, Clara* —me dije en voz alta, dándole un sorbo al café—. *Te atrae tu jefe. Tu jefe serio, borde, sevillano con porte británico y con trauma familiar. Es un hecho.*

El domingo fue aún más tranquilo. Llamé a mis padres, escuché a mi madre preguntarme si estaba comiendo bien y a mi padre contarme una anécdota histórica que no venía a cuento, pero que a mí siempre me hacía sonreír. Inés pasó por casa por la tarde, se sentó en el sofá con una infusión entre las manos y me miró con esa forma tan suya, como si pudiera ver debajo de la piel.

—*Estás rara* —dijo.

—*Gracias, Freud* —le respondí.

—*No, en serio. Estás… centrada. Y eso en ti es sospechoso.*

No le conté nada. No porque no confiara en ella, sino porque aún no estaba preparada para escuchar en voz alta lo que yo ya sabía. Que algo había cambiado. Que el equilibrio se había desplazado un par de centímetros. Lo suficiente para que ya no pudiera fingir que aquello no existía.

Esa noche dormí mal. No por pesadillas, sino por pensamientos demasiado lúcidos. Por decisiones formándose solas, sin pedirme permiso.

Y el lunes por la mañana, frente al espejo de mi dormitorio, terminé de asumirlo.

No iba a huir. No iba a hacerme la tonta. Y, desde luego, no iba a fingir que aquel hombre no me afectaba.

Me vestí despacio. A conciencia. Como quien afilaba un arma.

Elegí un vestido ajustado, negro, de manga larga, con un corte limpio y elegante que no enseñaba demasiado, pero lo insinuaba todo. Lo suficiente para que no pudiera catalogarse como inapropiado. Lo justo para que fuera impecablemente profesional y deliciosamente peligrosa. Los tacones eran altos, de esos que obligaban a caminar despacio, con las caderas marcando el ritmo sin pedir perdón. El pelo lo dejé suelto, domado solo lo justo para parecer casual. Maquillaje suave, labios naturales, ojos definidos. Nada exagerado. Nada inocente.

Me miré una última vez. La Clara del espejo no dudaba. Sonreía de lado, con esa expresión que había metido en problemas a más de uno a lo largo de mi vida.

—*Hoy no me pillas desprevenida* —murmuré.

El trayecto hasta la oficina fue corto, pero mi mente ya estaba varios pasos por delante. No sabía si lo vería nada más llegar, si habría reunión, si me ignoraría con su frialdad habitual o si fingiría que el viernes no había existido. Pero una cosa tenía clara: yo no iba a fingir nada.

Entré en el edificio con paso firme, saludando a seguridad, alzando la barbilla, sintiendo el eco de mis tacones sobre el suelo pulido. El lunes tenía ese olor particular a café recién hecho, a impresoras despertando, a conversaciones bajas y agendas llenas.

—Buenos días, terremoto —me dijo Álvaro al pasar junto a él en la cafetería.

—Buenos días, desastre financiero —le devolví sin frenar.

Noelia levantó la vista desde su móvil y me analizó en silencio. Esa mujer era peligrosa. No necesitaba palabras para saber cosas.

—Buen vestido —dijo finalmente.

—Buen ojo.

—¿Fin de semana tranquilo?

Sonreí.

—Productivo —respondí—. Mentalmente hablando.

No dijo nada más, pero anotó algo en la libreta que tenía en la mesa. O fingió hacerlo. Noelia siempre fingía mejor de lo que admitía.

Diego, Pablo y Celia aparecieron poco después, y mientras nos tomábamos el primer café de la jornada, cada cual contó lo que había hecho el fin de semana. Menos Noelia, a quien veía un poco más callada que de costumbre, como si guardara algún secreto.

Después del café fuimos hacia los ascensores y subimos, despidiéndonos poco después para ir a nuestros puestos.

Una vez en mi despacho, me senté, encendí el ordenador, revisé correos, informes, agendas. Todo normal. Todo en orden. Pero por dentro no lo estaba; me notaba un poco más nerviosa que de costumbre.

A media mañana, mientras revisaba unas proyecciones, sentí su presencia antes de verlo. Era ridículo, pero cierto. Como el viernes. Como si el aire se reorganizara a su alrededor.

—Clara —dijo con esa voz grave y medida que ya conocía bien.

Levanté la vista despacio y allí estaba. Traje impecable, expresión neutra, ojos grises imposibles de leer… salvo por ese segundo. Ese maldito segundo

en el que bajaron involuntariamente, recorriéndome con una rapidez que no pasó desapercibida.

Lo había notado. Y él supo que yo lo había notado.

—Buenos días, Alejandro —respondí, profesional y tranquila, con una sonrisa educada que no me llegaba a los ojos—. ¿En qué puedo ayudarte?

Sus labios se tensaron apenas. Un gesto mínimo, pero suficiente para mí. Estaba un poquito tenso.

—Necesito que vengas a mi despacho cuando termines —dijo—. Tenemos que preparar una reunión.

Asentí, como si no me importara. Como si no estuviera disfrutando ya del leve desajuste en su control.

—En cinco minutos estoy allí.

Se dio la vuelta sin añadir nada más. Yo me recliné en la silla, respiré hondo y sonreí para mí misma.

El juego había empezado antes de lo previsto.

Respiré hondo antes de levantarme de la silla. No por nervios, sino por placer anticipado. Porque sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y porque, por primera vez en mucho tiempo, no me sentía a la defensiva, sino al ataque.

Cogí una carpeta cualquiera, ni siquiera necesitaba mirar qué llevaba dentro, y caminé hacia los ascensores para subir a su despacho con paso tranquilo, seguro, marcando el ritmo de mis tacones contra el suelo como si cada golpe fuera un aviso. Noté alguna mirada curiosa, algún comentario ahogado. Normal. Los lunes siempre eran aburridos hasta que alguien los animaba.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Noelia cuando me vio salir del ascensor.

—Tu jefe, que quiere que hablemos de una reunión —me encogí de hombros.

—A mi jefe le va a dar un infarto hoy, te lo digo yo —sonrió.

—Dios no lo quiera, que aún es joven.

—Hija de fruta eres, si te has puesto ese vestido para él —susurró.

—No, cariño, me lo he puesto para mí. Aunque… admito que está bien saber que el inglés tiene sangre en las venas y ojos en la cara —le hice un guiño y la muy capulla se rio a carcajadas.

Cogí aire al pararme frente a la puerta del despacho de Alejandro, y llamé con los nudillos, un toque suave y profesional.

—Pasa —dijo desde dentro.

Abrí la puerta y entré.

El despacho de Alejandro era exactamente como él: grande, pulcro, ordenado hasta el extremo. Demasiado perfecto. Mesa amplia, de líneas rectas, sin una hoja fuera de lugar. Ventanales enormes con Sevilla extendiéndose al fondo como un decorado cuidadosamente elegido. Todo pensado para imponer. Para mantener el control.

Cerré la puerta tras de mí con calma.

—Dime —dije, apoyando la carpeta contra mi pecho mientras avanzaba un par de pasos—. ¿Qué reunión tenemos que preparar?

Él estaba de pie, de espaldas a mí, mirando por la ventana. Se giró despacio. Demasiado despacio, diría yo. Y ahí volvió a pasar. Ese segundo exacto en el que sus ojos me recorrieron sin permiso, como si su cuerpo reaccionara antes que su cabeza, y vi cómo apretaba la mandíbula.

Punto para mí.

—Siéntate —dijo, señalando la silla frente a su escritorio.

Lo hice. Crucé las piernas con naturalidad, dejando que el vestido subiera lo justo para que no fuera casual. Apoyé los codos en los brazos de la silla; tenía que mostrarme tranquila y relajada. Cómoda en mi propio cuerpo.

—Hoy tenemos una reunión con los responsables del ayuntamiento —empezó—. Urbanismo, sostenibilidad y movilidad. Quieren estudiar la viabilidad de varios proyectos piloto para mostrar una ciudad más sostenible.

—Déjame adivinar —intervine—. Energía solar integrada, sensores inteligentes, optimización de consumo y reducción de emisiones.

Una sombra de algo parecido a una sonrisa cruzó su rostro.

—Exacto.

—Entonces no entiendo por qué me necesitas —dije, ladeando la cabeza —. Eso suena a tu terreno.

Se apoyó en el borde del escritorio, cruzándose de brazos.

—Porque no quiero que sea solo una reunión técnica. Necesito estrategia. Lectura política. Alguien que sepa leer la sala.

—Y manipularla si hace falta —añadí.

—Influir —corrigió.

—Llámalo como quieras.

Me sostuvo la mirada más tiempo del estrictamente necesario, y sentí el peso de sus ojos, esa forma suya de observar como si quisiera desmontarte por dentro, pieza a pieza. Pero esta vez no bajé la vista, al contrario. Sonreí un poco. Despacio. Provocadora sin exagerar.

—He revisado tu último informe —continuó—. El análisis de expansión en el sur de Europa.

—¿Y?

—Es brillante.

Arqueé una ceja.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—No suelo regalar halagos.

—Lo sé. Por eso me ha sorprendido.

Vi cómo se recolocaba, incómodo. Apenas un gesto. Pero estaba ahí. Le molestaba que yo no reaccionara como esperaba. Que no me encogiera. Que no me impresionara.

—Quiero que vengas conmigo a la reunión —dijo—. Que lleves la parte estratégica y que intervengas cuando lo consideres oportuno.

—¿Eso incluye llevarte la contraria delante de los concejales si hace falta?

—Incluye confiar en tu criterio.

Ese fue el momento exacto, el punto de inflexión. Porque no lo dijo con frialdad. Lo dijo mirándome. Mirándome de verdad.

—Entonces acepto —respondí—. Pero con una condición.

—¿Una condición? —preguntó frunciendo el ceño.

Me incliné un poco hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa, invadiendo su espacio lo justo para que no pudiera ignorarlo.

—Que no intentes controlarlo todo —dije en voz baja—. Déjame hacer mi trabajo.

Sus ojos bajaron, inevitablemente, a mis labios. Solo un segundo. Pero fue suficiente.

—Eso puede ser complicado —admitió.

—Lo sé. —Sonreí—. Pero dicen que los retos te gustan.

Silencio. El aire se tensó. Literalmente. Podía sentirlo. Como si el despacho se hubiera encogido de repente. Alejandro se enderezó, caminó hasta su silla y se sentó frente a mí, colocando las manos sobre la mesa con una precisión milimétrica.

—Háblame de tu enfoque —dijo—. ¿Cómo plantearías la reunión?

Entré en modo trabajo sin perder un ápice de intención. Porque una cosa no quitaba la otra. Jamás lo había hecho.

—Primero, no vendería tecnología —empecé—. Vendería visión. Ellos no quieren sensores ni paneles solares; quieren titulares, votos y la sensación de estar haciendo algo moderno y responsable.

—Cinismo político —murmuró.

—Realismo estratégico —corregí—. Si conseguimos que se sientan pioneros, el dinero aparece solo.

Mientras hablaba, notaba su atención absoluta. No solo profesional, sino completa. Como si le fascinara verme moverme con soltura entre cifras, discursos y poder. Como si no supiera muy bien qué hacer con una mujer que podía provocarlo con una sonrisa y, al mismo tiempo, desmontar un ayuntamiento entero con argumentos.

—¿Y los riesgos? —preguntó.

—Los minimizamos haciéndoles creer que son suyos —respondí sin pestañear—. Que las decisiones vienen de ellos. Nosotros solo acompañamos.

Se quedó mirándome fijamente.

—Eres peligrosa.

Reí suavemente.

—Eso me han dicho alguna vez.

El silencio volvió a caer. Esta vez más denso, más cargado. Se levantó de nuevo, rodeó la mesa y se apoyó a mi lado, señalando unos documentos que había dejado abiertos.

—El concejal de Urbanismo es especialmente complicado —dijo—. Desconfía de las multinacionales.

—Entonces lo enamoramos —respondí sin pensar.

Se giró hacia mí lentamente.

—¿Siempre lo reduces todo a eso?

—No —dije, alzando la vista hacia él—. Solo lo simplifico. A veces la gente solo quiere sentirse escuchada.

Estábamos demasiado cerca. Podía oler su perfume. Notar el calor que desprendía. Vi cómo su pecho se elevaba con una respiración más profunda de lo normal.

—El viernes… —empezó, y se detuvo.

Ahí estaba. El terreno prohibido.

—¿Sí? —pregunté lo más inocente que pude.

Alejandro apretó los labios y se apartó un paso.

—Nada. Olvídalo.

Sonreí por dentro.

—Entonces —me levanté, recogiendo la carpeta—, ¿a qué hora salimos?

—Te aviso en un rato.

—Perfecto —dije mientras me levantaba.

Me dirigí a la puerta, pero antes de salir me giré.

—Alejandro.

—¿Sí?

—No te preocupes —añadí, con una sonrisa tranquila—. Sé separar lo profesional de lo personal.

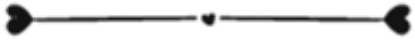
Nuestros ojos se encontraron una última vez. Vi el conflicto. El control. El deseo contenido. Y supe, con una certeza indudable, que estaba perdiendo esa batalla.

Salí del despacho sin mirar atrás, con el pulso acelerado y una sonrisa que no pude borrar en todo el camino de vuelta a mi despacho.

Porque ya no había duda. No me lo había inventado. Y él acababa de confirmarlo.

El juego estaba en marcha. Y yo acababa de mover ficha.

Capítulo 10



Clara

Salimos del edificio poco después de las nueve. Sevilla seguía gris, con ese cielo bajo que no terminaba de decidirse entre lluvia o tregua, y el aire olía a asfalto mojado y a azahar. Yo llevaba el portátil en mi maletín y una calma peligrosamente estudiada.

—Vamos en mi coche —dijo Alejandro, sin mirarme siquiera, mientras caminaba hacia el aparcamiento.

—Perfecto —respondí—. Así no tengo que fingir que conduzco concentrada mientras pienso en la reunión.

Me lanzó una mirada rápida, de esas que no sabían si reír o mantenerse serias. Gané otra pequeña batalla.

Su coche era exactamente lo que cabía esperar: berlina negra, elegante, impoluto, interior de cuero oscuro, minimalista, sin rastro de nada personal. Ni una foto, ni un objeto fuera de lugar. Me acomodé en el asiento del copiloto, cruzando las piernas con naturalidad, y dejé el bolso a mis pies. Él arrancó sin decir nada.

Durante los primeros minutos solo se oía el sonido del motor y el limpiaparabrisas marcando un ritmo lento, casi hipnótico. Yo observaba el perfil de su rostro de reojo: la concentración en la carretera, la mandíbula tensa, las manos firmes sobre el volante. Control absoluto. Al menos en apariencia.

—Bien —dije al fin—. Hablemos de la reunión.

—Eso estaría bien —respondió, sin apartar la vista del tráfico.

—El ayuntamiento quiere algo visible, medible y rápido —continué—. Nada de proyectos a diez años. Necesitan resultados antes de las próximas elecciones.

—Por eso había pensado en empezar con un distrito piloto —añadió—. Energía renovable, movilidad eléctrica, sensores de consumo.

—Y comunicación —apunté—. No subestimes eso. Si no se cuenta bien, no existe.

Asintió levemente.

—Rober piensa igual.

—Rober suele pensar bien —dije—. Aunque le guste disimularlo.

Una sombra de sonrisa apareció en sus labios. Duró poco, pero la vi.

—¿Cómo los enfocarías tú? —preguntó.

—Primero escucharía —respondí—. Que hablen, que se sientan importantes. Luego les devolvería su propio discurso mejorado. Les haría creer que la idea es suya.

—Otra vez lo de enamorarlos —suspiró.

—Otra vez lo de influir —corregí, mirándolo esta vez sin disimulo.

Nuestros ojos se cruzaron un segundo. Solo uno, pero fue suficiente para que algo se tensara entre nosotros, como un hilo invisible estirándose un poco más.

—Eres consciente de que eso puede ser peligroso —dijo.

—¿Por el proyecto o por mí?

No respondió de inmediato. Cambió de carril y apretó un poco más el volante.

—Por todo.

Sonreí, mirando por la ventana.

—Siempre lo ha sido.

Seguimos hablando de números, de plazos, de posibles objeciones del concejal de Urbanismo. Yo gesticulaba al hablar, consciente de cada movimiento, de cómo mi vestido se ajustaba al sentarme, de cómo Alejandro desviaba la mirada más veces de las que le gustaría admitir.

Lo noté especialmente en un semáforo en rojo en el que estábamos parados. Giró la cabeza hacia mí sin pensarlo, y se quedó mirando demasiado tiempo. No mi cara, sino mi cuello. Mis labios. Bajó la vista apenas un poco más y entonces reaccionó, carraspeando.

—Decías que habría que preparar un dosier visual potente —dijo, volviendo la vista al frente.

—Lo haré —respondí, tranquila—. Algo claro, elegante. Como a ti te gusta.

Otra mirada rápida y tensa.

—Clara…

—¿Sí?

—Esto es una reunión institucional.

—Lo sé —dije, inocente—. Por eso estoy hablando de trabajo.

Pero ambos sabíamos que no era solo eso.

El resto del trayecto transcurrió en una calma engañosa. Yo disfrutaba del efecto. De su lucha interna. De cómo su cuerpo reaccionaba, aunque su cabeza

intentara imponerse. Y no era solo deseo. Era curiosidad. Fascinación. Un reto para él.

Cuando aparcó frente al ayuntamiento, apagó el motor y se quedó unos segundos inmóvil.

—Aquí estamos —dijo finalmente.

—Aquí empieza lo bueno —respondí, abriendo la puerta.

Salí del coche y él me siguió. El edificio se alzaba sobrio, institucional, con esa mezcla de historia y burocracia tan sevillana. Subimos las escaleras juntos. Profesionales. Correctos. Pero yo sentía su presencia a mi lado como un campo magnético.

Antes de entrar, se detuvo.

—Clara —dijo en voz baja—. Confío en ti.

Lo miré de verdad, sin ironía esta vez.

—No te arrepentirás.

Y mientras atravesábamos las puertas del ayuntamiento, con mi sonrisa tranquila y su expresión controlada, pensé lo mismo que ya había pensado en mi despacho.

El juego había empezado. Y esta vez, él también estaba jugando.

El salón de reuniones del ayuntamiento era amplio, luminoso y deliberadamente impersonal. Mesa ovalada de madera clara, botellas de agua colocadas con una precisión casi militar, carpetas con el escudo de la ciudad grabado en relieve y una hilera de ventanales que dejaban entrar una luz grisácea, filtrada por las nubes de febrero.

Se presentaron uno a uno. El concejal de Urbanismo, Manuel Ortega, rondaba los cincuenta y tantos, con esa mezcla de cercanía impostada y desconfianza aprendida que tenían muchos políticos curtidos. A su derecha, Miranda López, la responsable de sostenibilidad, una mujer joven, mirada

inteligente, gesto atento. A la izquierda, Joaquín Estevez y Miguel Solís, dos técnicos municipales con cara de haber visto demasiados *PowerPoint* en su vida.

Alejandro tomó la palabra primero. Lo observé mientras hablaba. Su postura era perfecta, la voz firme, segura, sin levantar el tono. Explicó la visión global de *Híspalis Global Tech*, la apuesta por la innovación responsable, el compromiso con las ciudades del futuro. Nada grandilocuente, nada vacío. Elegancia contenida. Y, aun así, cada vez que hacía una pausa, cada vez que cambiaba de diapositiva, sentía su mirada buscarme. Como si necesitara comprobar que yo seguía allí. Atenta a sus palabras y cómplice de lo que decía.

Cuando llegó mi turno, lo supe antes de que dijera mi nombre. Lo sentí.

—Clara Montes, nuestra analista senior de Estrategia y Desarrollo Corporativo —me presentó—, os va a explicar cómo podríamos aterrizar todo esto en proyectos concretos para la ciudad.

Sonreí y asentí.

—Encantada —dije, apoyando suavemente las manos sobre la mesa—. Antes de hablar de soluciones, me gustaría escucharos.

Vi la sorpresa en los rostros. Bien.

—¿Qué es lo que más os preocupa ahora mismo? —continué—. ¿Dónde sentís que la ciudad necesita un cambio real y visible?

Manuel Ortega se acomodó en la silla.

—La movilidad y el consumo energético —respondió—. Queremos algo eficaz, pero también realista. No podemos permitirnos grandes obras que se eternicen.

—Ni promesas que no se cumplan —añadió la responsable de Sostenibilidad.

—Exacto —asentí—. Por eso nuestra propuesta no es un macroproyecto, sino empezar por algo medible, escalable y con impacto inmediato.

Mientras hablaba, notaba a Alejandro a mi lado. Silencioso y observándome. Vi cómo asentía en los momentos clave, cómo dejaba que yo llevara el peso sin interrumpirme. Confiaba en mí, en lo que decía, en mi trabajo. Y eso, curiosamente, me hizo sentir aún más poderosa.

Expliqué el planteamiento del distrito piloto, los beneficios, los plazos. Usé su lenguaje, el de ellos. Nada técnico en exceso, nada abstracto. Historias. Ejemplos. Escenarios posibles.

—Imaginad que en seis meses podéis mostrar datos claros de reducción de consumo energético —dije—. No estimaciones. Datos reales. Eso lo cambia todo.

—Y la percepción ciudadana —añadió Alejandro, entrando justo cuando debía—. Que es clave.

Nuestros ojos se cruzaron solo un segundo, pero en ese segundo pasó todo.

El concejal nos observaba con una atención renovada.

—Debo reconocer que el enfoque es interesante —dijo—. Diferente a lo que solemos escuchar.

—Eso es bueno —respondí—. Las ciudades no avanzan repitiendo fórmulas.

La reunión avanzó con fluidez. Preguntas, respuestas, objeciones resueltas con calma. Profesionalidad absoluta. Pero bajo la mesa, bajo las palabras medidas, había algo más.

Cada vez que yo intervenía, Alejandro giraba ligeramente el cuerpo hacia mí. Cada vez que él hablaba, yo sentía su mirada antes incluso de verla. Era un diálogo silencioso, paralelo, que solo nosotros dos entendíamos.

En un momento dado, mientras uno de los técnicos hablaba de presupuestos, noté cómo Alejandro se inclinaba hacia mí, lo justo para

susurrar:

—Están dentro.

Sentí un escalofrío.

—Lo sé —respondí, sin mirarlo.

Cuando la reunión terminó, tras casi dos horas, los responsables municipales se levantaron satisfechos, con apretones de manos y promesas de volver a reunirse pronto. El concejal se despidió con una sonrisa sincera.

—Ha sido un placer —dijo—. Espero que este sea el inicio de algo importante.

—Eso esperamos nosotros también —respondió Alejandro.

Recogí mis cosas con calma. Notaba su presencia detrás de mí, cerca. Demasiado cerca para ser casual.

Salimos del salón juntos, en silencio. El pasillo del ayuntamiento estaba casi vacío, y el eco de nuestros pasos resonaba en las paredes altas.

—Lo has hecho muy bien —dijo al fin.

—Tú tampoco has estado mal —respondí, sonriendo.

Se detuvo. Yo también.

—No era eso lo que quería decir —añadió, mirándome de frente—. Has estado… impecable.

Sostuve su mirada sin ironía, sin juego. Solo una mirada llena de verdad.

—Gracias.

Hubo un silencio distinto. Más cargado y personal.

—Deberíamos volver a la oficina —dijo finalmente.

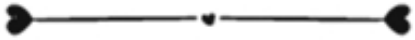
—Sí —asentí—. Será lo más prudente.

Prudente. Mientras caminábamos hacia la salida, pensé en lo irónica que podía ser esa palabra. Porque nada de lo que estaba ocurriendo entre nosotros tenía pinta de serlo. Y, aun así, seguíamos avanzando. Paso a paso. Mirada a mirada.

Porque los dos sabíamos que aquello no se iba a quedar en una reunión. Ni en un coche. Ni en un lunes cualquiera.

Y mientras cruzábamos las puertas del ayuntamiento, con Sevilla esperándonos al otro lado, tuve una certeza clara y peligrosa: Alejandro Vega ya no solo me miraba. Me veía. Y eso… eso lo cambiaba todo.

Capítulo 11



Alejandro

Regresé a mi despacho con una sensación extraña en el pecho. No era euforia, ni alivio. Era algo más sutil, más incómodo. Como si todo hubiera salido exactamente como debía, y aun así nada estuviera bajo control.

Cerré la puerta tras de mí y me quité la chaqueta, colgándola con cuidado en el perchero. El despacho seguía igual que siempre: ordenado, limpio, impecable. Demasiado. Me aflojé la corbata y apoyé las manos sobre la mesa, respirando hondo.

La reunión con el ayuntamiento había sido un éxito. Objetivamente. Interés real, condiciones asumibles, voluntad política. Todo lo que cualquier CEO querría escuchar un lunes por la mañana.

Y, sin embargo, lo primero que me vino a la cabeza no fueron los números ni los plazos. Fue Clara.

Su seguridad. Su forma de leer la sala. La naturalidad con la que había tomado el control sin imponerse. Y esa maldita manera suya de estar presente incluso cuando no hablaba.

Negué con la cabeza, como si así pudiera sacármela de la mente, y abrí el portátil. Apenas había empezado a revisar notas cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dije.

Rober entró sin ceremonia, con una carpeta bajo el brazo y esa expresión suya que mezclaba ironía y liderazgo con una facilidad insultante. Cerró la puerta y se apoyó en la pared, mirándome de arriba abajo.

—Has vuelto con cara de lunes que ha salido demasiado bien —comentó.

—Ha ido bien —respondí—. Están interesados. Mucho más de lo que esperaba.

—Lo sabía —sonrió—. Cuando el concejal de Urbanismo asiente más de dos veces seguidas, es buena señal.

Me senté y le indiqué la silla frente a mí. Rober dejó la carpeta sobre la mesa y se acomodó, ya en modo trabajo.

—El enfoque del distrito piloto les ha convencido —continué—. Quieren resultados inmediatos, medibles y, sobre todo, comunicables.

—Política en estado puro —asintió—. ¿Condiciones?

—Las hablarán esta semana. Pero quieren avanzar.

Rober me observó unos segundos, en silencio.

—Y Clara —dijo al fin—. Ha estado brillante.

No lo dijo como una pregunta ni como una provocación. Lo dijo como un hecho.

—Lo ha estado —admití—. Tiene una capacidad estratégica poco común. Y sabe cuándo hablar.

—Y cuándo callar —añadió—. Eso es aún más raro.

Apoyó los codos en las rodillas y me miró con algo distinto en los ojos. Algo más personal.

—Gracias —dijo de pronto.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Por volver —respondió—. Por dejar Londres. Por estar aquí cuando lo necesitaba.

Me recliné en la silla, cruzando los brazos.

—Somos hermanos.

—Lo sé —sonrió—. Pero podrías haber dicho que no. Tenías tu vida hecha allí.

—Y tú esta empresa —respondí—. Para eso estamos.

Rober suspiró, apoyándose ahora contra el respaldo.

—No está siendo fácil —admitió—. Papeles, mercados, presiones… Y nuestro padre.

Ahí estaba. La palabra que tensaba el aire como un cable a punto de romperse.

—No empecemos —dije con frialdad.

—Algún día tendrás que hablar con él —insistió—. No podéis seguir así eternamente.

Lo miré fijamente.

—Ese día no llegará.

—Alejandro…

—No —corté—. No me pidas eso. No lo voy a hacer.

Rober guardó silencio unos segundos. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba calibrando cada palabra.

—No te estoy pidiendo que lo perdones —dijo al fin—. Solo que no cargues con todo tú solo.

—No cargo con nada —respondí—. Él tomó sus decisiones. Yo tomé las mías.

Se levantó despacio.

—Aun así —añadió, ya dirigiéndose a la puerta—, algún día tendrás que mirar atrás.

—No —repetí—. Porque mirar atrás fue lo que casi nos cuesta la empresa.

Rober se detuvo, me miró una última vez y asintió.

—Descansa un poco —dijo—. Esta semana será larga.

Salió y cerró la puerta tras de sí dejándome solo de nuevo.

El silencio volvió a ocuparlo todo. Demasiado espacio. Me levanté y caminé hasta la ventana. Sevilla seguía gris, contenida, como si también ella estuviera esperando algo.

Pensé en Londres. En la huida. En mi madre. En la discusión con mi padre, quince años atrás, gritándonos cosas que no se olvidaban, aunque pasase una vida entera. En la empresa al borde del abismo. En Rober, sosteniéndolo todo mientras yo me alejaba.

Y, contra toda lógica, pensé otra vez en Clara.

En cómo había logrado, sin saberlo, hacerme sentir algo que llevaba años evitando: que no todo estaba roto. Que aún había piezas que encajaban.

Cerré los ojos un segundo. No podía permitirme distracciones. No ahora. No con todo lo que estaba en juego.

Volví a la mesa, abrí los documentos del ayuntamiento y me centré en el trabajo, como siempre había hecho. Porque si algo sabía hacer bien… era mantener el control.

Me sumergí en el trabajo como quien se lanzaba al agua fría: sin pensar demasiado. Revisé notas de la reunión, subrayé posibles líneas de actuación, marqué riesgos y oportunidades. El ayuntamiento quería rapidez, visibilidad y control político. Nada nuevo. Lo complicado sería equilibrar eso con la realidad técnica sin comprometer la credibilidad de la empresa.

Avancé durante el resto de la mañana casi sin levantar la vista del portátil. Cuando estaba concentrado, el tiempo dejaba de existir. Era una costumbre adquirida en Londres, cuando trabajar era más fácil que sentir.

Fue el teléfono interno el que me sacó de ese estado.

—¿Sí? —respondí, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Alejandro —la voz de Noelia sonó contenida, pero con un matiz distinto —. Disculpa que te interrumpa.

Eso ya era raro. Noelia solo interrumpía si era importante.

—Dime.

—Ha venido tu madre.

Me quedé inmóvil.

—¿Mi madre?

—Sí. Está aquí —ahora entendía que susurrase tanto—. Ha preguntado por ti y… bueno, le he dicho que estabas ocupado, pero ha insistido en esperarte. No quería molestarte, eso ha dicho literalmente.

Cerré los ojos un segundo.

—Dile que pase —respondí—. Ahora mismo.

—De acuerdo.

Colgué y me levanté despacio, como si el cuerpo necesitara unos segundos más que la cabeza para asumirlo. Me arreglé instintivamente la camisa, un

gesto absurdo, y rodeé el escritorio justo cuando llamaron a la puerta.

—Pasa —dije.

Mi madre entró con una sonrisa que siempre conseguía desarmarme. Llevaba un abrigo claro, el bolso colgado del brazo y esa expresión dulce que no había cambiado con los años, aunque la vida le hubiera enseñado demasiadas cosas.

—Hola, hijo.

—Hola, mamá —respondí, acercándome a ella, y nos abrazamos.

No fue un abrazo largo, pero sí sincero. De esos abrazos que no necesitaban palabras porque lo decían todo. Noté su perfume suave, familiar, y algo en el pecho se me aflojó sin pedir permiso.

—Estás más delgado —dijo, separándose lo justo para mirarme—. Y más serio. Aunque eso ya no es ninguna novedad.

—Tú sigues igual —respondí—. Apareciendo sin avisar.

Sonrió.

—Las madres tenemos licencia para eso.

Se sentó en una de las sillas frente al escritorio, dejó el bolso a un lado y miró a su alrededor con curiosidad.

—Este despacho es… —comentó—. Muy tú.

—¿Eso es bueno o malo?

—Demasiado orden —dijo—. Tu padre siempre decía que el orden exterior compensaba el caos interior.

Apreté la mandíbula.

—Mamá…

—Tranquilo —me interrumpió con suavidad—. No he venido a hablar de él. Al menos no solo de él.

Se levantó y se acercó a la ventana.

—He visto a Rober esta mañana —continuó—. Está cansado. Pero aliviado de tenerte aquí.

—Lo sé.

—Y yo también —añadió, girándose hacia mí—. No te lo digo a menudo, pero gracias por volver.

No respondí de inmediato. Me limité a asentir.

—Noelia es encantadora —cambió de tema de pronto—. Muy educada. Me ha ofrecido café tres veces.

—Es eficiente —dije—. Y paciente.

—Eso siempre es buena señal —rio—. Aunque me ha mirado como si temiera que empezara a preguntar por tu vida personal.

—Probablemente acertó.

Me observó con atención, esa forma suya tan tranquila y tan certera.

—¿Comes bien?

—Sí.

—¿Duermes?

—Más o menos.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Se acercó y me tocó el brazo con cariño.

—He pensado… —dijo—. Si no tienes nada urgente, podríamos comer juntos.

Miré el reloj. Era casi la una y media. La agenda estaba llena, como siempre. Pero nada que no pudiera esperar.

—Claro —respondí—. Me vendrá bien salir un rato.

Su sonrisa se amplió.

—Perfecto. Así te veo comer algo que no venga en un táper.

—No como de táper.

—Claro que no —dijo, irónica—. Y yo soy astronauta.

Reí de verdad. Hacía tiempo que no lo hacía así, sin esfuerzo.

—Déjame avisar —añadí—. Noelia…

Ella ya estaba levantándose.

—Tranquilo —dijo—. Me ha dicho que la avise yo misma cuando salgamos. Es muy resolutiva esa chica.

Asentí.

Mientras cogía la chaqueta, me di cuenta de algo que no había querido admitir: aquel pequeño paréntesis, aquella visita inesperada, era exactamente lo que necesitaba. Un recordatorio silencioso de que, pese a todo, aún había cosas que no estaban rotas.

Y salimos juntos del despacho, mi madre del brazo, dejando atrás por un rato la empresa, los números… y los fantasmas.

Elegimos un restaurante pequeño, discreto, a apenas dos calles de la oficina. Nada sofisticado. Manteles de tela, luz cálida y ese olor inconfundible a guiso recién hecho que te hacía bajar la guardia sin darte cuenta. Mi madre lo eligió sin preguntarme, como si supiera exactamente dónde necesitaba estar.

Nos sentamos junto a la ventana. Fuera, Sevilla seguía cubierta por ese cielo bajo de febrero, pero dentro todo era distinto. Más humano.

—Aquí comíamos cuando tú eras pequeño —dijo de pronto—. ¿Te acuerdas?

Negué con la cabeza.

—No.

—Normal —sonrió—. Siempre estabas más pendiente de los coches que pasaban que del plato.

Pedimos sin mirar demasiado la carta. Ella pidió puchero. Yo, pescado a la plancha. Como siempre, algunas cosas no cambiaban.

Durante los primeros minutos hablamos de cosas sin importancia. De su pasión por el arte, de primas lejanas, de una vecina que había vuelto a casarse con setenta años. Una conversación ligera, pero sin duda, necesaria.

Fue ella quien cambió de tema.

—Rober me ha contado que la reunión con el ayuntamiento ha ido bien.

—Sí —asentí—. Hay posibilidades reales.

—Me alegro —dijo—. Te veo más centrado desde que has vuelto.

No respondí, y ella lo notó.

—Alejandro… —apoyó la mano sobre la mía—. No te lo digo para reprocharte nada. Solo… me alegra tenerte cerca.

Tragué saliva.

—Yo también me alegro —admití.

Esperó. Siempre sabía cuándo esperar.

—No le perdono —dijo de pronto, y levanté la vista.

—¿A quién? —fruncí el ceño sin entender a qué se refería.

—A tu padre —respondió sin rodeos—. No le perdono que provocara que te fueras de esa manera.

Apreté la mandíbula.

—Mamá…

—No —me cortó—. Déjame terminar. No le perdono que te pusiera en esa situación. Ni que te obligara a elegir entre tus principios y tu familia.

—No me obligó —respondí—. Elegí yo.

—Elegiste porque no te dejó otra opción —replicó con suavidad—. Y eso es algo que una madre no olvida.

Llegaron los platos y el camarero los dejó con cuidado, ajeno al peso de la conversación.

—No deberías haber peleado con tu padre por mí —continuó—. Ni por la empresa.

La miré fijamente.

—El que no debería haber hecho todo aquello fue él.

—Lo sé —asintió—. Pero el precio fue muy alto.

—El precio de no hacerlo habría sido peor —respondí—. Nos podría haber costado la empresa. Y aun así… —Suspiré—, no está en su mejor momento. Si lo estuviera, Rober no me habría pedido que volviera.

Me observó con esa mezcla de orgullo y tristeza que solo una madre podía sostener sin romperse.

—Rober siempre ha sido fuerte —dijo—. Pero tú siempre has sido el que veía más allá.

Negué con la cabeza.

—Yo solo vi una línea que no estaba dispuesto a cruzar.

—Y por eso me siento orgullosa —dijo, sin dudar—. Aunque me duela lo que pasó después.

Comimos en silencio unos minutos. Un silencio cómodo, lleno de cosas dichas sin palabras.

—No quiero que vivas con rencor —añadió al fin—. No por él. Por ti.

—No es rencor —respondí—. Es memoria.

Asintió, aceptándolo.

—Eso también pesa —dijo—. Pero no tienes que cargarlo solo.

Levanté la vista hacia ella y sonreí apenas.

—Nunca lo he hecho del todo —admití—. Te he tenido a ti.

Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—Y siempre me tendrás.

Terminamos de comer sin más reproches. Hablamos del tiempo, de la ciudad, de tonterías. Cuando salimos, el cielo seguía gris, pero la lluvia había cesado.

Caminamos juntos unos metros hasta el cruce.

—Gracias por venir —le dije.

—Gracias por quedarte —respondió.

Nos abrazamos. Esta vez un poco más largo.

—Cuídate, hijo —añadió—. Y no trabajes tanto.

—Lo intentaré.

La vi alejarse, con paso tranquilo, hasta perderse entre la gente, y me quedé unos segundos quieto, respirando hondo, antes de volver a la oficina.

Porque, aunque no lo admitiera en voz alta, aquel momento había sido un ancla. Un recordatorio de quién era. Y de por qué había vuelto.

Regresé a la oficina con la mente más despejada de lo que esperaba. La conversación con mi madre había removido cosas, sí, pero también había colocado otras en su sitio. No todo tenía solución inmediata. Nunca la había tenido. Pero al menos ya no parecía un peso imposible de sostener.

Entré en mi despacho, dejé la chaqueta en el perchero y me senté frente al ordenador. Tenía la sensación de que la tarde iba a ser larga. Y no me equivocaba.

Apenas habían pasado diez minutos cuando llegó el correo.

***«Asunto:** Propuesta de condiciones – Proyecto Sevilla Piloto»*
Lo abrí sin dudar.

El ayuntamiento era directo. Querían avanzar, pero ponían sobre la mesa una serie de condiciones que no eran menores: plazos ajustados, indicadores de impacto muy concretos, participación activa de técnicos municipales en cada fase y, sobre todo, una cláusula de revisión trimestral que les permitía retirarse sin penalización si los resultados no cumplían las expectativas.

Me recosté en la silla, leyendo una vez más cada punto. Nada era imposible. Pero nada era sencillo.

Aquello requería precisión. Estrategia. Y una lectura política fina. Exactamente lo que Clara había demostrado manejar con soltura esa misma mañana.

Abrí un documento nuevo y empecé a anotar ideas, ajustes, posibles escenarios. A medida que avanzaba, su voz se colaba en mis pensamientos, anticipando objeciones, proponiendo enfoques alternativos. No me molestaba, al contrario. Era… eficaz.

Miré el reloj. Eran casi las cuatro. Cerré el documento y abrí el correo de nuevo. Dudé unos segundos antes de escribir. No por el contenido, sino por lo que implicaba.

Pero no había escapatoria. Ni debía haberla. Empecé a teclear.

*«**De:** Alejandro Vega*

***Para:** Clara Montes*

***Asunto:** Proyecto Sevilla – Condiciones Ayuntamiento*

Buenas tardes, Clara.

Acabamos de recibir el correo del ayuntamiento con las condiciones para avanzar en el proyecto piloto. Hay varios puntos estratégicos que requieren un análisis detallado y ajustes antes de responder.

Necesito que trabajemos juntos esta tarde para preparar una propuesta sólida. Cuando termines lo que tengas entre manos, pásate por mi despacho.

Gracias. A.V.»

Releí el mensaje. Profesional. Escueto. Impecable. Demasiado, quizá. Lo envié antes de darle más vueltas.

Apoyé los codos en la mesa y me pasé una mano por la cara, consciente de algo que no quería admitir: aquella tarde no iba a ser solo trabajo. No con Clara de por medio. No después de todo lo que se había movido desde el viernes.

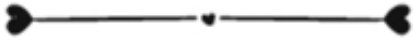
Miré la puerta, como si pudiera aparecer en cualquier momento. Y por primera vez en mucho tiempo, no supe si lo que sentía era anticipación o puro riesgo. Pero no di marcha atrás.

Porque había decisiones que, una vez tomadas, ya no se podían deshacer.

Y aquella tarde, con el proyecto sobre la mesa y Clara a punto de entrar de nuevo en mi espacio, sabía que iba a cruzar otra línea invisible. Aunque aún

no supiera cuál sería el precio.

Capítulo 12



Clara

Cuando miré el reloj por tercera vez y vi que pasaban de las diez de la noche, supe que algo se nos había ido de las manos. O quizá no. Quizá simplemente había ocurrido lo inevitable.

Llevábamos horas encerrados en el despacho de Alejandro. Horas de documentos abiertos, correcciones, notas al margen, cifras que cambiaban, párrafos que se afinaban hasta quedar perfectos. El ayuntamiento había sido claro: querían garantías, resultados rápidos y control. Y nosotros estábamos desmontando cada condición para volver a montarla a nuestro favor sin que lo pareciera.

Trabajo puro y duro. O eso nos decíamos.

Yo estaba sentada frente a su escritorio, con el portátil abierto y la espalda recta desde hacía demasiado tiempo. Alejandro se había quitado la chaqueta hacía horas y llevaba la camisa remangada, el gesto concentrado, los ojos grises fijos en la pantalla grande donde proyectábamos el documento compartido.

—Si aceptamos la revisión trimestral tal cual, nos dejamos vendidos —dije, señalando un párrafo—. Hay que poner más ventajas para nosotros, no solo números.

—Estoy de acuerdo —respondió—, pero si endurecemos demasiado ese punto, se van a echar atrás.

—No si lo envolvemos bien —repliqué—. Transparencia, colaboración, lenguaje político bonito. Ya sabes.

Me miró de reojo.

—Se te da demasiado bien eso.

—Es un don —sonreí sin levantar la vista.

Seguí escribiendo unos minutos más hasta que el cuello empezó a protestar. Un dolor sordo, insistente. Me giré despacio, estirándolo hacia un lado y luego hacia el otro, dejando escapar un suspiro largo, agotado.

—Joder… —murmuré.

—Llevamos demasiado tiempo —dijo Alejandro, apoyándose en el respaldo de la silla—. Deberíamos dejarlo para mañana.

Lo miré.

—No.

Arqueó una ceja.

—¿No?

—No —repetí—. Estamos demasiado metidos como para cortar ahora. Si lo dejamos, mañana tendremos que volver a entrar en el mismo punto mental y perderemos tiempo.

Me observó unos segundos. Evaluándome, como siempre.

—Eres insufrible cuando te obsesionas —comentó.

—Y tú un controlador cuando intentas poner horarios —repliqué—. Estamos empatados.

Una sombra de sonrisa cruzó su rostro.

—Al menos come algo —dijo—. Son más de las diez.

Me di cuenta entonces de que tenía hambre. Hambre de verdad.

—Vale —cedí—. Eso sí es buena idea.

Se giró hacia el teléfono del despacho.

—¿Te importa si pido algo rápido?

—Mientras no sea una ensalada triste, haz lo que quieras.

—¿Comida china?

Sonreí.

—Ahora sí que me estás convenciendo.

Llamó y pidió con seguridad, como si supiera exactamente lo que quería desde el principio. Yo aproveché para levantarme, estirar las piernas y acercarme a la ventana. Sevilla estaba oscura, tranquila, con ese silencio extraño de los lunes por la noche en el centro.

—En cuarenta minutos llega —dijo colgando—. He pedido de más, por si acaso.

—Siempre pides de más —respondí sin pensar.

Me miró, curioso.

—¿Eso es una crítica o una observación?

—Una constatación —sonreí—. Los hombres como tú no saben pedir poco.

Se apoyó en la mesa, cruzándose de brazos.

—¿Los hombres como yo?

—Perfeccionistas, controladores, con tendencia a no dejar cabos sueltos —enumeré—. También con tendencia a creerse imprescindibles.

—¿Y tú qué eres? —preguntó.

—Un problema —respondí sin dudar—. Pero uno eficiente.

Soltó una breve risa, grave y contenida.

Volvimos al trabajo hasta que llamaron a la puerta. Noelia apareció con dos bolsas grandes y una mirada que decía “no voy a preguntar nada, pero lo estoy viendo todo”.

—Aquí tenéis —dijo—. Y no, no quiero saber a qué hora pensáis iros.

—Gracias, Noelia —respondió Alejandro—. Puedes irte tranquila.

—Eso pensaba hacer hace una hora, pero ya sabes, mi nuevo jefe y el trabajo… —replicó con ironía antes de desaparecer.

Extendimos la comida sobre la mesa auxiliar: rollitos de primavera, arroz tres delicias, tallarines con verduras, pollo agridulce, ternera con bambú y setas. Todo para compartir. Y sí, había pedido de más.

—Has pedido como si fuéramos cinco —comenté.

—Prefiero que sobre a que falte.

Nos sentamos uno frente al otro, esta vez sin pantallas de por medio. Solo comida, palillos y una cercanía distinta.

—No sabía que trabajabas así —dijo de pronto—. Con tanta intensidad.

—No sabía que tú aguantabas tantas horas sin echar a nadie —le devolví y sonrió levemente.

—Supongo que hoy es… excepcional.

Comimos mientras seguíamos hablando del proyecto, pero poco a poco el tono cambió. Se relajó y las palabras fluyeron de otra manera.

—¿Siempre has querido dedicarte a esto? —me preguntó de pronto.

—No —respondí—. Quería cambiar el mundo. Luego entendí que podía empezar por las empresas.

Asintió.

—Yo me fui a Londres por eso —dijo entonces—. Pero no fue solo por trabajo.

Levanté la vista.

—Ah, ¿no?

Dejó los palillos sobre la mesa.

—Me fui porque aquí no podía respirar. Porque si me quedaba, acababa rompiéndolo todo.

No dije nada. Lo dejé continuar.

—No me fui huyendo de la empresa —añadió—. Me fui huyendo de mi padre.

Sentí un vuelco en el corazón.

—No te preocupes —dije despacio—. No voy a decir nada.

—Lo sé —dijo con un leve asentimiento.

Y en ese silencio cargado, con la comida a medio terminar y la noche avanzando sin pedir permiso, supe que algo había cambiado. Y que aún quedaba mucho por romper.

Los palillos se cruzaban sobre los platos y el aroma a jengibre y soja llenaba el despacho. Había algo extrañamente cómodo en cenar allí, entre papeles y ordenadores, como si el trabajo pudiera ser soportable si había un poco de comida china de por medio y alguien que, aunque distante y frío, compartiera el silencio contigo.

—Estos rollitos de primavera… son demasiado buenos —dije, llevándome uno a la boca mientras observaba cómo él se inclinaba sobre su plato, concentrado en los tallarines.

—Demasiado buenos —repitió con una sonrisa leve—. Igual que la ternera con bambú. Creo que acerté.

—Acertaste más de lo que pensabas —comenté, divertida—. Esto está riquísimo.

—Perfecto. Ahora que estamos de acuerdo en lo importante, ¿seguimos con el proyecto mientras comemos o dejamos algo para mañana? —preguntó, sin levantar la mirada del plato.

—Terminamos de cenar, y luego seguimos —dije—. Si empezamos y paramos, nunca terminaremos.

Y poco a poco, entre comentario y comentario, la conversación cambió de dirección, hacia algo más personal. Algo que se sentía inesperadamente cómodo.

—¿Y tú? —preguntó de repente mientras apartaba un rollito de primavera de su camino—. ¿Qué hay detrás de Clara Montes, la analista terremoto?

Me sorprendió la pregunta. Nadie en la empresa se había interesado por lo que había más allá de mi currículum, mis informes o mis sarcasmos.

—Supongo que un poco de caos controlado —respondí, medio en broma —. Y café. Mucho café.

—Ajá, café. Eso explicaría muchas cosas —dijo, y por un segundo sus labios se curvaron en algo que casi parecía una sonrisa de complicidad.

Yo me reí.

—Y tú… ¿Qué hay detrás del CEO inflexible que controla todo y a todos? —le lancé la pregunta con cuidado, sin esperar demasiada respuesta.

Él bajó la vista, cogió un poco de arroz y respiró hondo antes de hablar.

—No fue siempre así —dijo, despacio—. Me fui a Londres porque aquí… porque había cosas que no podía soportar. La empresa, sí, pero sobre todo… mi padre.

Mi corazón dio un vuelco. Sabía lo de su distanciamiento, pero escuchar su voz hablar de eso en primera persona era diferente. Más real.

—No tienes que contármelo si no quieres —dije, con cuidado.

—No es algo que suela contar —replicó—. Pero confío en ti. Me fui porque… porque si me quedaba, habría terminado rompiendo todo. Aquí y en mí mismo. Y si me quedaba con él… habría acabado perdiéndome.

—Lo entiendo —dije.

Sus ojos grises me estudiaron un instante, y en ellos vi algo que no esperaba: vulnerabilidad. No era frío, no era distante. Era él, real, sin armaduras de CEO, sin máscaras.

—Gracias por tu discreción —dijo, con un hilo de voz distinto—. Significa más de lo que imaginas.

Me encogí de hombros, aunque por dentro sentí un cosquilleo extraño.

—Soy buena guardando secretos —dije, sincera—. Y a veces escuchar las cosas en voz alta ayuda.

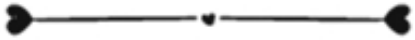
Él asintió y volvió a coger los palillos, pero no para comer. Para señalar un párrafo en la pantalla compartida, para volver al proyecto. Pero había cambiado algo entre nosotros. Lo noté en la forma en que me miraba, en la calma que de repente había en su voz, en la manera en que hablábamos sin competir, sin tensiones.

—¿Sabes? —dijo, más bajo, casi para sí mismo—. Jamás pensé en volver, y no lo habría hecho si no fuera porque me lo pidió mi hermano.

—Dicen que para cerrar algunas heridas, lo mejor es volver al lugar en el que se abrieron. Quién sabe, puede que tu vuelta no acabe siendo tan mala.

Me miró a los ojos y, por un instante, solo por un instante, la distancia se evaporó. No era Alejandro el CEO, el hombre que podía congelar la sala con una mirada. Era Alejandro. Humano. Vulnerable. Y, joder, era intenso. Muy intenso.

Capítulo 13



Clara

Después retomamos los papeles, los datos y los contratos, pero el ambiente había cambiado. Lo sentí en cada gesto, en cada pausa. Sabíamos cosas que nadie más sabía. Secretos que, aunque silenciosos, nos unían en esa pequeña burbuja del despacho.

Y mientras el arroz, los tallarines y los rollitos desaparecían entre nuestras manos, algo se movía entre nosotros. Algo que no tenía nada que ver con el trabajo y todo que ver con nosotros.

El despacho había quedado a medio oscurecer. Las luces del ordenador iluminaban nuestros rostros y la comida china ya casi era historia, restos dispersos de salsa y arroz que nadie se molestaba en limpiar todavía. Pero no era eso lo que me mantenía alerta; era él. Alejandro. Su presencia, su mirada, su forma de inclinarse sobre los papeles como si el mundo fuera suyo y a la vez, de repente, solo nuestro.

—No entiendo por qué insistes en este punto —dije, señalando un párrafo en la pantalla—. La normativa es clara y tus cambios complican todo.

—No es complicado —replicó, con ese tono cortante que podía ser demoledor y excitante al mismo tiempo—. Solo que no lo entiendes porque no miras más allá de lo que el papel dice.

Me giré hacia él, cruzando los brazos. Por un segundo, solo un segundo, sentí un impulso de rebelión que no era profesional.

—¿No lo entiendo? —repliqué, mordiendo las palabras—. Vamos a ver quién entiende esto mejor.

Se inclinó sobre la mesa, tan cerca que casi podía oler su colonia. Sus ojos grises brillaban con algo más que enfado; era fuego y hielo al mismo tiempo. Y lo sentí, lo juro, como un golpe en el pecho.

—Cuidado, Clara —dijo en tono bajo, casi un susurro—. No quiero que esto se convierta en algo que no podamos controlar.

—¿Controlar? —me atreví a bromear, intentando mantener la compostura mientras sentía que me temblaban las piernas—. Te recuerdo que yo soy la experta en caos.

Se inclinó más, demasiado cerca, y no pude evitar rozar su brazo al señalar un detalle en la pantalla. Nuestros dedos se tocaron y un escalofrío me recorrió. Él no se movió. Solo me miró, fijo, y entonces pasó lo imposible: se acercó más, sus labios rozando los míos, y sentí que todo lo que había sido tensión profesional explotaba en un instante.

El primer beso fue intenso, desesperado, con años de contención y secretos comprimidos que se liberaban de golpe. No había planificación, no había pausa. Solo un choque de deseo que me dejó sin aire, temblando, con la cabeza dando vueltas.

Nos separamos antes de cruzar la línea. Antes de que todo se descontrolara de verdad. Solo unos segundos, pero suficientes para sentir el fuego y el hielo de sus ojos clavados en los míos, la mezcla de control, deseo y miedo.

—Esto… —jadeé, apartándome ligeramente, intentando recuperar la respiración—. No deberíamos…

—Lo sé —susurró, igualmente agitado, y sentí su aliento rozando mi mejilla—. Pero tampoco puedo evitarlo.

El despacho parecía encogerse a nuestro alrededor; la pantalla de ordenador y los papeles desaparecieron de repente. Todo lo que quedaba éramos él y yo, respirando rápido, con el corazón latiendo en un ritmo que ninguno de los dos quería admitir.

Sentí que había conseguido lo que había querido, ese momento de tensión que nos había estado rondando desde la primera reunión. Pero también entendí que era peligroso, más de lo que jamás habría imaginado. Como él la noche del viernes, di un paso atrás, me recoloqué la ropa, recogí mis cosas y me dirigí a la puerta.

—Buenas noches, Alejandro —dije con más firmeza de la que sentía, aunque con un hilo de voz que traicionaba mi temblor interior.

Aquel era un juego que había empezado como diversión, desafío y coqueteo profesional. Pero ahora, con ese instante grabado en mi piel, entendí que podía volverse mucho más peligroso, mucho más real. Y lo sabía: ninguno de los dos estaba preparado para lo que venía.

Cerré la puerta del despacho detrás de mí y dejé que el clic final resonara en mis oídos. Por un instante, todo quedó en silencio: el murmullo lejano de las luces del pasillo, el zumbido débil de los ordenadores en otras oficinas y, por supuesto, el recuerdo de sus labios, demasiado cerca, demasiado intensos.

Caminé hacia mi despacho, recogí mis cosas con manos que temblaban apenas un poco, lo suficiente para que notara que mi cuerpo aún recordaba, y me dirigí a la salida.

El suelo frío bajo mis tacones me devolvía a la realidad, pero no podía evitar que mi mente permaneciera atrapada en él. En Alejandro. En nosotros. En lo que había pasado hacía apenas unos minutos.

Mientras caminaba hacia mi coche, repasaba cada gesto, cada roce, cada mirada cargada de electricidad. Ese primer beso había sido un terremoto que había sacudido algo dentro de mí. No era solo deseo; era algo más complicado, más peligroso. Una mezcla de curiosidad, necesidad y adrenalina que no podía ignorar.

Me apoyé un momento en la barandilla y suspiré. Tenía que calmarme, pensar en frío, pero era imposible. Lo que había empezado como un juego, una forma de coquetear y provocar, ahora se sentía real. Demasiado real. Y eso era lo aterrador: podía romper todas mis defensas si no estaba atenta.

Y el recuerdo bastaba para que mi corazón se acelerara. Sabía que Alejandro también estaba sintiendo lo mismo. Sus ojos, intensos, helados y ardientes a la vez, me habían dejado clara una cosa: ninguno de los dos podría ignorar esto.

Seguí caminando, respiré hondo y me repetí a mí misma que debía mantener la cabeza fría. La tensión entre nosotros era un riesgo profesional y emocional. Él era mi jefe, el CEO de la empresa. Y yo… yo tenía un nombre que defender, mi reputación y mi independencia.

Aun así, mientras abría el coche, no pude evitar sonreír con cierta ironía. Qué curioso era todo: algo que había empezado como diversión, un desafío, un juego de miradas y palabras afiladas, podía convertirse en algo mucho más peligroso. Y tanto él como yo lo sabíamos, aunque ninguno dijera nada.

En el frío de la noche sevillana, la lluvia fina se mezclaba con el aroma del azahar que empezaba a despuntar tímidamente por la ciudad. Me senté en el coche, lo puse en marcha y, mientras escuchaba música, me dejé llevar por el camino a casa. Cada calle me recordaba que este juego que habíamos iniciado podía cambiarlo todo, y que, de algún modo, yo ya no quería que no cambiara.

En mi cabeza seguía repitiéndose ese beso, como un eco que no desaparecía, y con él, la certeza de que lo que había comenzado como un simple desafío profesional podía convertirse en algo mucho más peligroso de lo que jamás había imaginado. Y a pesar del miedo, sentía una emoción que no podía negar, un vértigo que me atraía hacia él con fuerza.

Cuando llegué a mi chalet, dejé las llaves sobre la mesa de la entrada y me recosté un momento, cerrando los ojos. Todo estaba en calma, pero dentro de mí, un incendio seguía ardiendo. Sabía que, a partir de ese momento, nada volvería a ser igual. Y aunque intentara resistirme, algo me decía que ninguno de los dos podría hacerlo.

Suspiré, me quité los zapatos y fui hasta mi habitación, donde me desnudé y abrí el grifo de la ducha. Necesitaba sentir el calor del agua cayendo por mi cuerpo y recuperar el control de mí misma, porque ese beso…

Dios, ese beso había sido, con diferencia, el mejor que me habían dado en toda mi vida.

Me metí en la ducha y cerré los ojos notando el agua cubriendo mi cuerpo, relajando cada músculo después de tanto tiempo en la misma postura, trabajando con Alejandro.

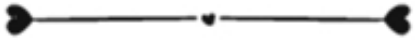
Volví a suspirar y apoyé la frente en la pared fría, notando el contraste con el agua caliente.

Sabía que no eran imaginaciones mías, que él había deseado que eso pasara el viernes tanto como yo y que, esa noche, había ocurrido.

Y su mirada me seguía persiguiendo cuando cerraba los ojos. Sus ojos grises con esa mezcla de fuego y hielo, con el deseo en ellos. ¿Qué habría pasado si me hubiera quedado en ese despacho? No, mejor no pensar en ello.

Lo que estaba claro era que el juego había empezado. Y ahora, más que nunca, sentía que era un juego peligroso del que ni podía ni quería salir.

Capítulo 14



Alejandro

Era miércoles por la tarde y el despacho, bañado por la luz gris del invierno sevillano que se colaba entre las persianas, parecía aún más frío de lo habitual.

Yo estaba solo, con los informes dispersos sobre la mesa y el sonido lejano de la lluvia golpeando los cristales de la fachada. Desde aquel beso con Clara, el primero y probablemente el más peligroso que había dado en años, todo había cambiado, aunque para ella no parecía existir cambio alguno. Como si nada hubiera pasado.

Observé la pantalla del ordenador, pero no veía cifras ni gráficos. Solo veía su rostro: los ojos azules desafiantes, la sonrisa que podía ser inocente y a la vez letal, la forma en que su cabello rebelde se escapaba del recogido que llevaba en la oficina.

Intenté concentrarme en los informes sobre la expansión de la empresa en Berlín y Lisboa, en los contratos que había que revisar antes del fin de semana, pero mi mente estaba secuestrada por ella. Cada número me parecía borroso, cada dato irrelevante.

¿Cómo podía actuar como si nada hubiera pasado? Me preguntaba, golpeando la mesa con el puño. La madera tembló bajo la fuerza de mi frustración y un dolor de cabeza inmediato me recorrió la sien. La impaciencia me consumía, mezclada con un deseo que no sabía cómo controlar.

Golpeé la pared con el puño derecho, no demasiado fuerte, pero lo suficiente para dejarme un hormigueo en la mano. Maldije por lo bajo. Aquello no tenía sentido. Yo no estaba acostumbrado a perder el control, y menos por alguien que hasta hacía unos días parecía irrelevante en mi vida.

Clara había irrumpido sin avisar, había puesto patas arriba algo que yo creía rígido, estructurado, calculado, y ahora se dedicaba a ignorarlo con la tranquilidad de quien caminaba sobre terreno seguro.

—*¡Maldita sea!* —exclamé, sintiendo cómo la tensión subía por mis hombros.

En ese instante, un golpe suave llamó a la puerta. La respiración se me aceleró sin darme cuenta, y en el marco apareció Noelia. Con su postura elegante, la libreta en una mano y esa expresión que combinaba paciencia y una pizca de ironía, me miró.

—Alejandro, te traigo los informes que pediste —dijo, dejando la carpeta sobre la mesa con precisión—. Si no necesitas nada más, me voy a casa.

Asentí, apenas levantando la mirada. Noelia había notado algo, lo sabía, pero no dijo nada. Ella era así, observadora, la voz de la razón, y quizá ahora mismo también el recordatorio silencioso de que debía mantener la compostura.

—Gracias, Noelia. Eso es todo por hoy —respondí, intentando sonar firme, aunque por dentro la calma era un espejismo.

Ella me dedicó una sonrisa breve, casi condescendiente, y se retiró cerrando la puerta tras de sí. El sonido del clic resonó en la habitación y, de repente, me quedé solo con los informes y con el eco de mi propia respiración. Intenté concentrarme, repasé las hojas una y otra vez, releí los gráficos, los presupuestos, los plazos de entrega… Pero nada conseguía desplazar la imagen de Clara de mi cabeza.

Me recosté en la silla, apoyando la nuca contra el respaldo, y observé el techo del despacho. La mente me jugaba una mala pasada: veía su sonrisa, la manera en que se movía, la seguridad con la que me había esquivado desde aquel beso. Era frustrante, irritante y hasta doloroso.

—No puede ser que me esté volviendo loco por una mujer… —murmuré, pero incluso mientras lo decía, sabía que no era una cuestión de elección.

Nadie me había trastornado de esta forma jamás. Ninguna había logrado que mi pulso se acelerara con solo aparecer, que mis pensamientos giraran en torno a su presencia, que la tensión se hiciera física y hasta palpable.

Cogí un bolígrafo y empecé a dibujar garabatos sobre los márgenes de los informes, intentando expulsar la tensión, intentando fingir que estaba concentrado. Pero cada trazo, cada línea, me recordaba a ella: rebelde, imprevisible, descarada.

El despacho seguía en silencio, salvo por la lluvia. Cerré los ojos un instante, y fue suficiente para sentir de nuevo su perfume, para escuchar su risa en mi memoria, para revivir la sensación de sus labios contra los míos. Y entonces, sin saber si era la furia, el deseo o la mezcla de ambos, me levanté de golpe y golpeé de nuevo la pared, esta vez con más fuerza.

—¡Maldita sea, Clara! —gruñí, más para mí mismo que para ella, consciente de lo absurdo de mi propio comportamiento.

El eco del golpe llenó la habitación y, por un instante, me quedé apoyado contra la pared, respirando con dificultad, intentando recobrar la compostura. Pero era inútil. El deseo y la frustración se habían convertido en una especie de nudo que no podía deshacer, y mientras repasaba los informes, cada línea, cada cifra, cada dato me parecía irrelevante frente a lo que no podía dejar de pensar: ella.

Y así, sentado frente a la mesa, con la lluvia golpeando los cristales y el sonido de mis propios pensamientos como único acompañante, comprendí que no podía dejar de pensar en Clara Montes, aunque ella actuara como si aquel beso no hubiera existido. Aunque quisiera convencerme de lo contrario, algo dentro de mí había cambiado para siempre.

Todavía con la sensación de su cercanía, de su rastro invisible en mi despacho, estaba repasando los informes una y otra vez cuando la puerta se abrió de nuevo. Esta vez no era Noelia ni nadie del personal habitual. Era Rober. Su presencia llenó la habitación de inmediato, con ese aire despreocupado y seguro que siempre parecía tener, como si pudiera manejar

cualquier tormenta sin despeinarse. Yo, en cambio, apenas podía mantener el equilibrio emocional ante mis propios pensamientos.

—Alejandro —saludó, cerrando la puerta tras de sí—. Te voy a quitar un par de minutos, pero hay algo que tenemos que hablar antes de que mañana me vaya a Barcelona.

Asentí, intentando disimular la tensión que me recorría. Su sonrisa, esa manera de aparecer en el momento menos oportuno, me resultaba irritantemente molesta y a la vez extrañamente tranquilizadora.

—Mañana tengo que reunirme con unos clientes allí —continuó—. Salgo por la mañana temprano y vuelvo el sábado por la mañana. Cuando regrese, quiero que salgamos a cenar y tomar una copa. Solo nosotros, para desconectar un poco.

Hice un gesto leve con la cabeza, casi mecánico.

—Que tengas buen viaje —dije, seco, mientras él me lanzaba una mirada que mezclaba diversión y advertencia.

—Ah, y otra cosa —añadió, más serio ahora—. Si por un casual nuestro padre se presenta en las oficinas mientras estoy fuera, no discutas con él. Ya lo conoces, aunque esté jubilado, no se desvincula de la empresa ni un segundo.

No pude evitar esbozar una mueca de ironía.

—Intentaré que no nos matemos mutuamente —contesté, y, a pesar de la gravedad de la situación, no pude reprimir una leve sonrisa.

Rober se rio. Su risa llenó el despacho y por un instante me sentí un poco más ligero, aunque solo fuera porque él no parecía notar lo que me estaba consumiendo por dentro.

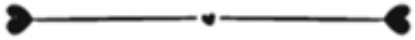
—Bien, entonces está todo dicho —dijo finalmente—. Si necesitas algo, me llamas. Y te lo advierto —me señaló—, el sábado por la noche, no quiero excusas, cenamos y nos tomamos esa copa.

—Que sí, pesado, que nos vemos el sábado —respondí, aunque por dentro mi mente no dejaba de divagar en otras cosas que no eran ni clientes ni viajes ni copas.

Se despidió con un gesto rápido, como si no quisiera quedarse demasiado tiempo en mi despacho, y cerró la puerta tras de sí. Yo me quedé solo de nuevo, con la luz gris filtrándose por las ventanas y los informes frente a mí. Intenté concentrarme, recordar las cifras y los plazos, pero de nuevo su rostro apareció: Clara, con esa sonrisa que podía ser inocente y a la vez peligrosa, desafiándome sin proponérselo.

Media hora después, mientras recogía mis cosas para marcharme, tratando de expulsar su presencia de mi mente, aunque fuera imposible, sentí cómo la tensión se acumulaba de nuevo. Había algo en la forma en que ella se mantenía distante, indiferente, que me resultaba inaceptable. Y ahora, incluso con la advertencia de Rober sobre mi padre, cada pensamiento se mezclaba con la inquietante presencia de Clara en mi cabeza.

Capítulo 15



Alejandro

Esperé frente al ascensor con la carpeta de informes bajo el brazo, intentando ordenar mis pensamientos, aunque sabía que era inútil. Cada número, cada gráfico, cada línea de texto sobre expansión y contratos internacionales era eclipsada por una sola idea: Clara Montes.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron y subí, presionando el botón de la planta baja, intenté concentrarme en el frío metal bajo mis dedos, en el zumbido del motor, en cualquier cosa que no fuera ella. Pero entonces, en la planta intermedia, sucedió algo que me detuvo en seco.

Las puertas se abrieron y allí estaba ella. Clara. De pie, tranquila, con esa seguridad que siempre me desarmaba, mirándome con naturalidad, como si entrar en el ascensor fuera lo más normal del mundo. Nada de titubeos, nada de nervios, nada que sugiriera que aquel beso nos había cambiado algo. Solo ella, tan audaz y descarada como siempre, y yo, atrapado en un torbellino de emociones que no sabía cómo manejar.

—Hola —dijo simplemente, con esa voz que podía ser suave y firme a la vez, y que me heló y me quemó al mismo tiempo.

No dije nada. No podía. Ni siquiera me atreví a moverme, a saludarla, a fingir normalidad. Solo la observé mientras entraba en el ascensor, y me sorprendí a mí mismo pensando que aquel gesto cotidiano, aquel simple "hola", era casi un desafío. Como si me estuviera diciendo: "Adelante, inténtalo, pero no esperes nada de mí".

Mi mente se debatía entre mil impulsos: avanzar hacia ella, cerrar la puerta y obligarla a enfrentar lo que había sucedido, o mantener la compostura y fingir que era solo otra reunión de trabajo, otro ascensor, otra tarde gris en Sevilla. Pero no podía. Nada en mí estaba dispuesto a ignorarla.

Ella, con su naturalidad, no pareció notar mi tensión. Caminó hasta el extremo opuesto del ascensor y apoyó la espalda contra la pared, cruzándose de brazos ligeramente, como si aquel espacio compartido fuera suyo tanto como mío. Y allí estaba, provocando sin proponérselo, haciendo que cada músculo de mi cuerpo estuviera alerta, que mi respiración se hiciera pesada y que mi mente girara en torno a un solo pensamiento: ¿por qué actuaba como si nada hubiera pasado?

La sensación era casi insoportable. Habíamos cruzado una línea con ese beso, lo sabía, y lo sabía ella también. Y, aun así, fingía indiferencia. La frustración me carcomía desde dentro, mezclada con algo más profundo, más oscuro y más perturbador: una atracción que no podía controlar.

—¿Qué haces aquí? —logré articular, sin mirar directamente a sus ojos, intentando ocultar el temblor que sentía en la voz—. Pensé que era el último en irme.

—Pues ya ves que no. Tenía trabajo que hacer —respondió ella, con una media sonrisa que me quemó el pecho. Y luego, como si nada, añadió—. ¿Vas a la planta baja?

Asentí en silencio, incapaz de formular una respuesta coherente. Su presencia era un golpe directo a la cabeza y al corazón, un recordatorio de todo lo que había sucedido y de todo lo que me estaba prohibido sentir.

El ascensor comenzó a descender, y yo, apoyado contra la pared, sentí que cada segundo que pasaba era una eternidad. Cada metro que nos acercaba a la planta baja era una cuenta atrás que no quería que terminara. Porque mientras ella estaba allí, tan cerca y a la vez tan inalcanzable, no podía dejar de pensar en lo que podría haber sido, en lo que había pasado, en lo que aún podía pasar si cruzábamos esa línea prohibida.

Clara no decía nada. Su silencio era otra forma de provocación, un desafío envuelto en calma y despreocupación. Y yo, atrapado entre la ira, la

frustración y el deseo, comprendí que aquello era solo el principio de algo mucho más peligroso de lo que había imaginado.

Mientras el ascensor descendía, sentí que mi control se deshacía poco a poco. Todo mi mundo, cada plan, cada estrategia, cada pensamiento racional, se estaba desmoronando frente a la fuerza que representaba Clara. Y, por primera vez en años, me di cuenta de que no había forma de mantenerla fuera de mi cabeza.

El ascensor descendía suavemente, y cada segundo que pasaba aumentaba la presión que sentía en el pecho. Sentí que no podía seguir así, con la indiferencia de Clara golpeándome de lleno, mientras ella me miraba con esa calma que lo hacía aún más insoportable. El silencio entre nosotros era palpable, como si el aire se hubiera vuelto pesado y denso, cargado de una electricidad que no necesitaba palabras, pero que yo sí necesitaba.

Sin pensarlo demasiado, puse la mano sobre el panel de botones y detuve el ascensor. El motor se detuvo con un leve zumbido y las luces parpadearon un instante. Clara me miró de inmediato, con los ojos azules llenos de sorpresa y un toque de incredulidad.

—¿Te has vuelto loco? —dijo, cruzándose de brazos, como si aquel gesto bastara para protegerse de mi impulso.

—No —contesté, intentando que mi voz sonara firme, aunque temblaba un poco—. Solo… necesito que me digas algo.

Su ceja se arqueó ligeramente, y su media sonrisa apareció de nuevo, esa sonrisa que podía ser inocente y peligrosa al mismo tiempo.

—¿Y eso sería? —preguntó, manteniendo la calma que me estaba volviendo loco.

—Quiero saber por qué finges que no pasó nada entre nosotros —dije, sin rodeos. La miré directamente, enfrentándome a su indiferencia con toda la intensidad que podía reunir.

Ella soltó un leve suspiro, girando un poco la cabeza, como si estuviera evaluando si valía la pena responderme.

—Porque no pasó nada —dijo finalmente, con seguridad.

El corazón me dio un vuelco. Era imposible. No podía aceptar esa respuesta.

—Nos besamos —insistí, acercándome un paso—. Y podría haber pasado algo más, porque sé que tú también lo sentiste.

Entonces, algo cambió en su expresión. La sonrisa, breve y contenida, se dibujó en sus labios, y vi un brillo travieso en sus ojos, como si supiera exactamente el efecto que tenía sobre mí.

—Esa es una línea que no debemos cruzar —dijo, pulsando con decisión el botón de la planta baja.

Yo sentí una punzada de frustración y deseo mezclados. Quería retenerla allí, hacer que me enfrentara, que admitiera lo que ambos sabíamos que había existido en aquel beso. Pero ella, con un simple gesto, me recordó que tenía el control. Que podía provocarme sin esfuerzo y al mismo tiempo mantenerse fuera de mi alcance.

—No —murmuré, más para mí que para ella, pero con suficiente fuerza para que lo escuchara—. No es tan simple.

Ella me miró entonces, con el ceño ligeramente fruncido, y se acercó un paso, casi rozándome.

—Alejandro… —dijo, con un tono que mezclaba reproche y advertencia —. No es bueno mezclar lo profesional con lo personal.

El ascensor comenzó a moverse de nuevo, descendiendo hacia la planta baja, y yo me quedé ahí, atrapado entre la frustración más absoluta y el deseo más intenso. La observé mientras se apartaba, pulsaba el botón y se preparaba para salir, y sentí que no podía retenerla, que no podía obligarla a reconocer lo que nos había pasado.

Cuando las puertas se abrieron en la planta baja, Clara salió sin mirar atrás. Solo un último gesto, un leve movimiento de cabeza, casi una burla silenciosa, como si supiera perfectamente el caos que dejaba tras de sí.

Me quedé solo en el ascensor, con la respiración entrecortada y el corazón latiendo con fuerza. Todo había terminado y, al mismo tiempo, nada había terminado.

Mientras pulsaba el botón para ir al parking subterráneo, comprendí que ella tenía un poder sobre mí que nadie había tenido jamás. Su capacidad de provocarme, de ignorarme, de desafiarme sin siquiera proponérselo era insoportable y, al mismo tiempo, imposible de olvidar.

El coche arrancó con un suave ronroneo y, mientras dejaba atrás el centro de Sevilla, no pude evitar que mi mente volviera a ella. Cada semáforo, cada curva, cada reflejo en los retrovisores me recordaba sus ojos azules, su sonrisa traviesa, la forma en que me había desarmado en el ascensor con un simple "hola" y una indiferencia calculada. Ninguna mujer, ninguna persona, había logrado hacerme perder el control de esa manera. Ninguna había conseguido que mis pensamientos se desbordaran como un río que se desbordaba tras la tormenta.

Intenté concentrarme en la carretera, en la lluvia ligera que golpeaba el parabrisas, en el zumbido constante del motor. Pero era inútil. Cada vez que cerraba los ojos por un instante, allí estaba ella, provocadora e inalcanzable, recordándome que no podía tenerla y que, a pesar de todo, tampoco podía dejar de pensar en ella.

—*Maldita sea…* —murmuré, apretando levemente el volante.

Mi chalet apareció ante mí, rodeado del silencio y la calma que siempre me ofrecía como refugio. Aparqué y permanecí unos segundos sentado, contemplando las flores y el limonero de una vecina, intentando organizar mis pensamientos, pero era imposible. Nada podía organizar lo que ella había desordenado dentro de mí.

Entré, dejé las llaves sobre el mueble y recorrí el salón hasta la barra de la cocina. Me serví un whisky, más por necesidad de trazar una línea entre mi mente y el caos que por otra cosa, y me senté, contemplando el vaso con el líquido ámbar que reflejaba la luz cálida del interior de la casa. Bebí un sorbo largo, dejando que el calor bajara por mi garganta y se extendiera por mis hombros.

Me quité la chaqueta y la colgué, luego los zapatos. Cada movimiento era mecánico, como si mi cuerpo funcionara por inercia mientras mi mente no dejaba de dar vueltas a Clara. Me dirigí al baño, me quité la camisa y, mientras el agua caliente de la ducha caía sobre mí, sentí nuevamente esa obsesión que no podía sacarme de encima. Cada gota que resbalaba sobre mi piel parecía recordarme su tacto, su perfume, la forma en que me había mirado.

Cerré los ojos, dejando que el agua me envolviera, intentando concentrarme en su sonido, en su calor, en la forma en que el vapor llenaba la estancia, como si pudiera borrar todo lo demás. Pero no podía. No podía borrar la sensación de que ella me había desafiado de una manera que nadie jamás lo había hecho. Su indiferencia era más provocadora que cualquier gesto evidente, y esa paradoja me estaba volviendo loco.

Me apoyé contra la pared de azulejos fríos, respirando hondo. La imagen de Clara, la fuerza con la que se movía entre indiferencia y provocación, me mantenía atrapado en un estado que oscilaba entre la frustración y el deseo. Era imposible pensar en otra cosa, imposible apagar la llama que había encendido en mí. Cada gesto suyo, cada palabra contenida, cada silencio medido, era un desafío que me obligaba a enfrentar lo que había estado reprimiendo durante días: que la deseaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, y que ninguna otra mujer, ninguna otra persona, podría ocupar su lugar en mi mente.

Salí de la ducha, envuelto en la toalla, con la piel aún caliente y la mente ardiendo. La casa estaba en silencio, y cada rincón parecía recordarme su ausencia, su poder de provocarme y desaparecer, de hacerme sentir vivo y, al mismo tiempo, descontrolado.

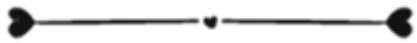
Mientras me servía otro trago, comprendí algo que no podía ignorar: Clara Montes no solo me había trastocado, me había despertado, y no habría manera de apagar esa llama sin que algo dentro de mí se rompiera. Su indiferencia era más intensa que cualquier gesto de acercamiento, y eso era lo que me volvía loco.

Me quedé allí, con el vaso en la mano, mirando la luz cálida del salón y pensando que aquella mujer, con su descaro, su inteligencia y su manera de provocarme sin proponérselo, había entrado en mi vida para quedarse, aunque ni ella ni yo estuviéramos dispuestos a admitirlo. Y, por primera vez en mucho

tiempo, me sentí vulnerable, desbordado, atrapado por alguien que no había pedido permiso para trastocar todo lo que creía controlado.

El silencio de la casa y el eco de mi respiración me recordaron que estaba solo. Pero en mi mente, Clara estaba presente en cada esquina, en cada sombra, en cada pensamiento. Y entendí, con una certeza que no me gustaba pero que no podía ignorar, que aquello no había hecho más que comenzar.

Capítulo 16



Clara

Era sábado por la tarde, y la casa estaba envuelta en ese silencio acogedor que solo precedía a la diversión. Desde la terraza, la luz de la tarde se colaba entre las cortinas, iluminando el salón con un tono cálido, casi dorado, con esa breve tregua que parecía darnos hoy la lluvia.

Me encontraba frente al armario, indecisa, rodeada de un pequeño caos de ropa esparcida sobre la cama. Noelia me había prometido que nos íbamos a divertir esa noche, y yo quería estar perfecta, pero no podía evitar que mis pensamientos se dispersaran hacia alguien que se colaba en mi cabeza más de lo que quería admitir. Alejandro.

Pasé las manos por las perchas, mirando vestidos, faldas y blusas, pero ninguno parecía tener lo suficiente para la noche que se avecinaba. Finalmente, mis ojos se detuvieron en un vestido rojo ceñido, justo hasta la altura de las rodillas. Sabía que era atrevido, sabía que destacaría y, por un instante, sentí una descarga de complicidad conmigo misma: eso era lo que quería ponerme. Combiné el vestido con unos tacones negros elegantes y el bolso a juego, y mi abrigo, largo y de corte impecable, completaría el conjunto.

Me dirigí al baño, dejando la ropa cuidadosamente doblada en la cama. Mientras el agua caliente de la ducha caía sobre mi piel, no pude evitar que mi mente volviera a Alejandro. La forma en que me había mirado en el ascensor, la intensidad contenida detrás de su control y su indiferencia calculada, me recorría como un río silencioso pero imparable. Cerré los ojos y dejé que el

calor del agua me envolviera, recordando la fuerza con la que me hacía sentir, incluso cuando él no decía nada. Era absurdo, pero no podía negarlo: me desestabilizaba.

Me quedé un momento imaginando cómo sería esa noche si él apareciera, aunque sabía que era imposible. Sus ojos grises, su presencia firme, la manera en que conseguía que me sintiera vulnerable y provocadora al mismo tiempo… todo eso me hizo sonreír frente al espejo del baño, mientras dejaba que el vapor envolviera la estancia.

Pero no podía evitar que mi mente volviera, una y otra vez, a él. A Alejandro. Y aunque intentaba alejar esos pensamientos, una parte de mí sonreía con cierta complicidad: era tan previsible que me afectaba incluso sin proponérselo.

Salí de la ducha envuelta en la toalla, todavía con el cabello húmedo y la piel fresca. Me dirigí al tocador, donde ya me esperaban el vestido rojo y los tacones negros. Puse algo de música para animarme, y la elección fue casi automática: un poco de Romeo Santos para que la tarde se llenara de ritmo y de ese aire de diversión y picardía que siempre conseguía sacarme de la rutina. La canción comenzó a sonar y no pude evitar moverme un poco al compás, dejando que la melodía me envolviera y me recordara que esta noche era mía, de nosotras, de risas y miradas cómplices.

Mientras me maquillaba, jugué con la idea de Alejandro. Su presencia seguía rondando mis pensamientos como un fantasma persistente, y aunque había decidido ignorarla en el día a día, no podía borrar la intensidad de aquel beso en su despacho, ni la electricidad que se encendía cada vez que cruzábamos miradas. Me obligué a sonreír frente al espejo: no iba a dejar que él arruinara mi noche, pero tampoco podía negar que su recuerdo me hacía sentir viva, alerta, con ganas de jugar.

Me pinté los labios de un rojo intenso, combinando con el vestido, y delineé los ojos, intentando darles un toque felino, atrevido. Ajusté el vestido una última vez y me aseguré de que los tacones estuvieran perfectamente colocados. Me eché un último vistazo en el espejo y suspiré, mezclando satisfacción y anticipación.

Esa noche de San Valentín la pasaría sola, sí, pero no sería una noche de tristeza ni de recuerdos amargos. Sería mi noche, nuestra noche de amigas, de risas y de complicidad. Y aunque Alejandro estuviera rondando mis pensamientos, no iba a dejar que eso me detuviera. Esa noche, Noelia y yo íbamos a conquistar la ciudad.

El abrigo y el bolso esperaban sobre la silla, listos para salir, y me sentí feliz al pensar en Noelia y en la noche que nos esperaba. Aunque Alejandro estuviera en mi mente, sabía que podía controlar mis pensamientos lo suficiente como para disfrutar de la velada, reír, bailar y ser simplemente yo, Clara: audaz, dicharachera, brillante y, sobre todo, libre.

Recogí el cabello en un moño ligero, dejé escapar un suspiro de satisfacción y cerré la puerta del dormitorio. Mientras bajaba las escaleras, sentí esa mezcla de anticipación y adrenalina que siempre me recorría antes de una noche de diversión: los sentidos agudos, la sonrisa lista, la energía preparada.

El taxi me esperaba en la calle, le di la dirección del restaurante donde había quedado con Noelia y, durante el camino, contemplé la ciudad mientras pensaba en lo mucho que necesitaba esta salida y que no me había dado cuenta o no había querido admitirlo hasta ahora. Porque sí, me gustaba mi trabajo, pero de vez en cuando también necesitaba un descanso, un momento para desconectar de la rutina y simplemente vivir y disfrutar.

Llegué al restaurante justo cuando el sol empezaba a desvanecerse detrás de los edificios de Sevilla y ya estaba Noelia esperándome en la puerta. La calle estaba llena de parejas, algunas paseando de la mano, otras riendo, celebrando San Valentín. No pude evitar sonreír, un poco por la escena romántica que nos rodeaba y otro tanto porque nosotras éramos el perfecto contraste: dos amigas dispuestas a disfrutar sin complicaciones.

La camarera nos acompañó a nuestra mesa y, tras acomodarnos, pedimos vino y cogimos las cartas para echar un vistazo.

En esas estábamos cuando regresó la camarera con nuestro vino y nos sirvió una copa a cada una. Cogí la mía, di un sorbo, y el sabor dulce y afrutado se deslizó por mi garganta.

—¿Ves eso, Noe? —dije señalando con un gesto amplio a una pareja que brindaba—. No tenemos novio, ni un ramo de flores, ni chocolates, ni nada. Y aun así… yo diría que tenemos todo lo que necesitamos.

Noelia se rio, esa risa clara y contagiosa que siempre lograba arrastrarme a su mundo.

—No te preocupes, Clara —dijo mientras nos acomodábamos en la mesa —. Cuando a mí me llegue el amor, no lo voy a soltar. Ya me toca ser feliz. Bastantes sapos he besado hasta encontrar al que se convierta en príncipe.

Reímos a carcajadas, levantando la copa de vino como si estuviéramos brindando por un secreto que nadie más entendía. Había algo liberador en aquella noche, en sentir que podíamos reírnos de todo y de todos, sin necesidad de compartirla con nadie más.

La comida llegó, y entre plato y plato seguimos lanzando bromas, recordando anécdotas del trabajo, de los antiguos novios, de las fiestas que se habían descontrolado. Cada historia provocaba otra carcajada, y pronto nos dimos cuenta de que no teníamos nada que envidiar a esas parejas de enamorados que nos rodeaban.

—Mira a esa —dije, señalando discretamente a otra pareja—. Se les ve tan enamorados que salta a la vista que están viviendo la historia de amor más bonita de sus vidas.

Noelia levantó las cejas y sonrió con complicidad.

—Sí, se les ve muy enamorados. ¿Crees que están en los primeros y maravillosos años, o ya es un matrimonio consolidado?

—Llevan anillo, así que, o están casados entre ellos o son amantes y se la están dando a sus parejas.

—Madre mía, qué cabrita eras —rio.

—Nah, están casados. Mira sus miradas y cómo se cogen de la mano. Llevan ya varios años juntos, eso seguro.

—Entonces, como nosotras, que llevamos toda la vida juntas. Así que, feliz San Valentín, amorcito mío.

—Serás perra —reí.

—Salvo tus padres y tu hermana, soy la persona que más te quiere en el mundo, así que, alégrate de que te he felicitado.

—Ya lo sé, boba. Yo también te quiero.

—Brindo por eso —dijo, chocando su copa con la mía—. Por las amigas, por la diversión y por nosotras mismas.

Entre risas y algún que otro comentario sobre las parejas de alrededor, la noche avanzó y me sentí más ligera, más libre. Era un tipo de libertad que solo Noelia y yo podíamos entender: no necesitábamos validación, no necesitábamos romanticismo. Solo nos bastábamos nosotras, la música, el buen humor y la sensación de que esta noche nos pertenecía.

—Prométeme algo, Clara —dijo Noelia mientras me pasaba un plato de postre—. Prométeme que nunca vas a dejar que nadie te haga sentir que necesitas estar con alguien para ser feliz.

—Prometido —contesté, sonriendo mientras le daba un pequeño codazo—. Esta noche no soy de nadie más que de mí misma… y de ti, claro.

—Que no se te olvide, que eres y siempre serás mía —me advirtió señalándome con el dedo.

—Hasta que llegue tu príncipe encantado, entonces me darás la patada.

—Ah, no, de eso nada. Te juro por mis *Stilettos* que ningún hombre nos va a separar. Ni mío, ni tuyo. A mí no me va a pasar como a mi madre, que en cuanto se echó novio formal dejó de ver a sus amigas porque él no quería, se casó y pasó a ser una esposa y madre devota, y ni amigas tenía. Hasta que se divorciaron y empezó a salir con tu madre. Y qué poquito le duró esa amistad, que en unos años se me fue la pobre —suspiró.

Sonreí mientras le cogía la mano por encima de la mesa y ella me devolvió la sonrisa. Hablar de su madre siempre era doloroso para Noelia porque se la llevó un cáncer de mama diagnosticado tarde y sin cura. Por eso las dos nos hacíamos revisiones cada cierto tiempo, porque nunca se sabía cuándo podía atacar el maldito bicho ese.

—Señoritas —ambas nos giramos al escuchar la voz del camarero—. Cortesía de la casa —dijo mientras dejaba una botella de licor de mora y dos vasos de chupito.

—Ay, muchas gracias —sonreí.

—En un día como hoy, nos gusta tener un detalle con las parejas —sonrió, dio media vuelta y se fue.

—¿Nos ha confundido con…?

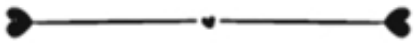
—Sí —la corté.

—Mira qué bien, chupitos gratis por ser pareja. Empezamos bien la noche —dijo mientras cogía la botella para servirnos.

Nos reímos otra vez, y en ese momento sentí que la noche no podía ser más perfecta: comida deliciosa, vino, risas, complicidad y la sensación de que, aunque Alejandro estuviera rondando mis pensamientos, podía dejarlo de lado y vivir plenamente. Esa sensación, esa libertad, era más excitante que cualquier beso, cualquier roce o cualquier mirada intensa.

Mientras salíamos del restaurante, con la risa todavía en nuestros labios, supe que la noche apenas comenzaba. Teníamos energía, ímpetu y ganas de conquistar la ciudad, y nada ni nadie iba a detenernos. Ni siquiera Alejandro.

Capítulo 17



Clara

El local al que solíamos ir a tomar algo después de cenar estaba lleno de luces cálidas y de música que vibraba en el suelo, en las paredes y en el aire. Nada más entrar, Noelia y yo nos dejamos llevar por el ritmo. La primera bachata comenzó, y nuestras risas se mezclaron con la música mientras bailábamos juntas, con nuestras caderas siguiendo la cadencia de la melodía y nuestros cuerpos llenos de energía y libertad.

—¡Mira cómo me muevo! —grité entre risas, mientras Noelia se dejaba llevar con su estilo elegante y seguro.

—¡Si te mueves así, van a acabar persiguiéndote hasta en sueños! —contestó, riendo mientras nos girábamos y chocábamos palmas.

La pista se volvió nuestra pequeña isla de diversión. Cada canción nos hacía reír, girar, abrazarnos por puro impulso y disfrutar del momento. Era una sensación única, de libertad absoluta, sin preocuparse por nada más que por el ritmo, la música y nuestra complicidad.

Y entonces los vi. Alejandro y Rober entraron en el local. Mi corazón dio un brinco al reconocerlos: él con su elegancia fría, esa presencia que no podía ignorar, y Rober con su sonrisa abierta y despreocupada, la misma que siempre parecía saberlo todo.

—¿Qué hacéis vosotras dos aquí? ¿Es que no me voy a librar ni en fin de semana? —gritó Rober, acercándose a nosotras con esa facilidad que tenía

para meterse en cualquier situación y conquistarla con humor.

—¡Jefe! Nos estamos divirtiendo. Ya sabes, es San Valentín y hay que salir a celebrar —respondí, cruzándome de brazos con fingida autoridad, mientras Noelia me guiñaba un ojo.

—¿Sois pareja? —preguntó Alejandro.

—No hace falta tener pareja para pasarlo bien —dije, arqueando la ceja.

—Es cierto —dijo Alejandro, acercándose con paso firme, la mirada intensa clavada en mí—. Y me alegra ver que al menos esta noche no estás pensando en trabajo.

Mi respiración se aceleró ligeramente; su cercanía, la forma en que me miraba, el contraste con la distancia de la semana, todo me desarmaba un poco más.

—Tranquilo —dije, intentando mantener la compostura—. Esta noche soy de la música, de Noelia y de mis tacones. Tú eres solo un pensamiento… insistente.

—Pensamiento insistente… me gusta —replicó, con esa media sonrisa que siempre lograba que mi pulso se disparara—. Aunque te advierto que soy difícil de ignorar.

Rober se carcajeó ante nuestro intercambio, divertido por la tensión evidente entre nosotros.

—Bueno, bueno —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Alguien quiere una copa? Yo invito.

—¡Ole mi jefe! —gritó Noelia—. Cómo se nota que tienes billetes, hijo. Venga, vamos a por unas copas.

No pude evitar reírme mientras Rober y Noelia iban hacia la barra y Alejandro me ofrecía la mano, invitándome a una bachata. El ritmo de la música nos envolvió, y sus manos firmes sobre mi cintura, mientras nos

movíamos al compás, me hicieron sentir una electricidad que recorría todo mi cuerpo.

Cada giro, cada paso sincronizado, cada mirada intensa era un recordatorio de que había una fuerza entre nosotros imposible de ignorar.

—No puedo creer que estés tan desafiante —susurró, cerca de mi oído, mientras girábamos—. Y, aun así, no me importa.

Sentí un calor en las mejillas mientras nuestras miradas se cruzaban y nos sonreíamos, conscientes del juego que ambos estábamos disfrutando. Y entonces, sin previo aviso, Alejandro me besó. No fue un gesto casual: fue apasionado, intenso, salvaje, cargado de todo lo que habíamos contenido desde aquel beso en su despacho.

Me sorprendió, me desarmó y, al mismo tiempo, me hizo reír suavemente por la adrenalina que me recorría. Era él y era imposible resistirse a su atracción. La música, el baile, la noche y la química entre nosotros lo convertían todo en un instante casi irreal, pero vibrante.

Rober y Noelia se miraron entre sí cuando regresaron, divertidos por nuestra conexión evidente, mientras Alejandro y yo continuábamos girando y moviéndonos al ritmo de la bachata, cada vez más sincronizados, más conscientes de lo que pasaba entre nosotros y al mismo tiempo disfrutando del juego.

—Creo que esta noche va a ser más interesante de lo que imaginé — murmuró Alejandro, con la respiración un poco agitada, mientras nos movíamos al compás de la música.

Yo solo pude sonreír, con una mezcla de diversión, desafío y deseo contenido. Esta noche no sería tranquila ni predecible, y eso me encantaba.

La música seguía vibrando en el local, pero de repente, todo se volvió un poco más lento, más íntimo. Alejandro y yo nos encontramos alejados del resto, todavía con la energía del baile recorriéndonos, y él me cogió de la mano con una firmeza que no dejaba lugar a dudas: algo había cambiado entre nosotros.

—Clara… —dijo, con esa voz grave que siempre conseguía que mi corazón se acelerara—. Esta noche no puedo ignorarlo.

Lo miré, y sin palabras, sentí cómo todo alrededor desaparecía. Sus ojos grises me sostenían, intensos, penetrantes, y la tensión que nos había acompañado durante días se concentraba ahora en ese instante. El roce de su mano con la mía, su cercanía, el calor que emanaba, todo me hizo consciente de lo que pasaba entre nosotros.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, respirando con cierta agitación, la música y el ruido del local quedando muy lejos. Cada gesto suyo me provocaba un cosquilleo que no podía controlar; cada inclinación de su cuerpo hacia mí me hacía sentir viva, alerta, deseosa de seguir explorando lo que había surgido entre nosotros.

—Nunca me había pasado algo así —susurré, con una mezcla de incredulidad y emoción—. Nadie me ha hecho sentir así.

—Yo tampoco —dijo él, con una media sonrisa cargada de complicidad—. Y no voy a mentir… quiero más de esto, pero necesito que también lo quieras tú.

Me mordí el labio, intentando procesar el torbellino de emociones: deseo, miedo, adrenalina y una atracción que era imposible ignorar. Nos acercamos lentamente, y él me rodeó con los brazos de manera protectora, pero a la vez intensa. Sentí su aliento cerca, el calor de su cuerpo, y supe que no era solo atracción física: era química, era conexión, era todo lo que habíamos contenido desde aquel beso.

Me besó de nuevo, y fui consciente de que la tensión era casi palpable, y cada mirada, cada roce accidental, hacía que el mundo desapareciera.

—Esto… —dije, entre risas y respiración agitada—. Esto es peligroso.

—Lo sé —contestó él, sonriendo—. Pero me gusta.

No podíamos alejarnos, pero tampoco necesitábamos palabras. Todo lo que queríamos expresar estaba en nuestras miradas, en el roce de nuestras manos, en la energía que nos unía. Y, de repente, supe que este momento no era solo

un juego: era un recordatorio de que lo que sentíamos era intenso, real, incontrolable.

Sin apenas darme cuenta, llegamos a los baños. Entramos y, tras comprobar que no había nadie, Alejandro cerró la puerta y nos metimos en uno de los cubículos.

Volvimos a besarnos y en ese momento perdí toda la cordura. El beso era apasionado, urgente y necesitado, salvaje incluso. Las manos de Alejandro recorrían mi cuerpo tanto como las mías recorrían el suyo. Gemí en su boca cuando noté la dureza de su miembro en mi vientre al moverse, y eso bastó para que Alejandro perdiera por completo el control.

Me levantó el vestido hasta la cintura, me bajó las medias y el tanga y, mientras me besaba, llevó la mano entre mis piernas y comenzó a tocarme con movimientos rápidos. Sus dedos se mostraban hábiles y expertos, deslizándose entre mis pliegues, jugando con mi clítoris, pellizcándolo, penetrándome con el dedo mientras con el pulgar seguía torturando mi pequeño botón del placer.

Cuando no pude más y me alcanzó el orgasmo, me dejé llevar por completo y liberé el clímax, excitada y deseando más, y hasta le mordí el labio inferior en el proceso. Alejandro gruñó al sentir mis dientes clavándose en su carne y, antes de que el orgasmo se desvaneciera, me giró, llevando mis manos a la pared e inmovilizándome por las muñecas.

Elevó mis caderas y, de una certera y profunda embestida, me penetró, haciendo que mi grito resonara entre las paredes de aquel reducido espacio.

Me mantenía sujeta por la cadera con fuerza sin soltar mis muñecas mientras me penetraba una y otra vez, sin parar, fuerte y rápido, llenándome tan profundamente que juro que pensé que acabaría desmayándome.

Jamás había hecho esto antes, nunca me había dejado llevar de este modo y había acabado teniendo sexo en los baños de una discoteca, pero esto… Joder, esto era excitante y no quería parar.

—Alejandro —jadeé, y él comenzó a moverse aún más deprisa, como si no necesitara palabras para saber lo que yo quería en ese instante.

Una vez, dos, tres, cinco embestidas más y acabamos los dos alcanzando el clímax, y mis gemidos pasaron a ser puros chillidos de placer.

Cuando todo acabó, Alejandro seguía agarrándome por la cadera y manteniendo mis muñecas inmovilizadas por encima de mi cabeza. Respirábamos con cierta dificultad, con el corazón latiendo acelerado, y no pudimos evitar sonreír ante la intensidad de lo que acababa de suceder.

Nos acomodamos la ropa, salimos del cubículo y nos refrescamos la cara en los lavabos sin decir una sola palabra, sin mirarnos. Abrí la puerta y vi que había varias mujeres esperando que me pusieron mala cara, hasta que vieron a Alejandro y a todas, sin excepción, se les abrió la boca ante semejante hombre.

No me extrañaba; ese era el efecto que causaba Alejandro Vega entre las féminas.

No me paré a esperarle, no me planteé hablar con él. Quizás porque en ese momento me podía la vergüenza, no estaba segura. Pero lo que sí sabía es que necesitaba aire, necesitaba salir de allí.

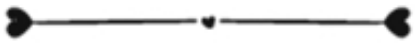
Llegué a la mesa donde estaban nuestras cosas, cogí mi abrigo y el bolso y me alejé de allí sin decirle nada a nadie, ni siquiera a Noelia.

—Cupido, esta me la pagas —murmuré para mí misma mientras me movía entre la gente y caminaba hacia la salida.

Salí a la calle y el aire fresco de la noche golpeó mi rostro, mezclándose con la emoción que aún me recorría mientras pensaba que esa noche había empezado como una simple salida entre amigas, pero había terminado con un recuerdo que sabía que no iba a olvidar.

Caminando por las calles iluminadas de Sevilla, me sentí viva, poderosa y consciente de que había algo entre Alejandro y yo que ni la distancia ni el orgullo podrían ignorar. Y, por primera vez en mucho tiempo, me dejé llevar por la intensidad de lo que sentía, sin intentar controlarlo del todo.

Capítulo 18



Alejandro

Martes. Y, sin embargo, no era un martes cualquiera.

Mi mente estaba atrapada en una repetición constante de lo ocurrido el sábado por la noche. En ese local de moda, en el calor de la música, en el roce de su cuerpo, en la forma en que me había correspondido aquel beso. En cómo nos habíamos encontrado solos, acorralados en aquel cuarto de baño que había ardido con la intensidad de nuestra química. Jamás, ni siquiera a los veinte años, había hecho algo así. Y, sin embargo, allí estaba, reviviendo cada instante, cada giro, cada mirada, cada roce, cada suspiro, una y otra vez, sin poder sacármelo de la cabeza.

Me encontraba en mi despacho, revisando informes, intentando concentrarme en números, proyecciones y planes, pero era imposible. Cada documento, cada gráfico, cada línea de texto se desvanecía ante la imagen de Clara: su risa, su olor, el modo en que había reaccionado al contacto con mi boca. Dos veces desde entonces, mientras estaba solo, me había sorprendido a mí mismo entregándome a la misma tentación que había sentido aquella noche y había acabado masturbándome.

—Alejandro… —La voz de Rober irrumpió en mi concentración, firme como siempre—. Necesito hablar contigo sobre un nuevo proyecto.

Me giré para encontrar a mi hermano de pie en la puerta, con una sonrisa ligeramente socarrona en el rostro, aunque sus ojos reflejaban seriedad.

—¿Qué proyecto? —pregunté, intentando mantener la compostura.

—El del Ayuntamiento de Málaga —dijo, acercándose a mi escritorio—. Va a ser grande, como el de aquí, y quiero que trabajes con Clara en esto. Ella ya ha empezado a mover cosas, y sé que entre los dos vais a conseguir sacarlo adelante igual que de Sevilla.

Mi respiración se aceleró imperceptiblemente. No por el proyecto en sí, sino por el hecho de que Clara estaría allí, de nuevo cerca de mí, obligándome a enfrentar mi propia obsesión por ella mientras intentaba concentrarme en algo tan mundano como contratos y presupuestos.

—Está bien —dije, intentando mantener la voz firme, aunque mi pulso se había disparado—. Me encargaré de verlo.

Rober me miró, consciente de que algo me estaba afectando más de lo debido, y dejó escapar una carcajada suave.

—No te preocupes —dijo—. Es profesional, aunque sé que eso va a ser un reto para ti. Clara siempre logra eso, que cualquier hombre pierda la concentración.

Me encogí de hombros, intentando restarle importancia. Pero sabía que no podía engañarme. Este proyecto no era solo una cuestión laboral. Era la excusa perfecta para estar cerca de ella, y eso era exactamente lo que me estaba volviendo loco.

Mientras Rober se despedía, no pude evitar pensar que todo se estaba complicando más de lo que jamás había imaginado. Clara no era solo una colega brillante: era un desafío, un fuego que ardía con cada mirada y cada gesto, y yo no sabía cómo apagarlo.

No tardé ni un minuto en llamar a Clara. El sonido del teléfono resonaba en mi despacho, cada timbre aumentando mi impaciencia y, lo admito, mi anticipación. Cuando escuché su voz al otro lado, un escalofrío recorrió mi espalda. Siempre sonaba serena, segura, con ese toque juguetón que me desarmaba, y sin embargo sabía mantener la distancia.

—Clara, necesito que vengas a mi despacho —dije con firmeza—. Hay un proyecto que debemos revisar.

—El del Ayuntamiento de Málaga, sí —respondió, con esa voz cálida que siempre parecía equilibrar mi tensión—. Ahora mismo voy.

Colgué y me encontré ajustando la corbata, revisando los informes una y otra vez, sin poder centrarme en nada más que en la idea de verla cruzar la puerta. Mi mente no dejaba de repasar la noche del sábado, cada instante del local, cada roce, cada mirada. Había sido más de lo que esperaba, más de lo que cualquiera habría imaginado y, aun así, ella lo había tomado como algo casual, como un juego.

Porque, al igual que con el beso en mi despacho, aún no había sacado el tema del sexo entre nosotros ni una sola vez.

Cuando entró en el despacho, mi corazón dio un vuelco. Clara llevaba un vestido elegante, ajustado, y su presencia llenaba la habitación más que cualquier luz o decoración. Me obligué a respirar hondo y a concentrarme en los documentos frente a mí, pero era imposible: cada vez que hablaba, cada vez que gesticulaba, cada vez que se inclinaba sobre los informes, no podía dejar de mirarla.

—Aquí están los datos del proyecto —dijo, colocándolos sobre la mesa—. He revisado los puntos clave y creo que podríamos…

La escuchaba, pero mi mente estaba en otra parte. No podía dejar de recordar cómo esa misma boca se había unido a la mía, cómo sus manos habían respondido al contacto, cómo todo había sido intenso y perfecto, y cómo desde entonces no había logrado sacármela de la cabeza. Dos veces en los últimos días me había sorprendido a mí mismo entregándome a mis pensamientos más íntimos, imaginando cómo sería volver a sentirla cerca.

—Clara… —Empecé, con voz más baja de lo habitual, incapaz de controlar el temblor que sentía—. Sobre el sábado… ¿Vas a seguir fingiendo que no pasó nada?

Se quedó quieta, mirándome con esos ojos azules que me atravesaban como cuchillas. Hubo un segundo de silencio cargado de tensión, y luego me

respondió, serena, como si estuviera recitando algo que había ensayado.

—Alejandro, solo fue un poco de sexo sin más. Ahora vamos a centrarnos en el proyecto.

Mi pulso se aceleró aún más, y aunque traté de asentir y enfocarme en los informes, cada palabra suya, cada movimiento, me recordaba lo que había sucedido. No podía apartarla de mi mente, y lo peor era que no quería hacerlo. Ese recuerdo, esa noche, ese fuego que había despertado en mí, me estaba volviendo loco de deseo y anticipación, y no había nada que pudiera hacer para calmarlo.

Intenté concentrarme en los gráficos, en los presupuestos, en las notas que había tomado, pero cada vez que levantaba la vista, allí estaba ella, con su cabello cayendo sobre los hombros, con esa seguridad y esa confianza que me desarmaban por completo. Y sabía que lo que habíamos compartido no era algo que pudiera ignorar fácilmente.

—Bien, entonces nos coordinamos con el equipo —dije finalmente, intentando sonar profesional, aunque sabía que mi voz traicionaba mi estado interior—. Revisaremos cada punto y avanzaremos según lo previsto.

Clara asintió, recogió sus cosas y se levantó para irse, pero antes de salir del despacho, me miró fijamente, casi desafiante.

—Esto es trabajo, Alejandro. Nada más —dijo, con una media sonrisa que no lograba ocultar del todo—. No hay más que hablar ni recordar.

Asentí, aunque sabía que mi mente no obedecería. Mientras cerraba la puerta detrás de ella, me quedé allí, apoyado en el escritorio, respirando hondo y pensando que, por primera vez en mucho tiempo, había alguien capaz de trastornarme por completo, sin siquiera proponérselo.

Todavía me estaba recuperando de la conversación con Clara cuando escuché el toque firme en la puerta de mi despacho. Supe de inmediato quién era: Rafael Vega. Mi padre. Y con él, la tormenta que siempre traía aparecía sin previo aviso.

—Alejandro —dijo, entrando con paso decidido, sus ojos grises clavados en los míos—. Necesito saber cómo llevas los proyectos y todo lo relacionado con la empresa. No quiero sorpresas.

Me levanté lentamente, conteniendo la rabia que me subía por la garganta. Cada palabra, cada gesto suyo, siempre había tenido un filo que dejaba marcas.

—Padre —contesté con voz firme—. Llevo todo bajo control. No necesito que me vigiles. No voy a llevar la empresa a la ruina, como podrías haber hecho tú.

Mi padre frunció el ceño y dio un paso más cerca. Sus palabras eran cuchillas en cada sílaba.

—No me subestimes, Alejandro. No me importa lo que diga tu hermano. Si fallas, no dudaré en echarte, y no habrá quien te proteja.

El aire se volvió pesado. La memoria de la discusión que nos había separado quince años atrás se mezcló con la indignación presente. La rabia que había contenido desde mi llegada a Sevilla empezó a hervir, y no pude evitar que mis puños se apretaran.

—¿Echarme? —dije, con la voz cargada de ira—. ¿De verdad crees que después de todo lo que he hecho por esta empresa, después de volver por Rober, voy a dejar que me hables así? No lo permitiré.

—¡No me desafíes! —gritó, con un tono que mezclaba autoridad y desprecio—. No estoy aquí para discutir, Alejandro. Estoy aquí para recordarte quién manda.

La discusión se volvió un torbellino de reproches y palabras que habían quedado sin decir durante años. Cada frase de mi padre despertaba memorias de injusticia, de control y de humillación que había jurado dejar atrás. Pero allí estaba, presente, intentando hacerme sentir inferior, como si no hubiera pasado nada, como si mis esfuerzos no contaran.

—No entiendes nada —dije, tratando de mantener la calma, pero con la rabia a punto de estallar—. Esta empresa no es solo tuya, y no soy un niño

para que me amenaces ni me subestimes.

Mi padre me miró fijamente, con esa mezcla de orgullo y desprecio que siempre había tenido, y dijo con frialdad:

—Si no cumples con lo que espero, me encargaré de que tu salida sea inmediata. Y créeme, no importa lo que diga tu hermano, Alejandro. No dudaré en actuar.

Sin esperar mi respuesta, dio media vuelta y salió del despacho, dejándome con la furia palpitando en las venas y el corazón acelerado. No pude evitar golpear la pared con el puño; el impacto resonó en la habitación y con eso liberé un poco de la tensión contenida.

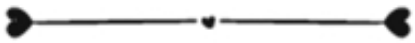
Apoyado contra el escritorio, respirando hondo, no pude evitar pensar en lo mucho que había sido un error volver a Sevilla. Si no fuera por Rober, que me había suplicado regresar por desesperación, jamás habría vuelto. Nunca habría soportado este ambiente, nunca habría tenido que enfrentar de nuevo a mi padre y sus constantes intentos de control.

Y, aun así, aquí estaba, atrapado entre un pasado que me perseguía y un presente que me desarmaba en otras formas. Entre la frustración por mi padre y la atracción por Clara, me sentí más atrapado y más vivo que nunca.

Golpeé otra vez la pared, esta vez menos por rabia y más por impotencia. Todo parecía conspirar contra mí y, sin embargo, no podía evitar que un pensamiento siguiera girando en mi cabeza: Clara.

Esa mujer capaz de trastornarme sin esfuerzo, de hacerme perder el control, de mantenerme en vilo. Incluso después de la tormenta familiar, incluso tras la furia y la frustración, mi mente volvía a ella, inevitablemente.

Capítulo 19



Alejandro

La tarde caía y yo, tras revisar varios informes, recogía mis cosas. La oficina estaba silenciosa, con la luz cálida de los últimos rayos de sol que se habían abierto paso entre las nubes y la lluvia que se había desvanecido horas atrás entrando por las cristaleras.

Subí al ascensor, apoyándome contra la pared mientras repasaba mentalmente los números y planes del proyecto de Málaga. Intenté concentrarme, pero mis pensamientos, como de costumbre, se desviaban hacia Clara.

Y entonces, sucedió. Las puertas del ascensor se abrieron en una planta intermedia, y allí estaba ella, con ese aire despreocupado que parecía ignorar todo, como si nada hubiera pasado, suspirando suavemente al subir. Su presencia ocupó todo el espacio, y por un momento, el mundo desapareció: solo estábamos nosotros dos, uno frente al otro, con un magnetismo imposible de ignorar.

No dije nada al principio, solo la observé. Cada gesto suyo, cada movimiento de su cabello, cada línea de su rostro parecía atraerme de manera casi física. El calor subió por mi espalda y mi respiración se volvió un poco más pesada. Clara me miró, y por un instante, vi algo en sus ojos: una chispa de diversión, de desafío, algo que me atrapó aún más.

—Hola —dijo, con esa naturalidad que me desarmaba por completo.

Solo eso. Un “hola” que llevaba consigo todo el peso de lo que había entre nosotros y que me hizo sentir que estaba perdiendo el control. Quise decir algo, acercarme, hablar, tocarla, pero me contuve.

Y entonces, ocurrió lo inesperado: el ascensor se detuvo con un tirón, un golpe seco que hizo que el aire en el pequeño espacio vibrara con tensión. Las luces parpadearon y se apagaron durante unos segundos, dejándonos en completa oscuridad.

—¿Qué…? —empezó a decir Clara, y su voz sonó un poco más aguda de lo habitual—. ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loco?

—Tranquila —susurré, casi sin darme cuenta de que mi propia voz sonaba más grave, más intensa de lo que pretendía—. No he sido yo. El ascensor se ha parado.

—Lo que me faltaba —suspiró.

El silencio de la oscuridad nos envolvía, y la cercanía de su cuerpo era casi insoportable. Podía sentir su respiración, sus movimientos leves, su perfume que me volvía loco. Cada segundo que pasaba aumentaba la tensión, un tirón magnético imposible de ignorar.

—Llama a alguien, pide ayuda. Haz algo, joder.

—Tranquila, ¿de acuerdo? —dije, mientras abría la puerta del panel de botones y pulsaba el botón para llamar a la empresa de ascensores.

Los minutos mientras sonaban los tonos de llamada se me hicieron eternos, pero solo porque podía ver a Clara angustiada a mi lado.

—Buenas tardes, mi nombre es Gladis, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó una voz al otro lado.

—El ascensor se ha parado y estamos encerrados —se adelantó a decir Clara.

—¿Dónde se encuentran, señora?

—¿Señora? —gritó a modo de protesta, y ahí me di cuenta de que probablemente acabaría teniendo un ataque de pánico.

—Buenas tardes, Gladis, soy Alejandro Vega. Estamos en uno de los ascensores de *Híspalis Global Tech*. Se ha parado de golpe y apenas hay luz.

—Deje que lo compruebe, señor Vega —contestó, y escuché cómo tecleaba al otro lado.

Miré a Clara y vi que estaba caminando de un lado a otro en ese reducido espacio, nerviosa, apretando las manos y rascándose de vez en cuando el cuello. Sí, iba a tener un ataque de pánico en breve y tenía que evitarlo.

—Al parecer hay una avería eléctrica en toda esa zona, señor Vega. Los técnicos han dado aviso de que están ya trabajando en ello, pero no puedo decirle en cuánto tiempo se restablecerá el servicio —informó Gladis.

—¡Pues llame a los bomberos para que nos saquen de aquí, por Dios! —gritó Clara.

—Señora, no se altere, es lo peor que puede hacer. Debe mantenerse tranquila y no consumir todo el aire.

—¡Te voy a dar yo a ti tranquilidad! —gritó acercándose más al intercomunicador—. ¡Que llame a los putos bomberos, que no quiero morir aquí!

—Señora, por favor…

—¡Como me vuelvas a llamar señora, te busco y te arranco los pelos!

—Clara, por favor, tranquila —le pedí, agarrándola por los hombros para que me mirara.

—Esto es culpa tuya —resopló y se giró para seguir caminando.

—Señor Vega, hablaré con los técnicos para que sepan que están allí; tenemos más clientes encerrados y, por el momento, acuden en orden de aviso.

—Entiendo.

—¡Si muero aquí, Gladis, te juro que mi fantasma te buscará y te atormentará por las noches! —gritó Clara.

—Gracias, Gladis —dije, cubriendo la boca de Clara con la mano para que dejara de amenazar a esa pobre mujer—. Si puede enviar ayuda pronto, se lo agradeceré.

—Veré qué puedo hacer, señor Vega. Buenas tardes.

—Buenas tardes, dice. Encima se cachondea la muy…

—Clara, ya —le pedí, cogiéndola por los hombros para que me mirara.

No era miedo lo que veía en sus ojos, eso lo sabía, pero como a muchas otras personas, a Clara no le gustaba estar encerrada en un ascensor a varios pisos de altura del suelo.

—Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo? No pasa nada, solo se ha ido la luz, pero volverá pronto.

—¿Qué eres ahora, técnico de Unión Fenosa? Por Dios —resopló.

—Si te agobias, te dará ansiedad, te costará respirar y te acabarás quedando sin aire y desmayándote.

—Pues qué bien todo, oye.

No pude más, y tras una leve sonrisa que se dibujó en mis labios al verla así, guerrera y vulnerable a partes iguales, me lancé a su boca y la besé con hambre y desesperación.

Porque lo necesitaba, porque lo había deseado desde que la vi alejarse de mí el sábado por la noche después de que folláramos como si para ella aquello no hubiera significado nada.

Clara no se apartó, sino todo lo contrario. Me devolvió el beso con la misma intensidad y la misma furia que yo mostraba. Y eso me gustó y me

excitó aún más de lo que ya de por sí esa mujer me excitaba.

—Alejandro… —susurró, con un hilo de voz—. Esto es peligroso.

—Lo sé —le respondí, apenas en un murmullo, con la voz cargada de deseo—. Pero no puedo evitarlo.

Nos acercamos sin tocarnos realmente; cada movimiento, cada respiración compartida era un juego de tensión. Sus ojos azules me atrapaban en la oscuridad, y sentí cómo mi autocontrol comenzaba a desmoronarse. La cercanía, el calor, la tensión contenida durante días y semanas se concentraba allí, en ese ascensor detenido, en esa oscuridad que nos aislaba del resto del mundo.

No necesitábamos palabras. Todo lo que queríamos decirnos estaba en el roce imperceptible de nuestros cuerpos, en la forma en que nos mirábamos, en la electricidad que recorría cada centímetro de mi piel al sentirla tan cerca. Era un momento brutal, un instante de deseo contenido que amenazaba con romper cualquier límite que nos hubiéramos impuesto.

Cada segundo que pasaba hacía que la necesidad, el impulso y la atracción se volvieran más intensos. Sabía que nada más importaba: ni los proyectos, ni mi padre, ni siquiera la razón. Solo ella y yo, atrapados en esa oscuridad cargada de tensión, de respiraciones entrecortadas, de susurros que se mezclaban con los latidos acelerados de nuestros corazones.

El ascensor seguía detenido, pero a pesar de la ansiedad y el confinamiento, no podía moverme, no quería alejarme. Cada instante con Clara allí era un recordatorio de lo imposible y lo inevitable al mismo tiempo, un fuego que ardía sin control y que ninguno de los dos parecía dispuesto a extinguir.

La oscuridad nos envolvía como un manto que nos aislaba del mundo exterior, y cada respiración compartida era un recordatorio de lo que no podíamos ni queríamos evitar. Pude sentir su calor a centímetros del mío, el aroma de su piel, la suavidad de su cabello rozando mi brazo. Cada fibra de mi cuerpo reaccionaba a ella, y la paciencia que había intentado mantener desde el sábado se desmoronaba a cada segundo.

—Alejandro… —susurró, su voz temblando apenas, mezcla de advertencia y deseo—. Esto… no…

—Lo sé —le respondí con un leve susurro, acercándome un poco más sin tocarla todavía—. Pero no puedo controlarlo.

La tensión era insoportable. Cada instante era un juego de miradas, de respiraciones entrecortadas, de cuerpos que se atraían como si el ascensor fuera una burbuja separada del mundo. Sentí la necesidad de acorralarla suavemente, de que no hubiera escapatoria, pero sin romper el hilo de complicidad que nos mantenía al borde. Cada suspiro suyo era un imán que me atraía más; cada leve roce de sus dedos cerca de los míos encendía un fuego que sabía que ninguno de los dos podría apagar.

No hablamos más. No hacía falta. Todo se volvió instinto, un acto de deseo contenido durante días. La presión aumentaba, la urgencia crecía y, finalmente, nuestras barreras se rompieron.

Volvimos a besarnos y esta vez sí, todo lo demás dejó de importar. Nuestras manos recorrían el cuerpo del otro y una a una fueron cayendo todas nuestras prendas de ropa como si no importara dónde estábamos.

La dejé de pie apoyada en la pared, me arrodillé ante ella y separé sus piernas para lamer cada rincón de su sexo, ese que encontré húmedo y excitado.

Clara gemía mientras se agarraba a la barandilla del ascensor con una mano y enredaba los dedos de la otra en mi cabello, tirando de él cuando mi lengua la penetraba y me regalaba un grito de placer.

Seguí lamiendo, mordisqueando su clítoris y penetrándola con dos dedos mientras movía las caderas sin parar. Buscaba más de lo que le daba, más placer, más de mí. Hasta que el placer se volvió locura para ella y se corrió en mi boca con fuerza, sin dejar de mover las caderas y sin soltar mi cabello.

Me incorporé y volví a besarla con urgencia; la cogí en brazos y la penetré con fuerza mientras ella me rodeaba con sus piernas por las caderas y con sus brazos por los hombros, llevando ambas manos a mi cabeza y tirando de mi cabello.

Esa mujer me volvía loco, me hacía perder el control de un modo que nunca antes lo había perdido, y me movía dentro y fuera de ella con fuerza, mucho más rápido y más profundo con cada segundo que pasaba.

Clara gemía en mi boca y movía las caderas al ritmo que yo iba marcando, dejando claro que aquello le excitaba y le gustaba tanto como a mí.

Cuando sentí que de nuevo estaba a punto de correrse, me dejé caer hasta sentarme en el suelo con ella sobre mi regazo.

Sus ojos azules se encontraron con los míos un breve segundo; le acaricié la mejilla y coloqué un mechón de cabello tras su oreja antes de volver a besarla y llevar mis manos a sus caderas. Con un leve apretón en su carne, ella entendió que le daba el control, y no dudó en comenzar a moverse.

Me volvía loco, me encendía y me excitaba como nadie antes lo había hecho, y por primera vez en años no me importaba ceder el control.

Clara se movía en círculos, de adelante atrás y de arriba abajo, disfrutando de mi hombría, de mi miembro abriéndose paso entre su vagina, y con cada jadeo, con cada gemido y estremecimiento de su cuerpo, me dejaba claro que aquello le gustaba tanto como a mí.

La forma en que nos unimos fue intensa, salvaje, controlada solo por la atracción que nos consumía por completo. Cada beso, cada roce, cada movimiento era un recordatorio de que estábamos atrapados, pero no solo en el ascensor: atrapados en el deseo mutuo que nos había estado consumiendo desde el primer instante.

Sentí sus manos explorando, su respiración caliente contra mi cuello y su cuerpo reaccionando al mío con la misma intensidad. Cada instante era un incendio que se expandía por todo mi ser, y a pesar de la oscuridad, podía ver cada expresión de placer, cada pequeño gesto, cada reacción que confirmaba que esto era inevitable, necesario, urgente.

Cuando finalmente la respiración se equilibró y el frenesí disminuyó, nos encontramos sentados en el suelo del ascensor. Yo la sostenía sobre mi regazo mientras ambos intentábamos recuperar el aliento. Cada latido de mi corazón resonaba como un tambor salvaje, recordándome que esto no era solo un

impulso, sino un deseo profundo y peligroso que nos había atrapado por completo.

Cuando las luces del ascensor volvieron a encenderse, Clara se levantó lentamente, con una prisa contenida, como si quisiera recomponerse, como si el mundo exterior pudiera reclamarla de nuevo. Nos vestimos en silencio, cada movimiento lleno de tensión y una electricidad latente que no se disipaba. Clara fue hacia la puerta esperando a que se abriera. Cuando lo hizo, se detuvo y me miró, con sus ojos claros brillando con una mezcla de advertencia y desafío:

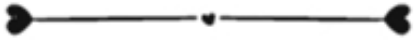
—Esto no puede volver a pasar —dijo con voz firme, y luego giró para salir.

Me quedé allí de pie, observando cómo sus pasos se alejaban, sintiendo la ausencia de su cuerpo, el eco de su respiración y el recuerdo ardiente de cada instante compartido.

El ascensor volvió a moverse lentamente, y yo me apoyé contra la pared, incapaz de apartar de mi mente la certeza de que aquello no había terminado. Clara había vuelto a despertar algo en mí que no podía controlar, y aunque ella intentara poner límites, sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que volviera a suceder.

La puerta del ascensor se abrió en el parking subterráneo y salí solo, con el corazón latiendo con fuerza, consciente de que el peligroso juego que habíamos comenzado no había hecho más que empezar.

Capítulo 20



Clara

Era viernes y, aun así, mi mente no descansaba ni un solo instante.

Cada minuto del día había estado dominado por un pensamiento que no podía ni quería ahuyentar: Alejandro. Desde la noche del sábado en aquel maldito cuarto de baño del local, pasando por el martes en el ascensor, atrapados en la oscuridad, no había dejado de aparecer en cada rincón de mi cabeza.

Intenté fingir que no pasaba nada, que todo había sido un impulso pasajero, un desliz que no debía repetirse. Pero la verdad era que no podía. Ni siquiera el trabajo, que normalmente me absorbía completamente, lograba mantenerme ocupada lo suficiente como para apartarlo de mis pensamientos. Cada vez que cerraba los ojos, podía sentir su presencia, su respiración cerca de mí, la fuerza contenida de su cuerpo, el calor de su piel y la intensidad de su mirada.

Sabía que él estaba igual. No hacía falta leerle la mente ni observar sus gestos; bastaba con ver cómo nos evitábamos, cómo nuestras miradas se encontraban y se sostenían demasiado tiempo, cómo el aire entre nosotros se cargaba con electricidad incluso cuando intentábamos actuar con normalidad.

Maldita sea, suspiré, maldito Cupido y sus flechas. ¿Quién se había creído que era para disparar justo hacia mi jefe? Y, por supuesto, no cualquier jefe: Alejandro Vega. Serio, frío, controlador y, sin embargo, capaz de encender algo dentro de mí con solo mirarme. Algo que yo no había sentido por nadie más, y mucho menos en los últimos años.

Desde luego, ese hombre tenía algo. Algo que me hacía temblar, que me desarmaba y me descolocaba, que me hacía sentir viva y al mismo tiempo aterrada de lo que podía ocurrir si nos dejábamos llevar. Me mordí el labio, tratando de calmar mi respiración, mientras mi mente repasaba una y otra vez la sensación de sus manos sobre mí, sus labios en los míos, la tensión que había flotado entre nosotros como un fuego que no se podía apagar.

No podía evitarlo. Ni aunque quisiera. Ni aunque jurara que no volvería a cruzar esa línea. La atracción era demasiado fuerte, demasiado urgente, demasiado imposible de ignorar. Y por más que intentaba racionalizarlo, sabía que él sentía lo mismo. Podía verlo en la forma en que me miraba, en cómo se contenía y al mismo tiempo se acercaba más de lo que cualquier profesional debería.

Suspiré de nuevo, esta vez con resignación y un punto de diversión amarga. Cupido, de verdad, esta me la vas a pagar. Pero, por otro lado, ¿cómo podía reprochar algo que me hacía sentir tan viva?

Me llevé las manos al cabello, revolviéndolo distraídamente mientras caminaba por mi despacho. Miré por la ventana el cielo grisáceo de Sevilla y la lluvia que empezaba a caer, mezclándose con los primeros aromas de azahar que anticipaban la primavera. Todo parecía tan sereno, tan normal, pero por dentro mi mundo estaba en caos. Porque había un hombre capaz de desordenarlo todo con una sola mirada, y ese hombre estaba en mi oficina, en mi cabeza, en mis pensamientos más prohibidos.

Y mientras me sentaba en el sillón cogiendo mi taza de café, no pude evitar sonreír con ironía: desde luego, Alejandro Vega tenía algo que ningún otro hombre había tenido jamás. Algo que me había trastornado, que me había despertado un deseo que no sabía cómo controlar, y que había convertido cualquier intento de normalidad en un juego imposible de ganar.

Después de una mañana llena de informes, cálculos y más cálculos, necesitaba aire fresco y algo de distracción, así que quedé con Noelia para comer. Caminamos juntas por las calles de Sevilla, con paraguas en mano y charlando de todo y de nada, aunque yo sabía que no podía escapar del pensamiento que me dominaba. Cada vez que respiraba el aire húmedo y azahar, no podía evitar que Alejandro se colara en mi mente como un intruso insistente.

Nos sentamos en nuestro restaurante habitual, uno pequeño y acogedor con mesas de madera, velas y la luz cálida filtrándose por los ventanales. Pedimos la comida y, por fin, mientras esperábamos, me lancé.

—Noelia… tengo que confesarte algo —empecé, con un punto de nerviosismo que intentaba disimular jugando con la servilleta—. El sábado en el local… Alejandro y yo… Bueno, ya sabes. Y el martes en el ascensor… Dios, no puedo dejar de pensar en él —dije mientras me llevaba las manos a la cabeza.

—Eso de bueno, ya sabes, ¿quiere decir que tú y Alejandro habéis… intimado? —curioseó arqueando la ceja.

—Es una forma sutil de decirlo, sí.

—O sea, que habéis follado, dos veces.

—Sí.

Noelia me miró, con los ojos abiertos como platos, y se llevó una mano a la boca antes de contener una risa.

—¡Toma chisme! —dijo entre divertida y sorprendida—. ¡Clara Montes Roldán y el jefe! ¡Esto sí que no me lo esperaba!

Me crucé de brazos, un poco avergonzada pero también aliviada de poder decírselo en voz alta.

—Ya, ya… pero es que no puedo evitarlo. Por más que intento fingir que no hay nada, no hay manera. Y él… él está igual que yo, Noe. Lo veo, lo siento. —Suspiré, apoyando la cabeza en la mano.

Noelia no pudo evitar reírse de nuevo, y su risa era contagiosa.

—Y yo que no quería creerlo —dijo, entre carcajadas—. Rober me lo dijo el sábado mientras nos quedábamos a solas: “Noelia, esa tensión es más que evidente”. Yo pensé que exageraba, pero ahora veo que no. ¡Se ven las chispas a kilómetros, Clara!

—Sí… pero es que esto no es solo química… es como si… me desarmara cada vez que me mira —admití, dejando escapar un suspiro—. Y yo no sé cómo manejarlo.

—Ay, nena —dijo Noelia, cogiendo mi mano entre las suyas—. No te preocupes. Esto pasa… y oye, tampoco es malo, ¿no? Al menos sabes que el hombre está vivo. Aunque sea un cabrón controlador y borde.

Nos reímos juntas, y la complicidad que nos unía llenaba la mesa mientras los camareros nos miraban con curiosidad. Noelia sacó su móvil y me lo enseñó con un gesto cómplice.

—Mira, si quieres, podemos montar una quiniela de cuántos segundos aguantáis sin que uno de los dos pierda el control. Apuesto a que no llegáis a cinco minutos.

—¡Eres imposible! —exclamé entre risas—. Pero sí, la verdad es que no sé cómo voy a mantener esto bajo control.

El resto de la comida fue una mezcla de bromas, risas y confesiones más ligeras. Hablamos de todo: de los proyectos, de compañeros de oficina, de pequeños cotilleos, pero siempre con la sombra de Alejandro flotando entre nosotras. Cada comentario suyo me hacía sonreír con una mezcla de nerviosismo y excitación, y Noelia no paraba de pincharme y sacar conclusiones de cada gesto que hacía.

—Yo veía cosas, pero pensé que serían imaginaciones mías. Cuando él entra en la sala y tú ni pestañeas… ya no hay vuelta atrás —dijo, riéndose otra vez—. No puedes fingir que no pasa nada, y él tampoco. Y cuando Rober me lo dijo el otro día, me di cuenta de que no lo veía solo yo.

Me mordí el labio, divertida y un poco avergonzada, y asentí.

—Vale, vale… tienes razón. Pero aun así… ¡Maldito Cupido! ¿Tenía que ser esa noche, y con mi jefe? Por Dios, si eso no es mala suerte…

—Totalmente —concordó Noelia, levantando su copa—. Esa flecha la has recibido de lleno, amiga.

Reímos las dos juntas, con esa mezcla de complicidad y diversión que siempre había tenido con Noelia. Era como si, por un rato, pudiera dejar de lado la tensión, el deseo y todo lo que Alejandro provocaba en mí, aunque solo fuera por unas horas. Pero, aun así, sabía que cuando volviera a la oficina, nada sería igual.

Regresé a la oficina con el estómago lleno y la mente un poco más ligera después del almuerzo con Noelia, aunque la imagen de Alejandro seguía colándose entre mis pensamientos de manera insistente. Cada vez que pasaba junto a su despacho, sentía que el corazón me daba un vuelco y, aun así, me obligaba a concentrarme en lo que tenía que hacer.

El proyecto del Ayuntamiento de Sevilla y el de Málaga me absorbieron por completo. Revisé informes, comparé estadísticas, elaboré presentaciones y coordiné llamadas con proveedores y técnicos. Estuve organizando cronogramas, corrigiendo presupuestos, ajustando estrategias y hasta redactando borradores de comunicados para prensa. Cada detalle debía ser perfecto, porque Rober había confiado en mí y, por extensión, Alejandro y yo teníamos que demostrar que trabajábamos como un equipo imbatible.

Entre llamadas, reuniones y correos, mi mente no dejaba de volver a él. Con cada notificación que aparecía en mi ordenador, o cada vez que alguien pasaba por mi despacho, esperaba ver sus ojos grises mirándome, su ceño ligeramente fruncido y esa expresión que me hacía sentir que él también estaba luchando contra lo mismo que yo.

Estaba concentrada en un informe de presupuestos cuando sonó un golpe suave en la puerta de mi despacho. Me giré con un sobresalto y lo primero que vi fue su figura. Alejandro estaba allí, con esa elegancia británica que siempre conseguía desarmarme, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, arqueando una ceja y conteniéndome para no mostrar la sorpresa que sentía.

—Tenemos cosas que hablar sobre el proyecto —dijo, acercándose un poco más—. Pero no quiero que pases la noche en la oficina por eso, así que he pensado que sería mejor… en mi casa.

Mi ceja arqueada subió aún más.

—¿En tu casa? —pregunté, con un dejo de incredulidad mezclado con curiosidad—. A mí no me importa quedarme aquí hasta tarde.

—No —respondió con esa seguridad que tanto me desconcertaba—. Es mejor allí. Pedimos cena mexicana, estaremos más cómodos y, además… allí puedes quitarte los zapatos si quieres.

Me reí sin poder evitarlo, entre divertida y tentada por la insinuación implícita.

—Bueno… eso sí que suena tentador —admití, sonriendo mientras jugaba con el borde de mi blusa—. Está bien, acepto.

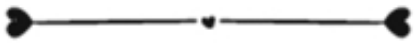
Vi cómo una leve sonrisa cruzó su rostro, apenas perceptible, pero suficiente para hacer que el estómago se me llenara de mariposas. La tensión que nos había acompañado durante días parecía estar a punto de estallar, y aunque intentaba mantener la profesionalidad, no podía negar la mezcla de nervios y anticipación que me recorría cada fibra del cuerpo.

—Perfecto —dijo, finalmente—. Te paso a buscar en media hora.

Asentí y volví a mi escritorio, aunque cada clic del ratón, cada tecla que pulsaba, parecía acompañada de un pensamiento que no podía alejar: “Esto va a ser… interesante”.

Mientras revisaba los últimos detalles del proyecto, no pude evitar sonreír ante la idea de estar en su casa, con la posibilidad de trabajar y, al mismo tiempo, de estar más cerca de él de una forma que era, por completo, imposible en la oficina.

Capítulo 21



Clara

Llegar al chalet de Alejandro me dejó sin aliento, aunque traté de disimularlo con un simple “vaya”. La casa era impresionante, moderna y elegante, con cristaleras que dejaban entrar la luz de la tarde y un jardín minimalista que contrastaba con los típicos detalles andaluces de mi propio hogar.

Cada rincón estaba cuidado al detalle: muebles de diseño, tonos cálidos, arte contemporáneo colgado en las paredes… Todo impecable, como él.

—Es muy bonito —dije, caminando por el salón mientras me sentía como una intrusa en ese santuario perfecto—. Me gusta mucho, en serio.

Él asintió con esa calma que lo caracterizaba, esa mezcla de seguridad y control que tanto me atraía y al mismo tiempo me intimidaba.

—Me alegra que te guste —dijo con su voz grave, segura, y esos ojos grises que siempre parecían leer cada pensamiento que uno trataba de ocultar —. Este es mi refugio. Siempre lo fue.

Tomamos asiento en la terraza acristalada con vistas al jardín y nos servimos una copa de vino. El aroma del tinto llenaba el aire, mezclándose con el leve perfume que él siempre llevaba y que me resultaba imposible de ignorar. Me sentí extrañamente nerviosa, como si cada gesto tuviera un significado oculto, como si cada mirada fuera una pregunta y una respuesta a la vez.

—He pedido comida mexicana —dijo mientras revisaba su móvil para confirmar el pedido—. Llegará en unos minutos, pero mientras tanto podemos repasar algunos puntos del proyecto.

Asentí, intentando concentrarme en lo profesional, aunque mi corazón latía con fuerza al estar tan cerca de él.

Saqué mi portátil y comenzamos a revisar los informes, cada presupuesto, cada detalle del cronograma y los avances con los proveedores. Todo era completamente profesional, todo debía serlo, y aun así no podía evitar sentir esa corriente eléctrica entre nosotros.

Mientras revisábamos los documentos, nuestras manos se rozaban accidentalmente, nuestros cuerpos se acercaban más de lo necesario y nuestras miradas se cruzaban con más frecuencia de la estrictamente necesaria para trabajar. Intenté concentrarme en los números, en las estrategias, en todo lo que debía hacer, pero mi mente no dejaba de reproducir la imagen de sus labios, de su respiración contenida, de la fuerza que emanaba de él incluso sentado frente a mí.

Cada palabra que decía tenía un peso especial; cada gesto, cada mirada, me hacía sentir que estábamos jugando un juego silencioso en el que ambos sabíamos que las reglas eran difusas. Y aunque me obligaba a mantenerme profesional, no podía negar que cada fibra de mi cuerpo reaccionaba a su proximidad. Cada pensamiento volvía a él con insistencia. Además, la espera de la comida parecía un pretexto perfecto para prolongar el tiempo en el que podía mirarlo sin restricciones.

El timbre nos sacó de nuestra concentración. Alejandro se levantó con la elegancia que le caracterizaba y abrió la puerta. La cena estaba allí: tacos, enchiladas, guacamole, salsas variadas y unas tortillas recién hechas que desprendían un aroma que me hizo salivar instantáneamente.

—Perfecto —dijo, mientras colocaba la comida en la mesa con cuidado—. Ahora sí que tenemos todo lo necesario para trabajar y comer al mismo tiempo.

Nos sentamos frente a frente, con las bandejas entre nosotros, y retomamos los informes. Cada poco tiempo, mientras repasábamos cifras y estrategias,

nuestras miradas se encontraban. No era algo que pudiera ignorar; había algo magnético en esos ojos grises que parecía absorberme y desnudarme incluso sin tocarme.

Intenté mantenerme profesional, tomando notas, revisando presupuestos y haciendo preguntas pertinentes sobre proveedores y plazos. Pero incluso mientras hablaba de cronogramas y presupuestos, no podía evitar notar cómo se inclinaba levemente hacia mí para señalar algún detalle, cómo su mano se acercaba peligrosamente a la mía al señalar un punto en el portátil, cómo su aroma me envolvía con cada pequeño movimiento.

—Aquí, en este apartado del presupuesto —dijo, con la voz grave y pausada—, creo que podríamos optimizar algunos costes si revisamos los contratos de los proveedores locales.

Asentí, intentando concentrarme, pero mis ojos no podían dejar de recorrer su rostro, su mandíbula marcada, la barba de tres días que le daba un aire salvaje y atractivo, y esos labios que todavía recordaba con intensidad desde nuestro último encuentro.

—Tienes razón —respondí, intentando mantener la voz firme y neutral—. Lo revisaremos y haremos los ajustes necesarios.

El silencio que siguió estuvo lleno de miradas y pequeños gestos: un roce accidental de manos al pasar un informe, un encuentro prolongado de nuestras miradas, una sonrisa apenas perceptible cuando Alejandro notaba que yo lo estaba observando. Todo era profesional, sí, pero la tensión era innegable.

A pesar de nuestra concentración, no podía evitar sentir que cada segundo frente a él era un juego de seducción silenciosa. Cada mirada, cada palabra medida, cada gesto cuidadosamente casual, me hacía sentir más atraída, más vulnerable y más deseosa de cruzar esa línea que aún nos contenía.

Comimos mientras trabajábamos, un equilibrio delicado entre la rutina profesional y la atracción que nos consumía silenciosamente. Cada vez que nuestras manos rozaban un informe, cada vez que nuestras miradas se encontraban más de lo estrictamente necesario, sentía cómo un fuego se encendía dentro de mí, un fuego que no podía ni quería apagar.

Y mientras la noche avanzaba y la comida desaparecía, su presencia se hacía más intensa, más magnética. Y yo era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él, sus labios, sus manos, y lo que sucedería si finalmente cedíamos a esa atracción que nos estaba devorando lentamente.

Después de terminar con los informes y hacer un último repaso del proyecto, Alejandro cerró el portátil con un gesto que irradiaba autoridad y, al mismo tiempo, cierta satisfacción. Respiré hondo, dejando escapar un suspiro que no fue solo de alivio profesional, y noté cómo él me observaba, con esa mirada intensa que parecía atravesarme y leer cada pensamiento oculto.

—Creo que podemos dejar esto por hoy —dijo, acercándose a la barra de la cocina y sirviéndose otra copa de vino—. Podríamos relajarnos un poco, dejar a un lado los números y los informes.

Asentí, agradecida por el cambio de tono, y me serví también una copa, dejándome caer en el sillón frente a él. La luz tenue del salón y el reflejo del jardín a través de las cristaleras creaban un ambiente íntimo y cálido, que contrastaba con la intensidad del día.

—¿Por qué no me cuentas un poco de tu vida en Londres? —le pregunté, apoyando la copa en la mesa auxiliar.

Se quedó un instante en silencio, con la mirada fija en la copa y los dedos jugando con la base, como si necesitara ordenar sus pensamientos antes de hablar. Luego, con voz grave y tranquila, comenzó a contarme un poco.

—Londres fue… una mezcla de oportunidad y desafío —dijo, y su mirada se perdió por un instante en algún recuerdo lejano—. Todo lo que hice allí fue para demostrarme a mí mismo que podía tomar decisiones difíciles, liderar, controlar situaciones que parecían imposibles. Aprendí mucho, pero también me costó caro. Perder el contacto con todo lo que conocía, con mi familia, con la gente que quería… fue duro.

Me incliné ligeramente hacia él, notando la vulnerabilidad en su voz, algo que rara vez mostraba en la oficina o frente a cualquiera.

—Debe haber sido difícil —dije suavemente—. Pero también suena como si te hubiera hecho más fuerte.

Él asintió lentamente, sin quitarme la mirada de encima. La intensidad de sus ojos, la forma en que su voz baja y profunda se mezclaba con el silencio de la noche, me hizo sentir un vínculo que iba más allá de lo profesional.

—Sí, fuerte, pero también un poco… solitario —admitió, y por primera vez noté un atisbo de fragilidad que me conmovió—. Creo que siempre llevo conmigo esa sensación, incluso ahora que he regresado y todo parece estar bajo control.

Me sentí extrañamente cercana a él en ese momento. No era solo deseo físico; había algo más, algo profundo que me atraía y que me hacía querer conocerlo, entenderlo, incluso protegerlo.

—Gracias por confiarme eso —dije, dejando que mis palabras fueran sinceras, casi un susurro—. No todos muestran su lado vulnerable a cualquiera.

Él sonrió suavemente, y por un instante todo el aire de tensión sexual que nos había acompañado durante días se mezcló con una calidez nueva, una conexión inesperada.

—No todos se lo merecen —respondió, con esa voz que podía ser tanto un murmullo como una orden—. Pero contigo… siento que puedo ser yo mismo, sin máscaras.

El silencio que siguió estuvo cargado de significado. No era necesario decir nada más; la conexión entre nosotros era real, palpable, y cada segundo que pasaba nos acercaba más, como si el universo hubiera decidido que, por fin, pudiéramos dejarnos ver tal como éramos.

Me sentí atraída hacia él de una manera que no era solo física, aunque el deseo era innegable. Era la vulnerabilidad compartida, la intimidad que surgía sin tocarse, la sensación de que podías mirar a alguien a los ojos y ver algo verdadero. Y mientras lo miraba, con la copa de vino aún en la mano, sentí que algo dentro de mí se rendía, aunque no había beso, ni contacto… solo nosotros y esa noche que prometía mucho.

No podía apartar la mirada de Alejandro. Todo en él parecía atraerme de manera imposible: la firmeza de su mandíbula, la intensidad de sus ojos, la

manera en que me estudiaba, como si leyera cada pensamiento que intentaba esconder. Y yo… yo me sentía atrapada en esa mirada, sin ganas de escapar.

Cuando se acercó, el mundo alrededor desapareció. Solo éramos él y yo, el aire cargado de electricidad; cada respiración compartida era un aviso de lo que estaba por venir. Su mano rozó la mía y un escalofrío me recorrió, uniendo nuestros cuerpos antes incluso de tocarnos del todo.

Nos quedamos a centímetros, respirando el mismo aire, y entonces nuestras bocas se encontraron en un beso que lo decía todo: hambre, deseo, rabia contenida, una necesidad que habíamos estado reprimiendo demasiado tiempo. Fue intenso, apasionado, como si el mundo se hubiera detenido y solo existiéramos nosotros dos, luchando contra algo invisible que nos consumía desde dentro.

Sentí su cuerpo contra el mío, cada movimiento suyo llenándome de fuego, de esa urgencia que no era solo física, sino un hilo que nos unía profundamente. Su abrazo se volvió posesivo, salvaje incluso, y en cada roce, en cada caricia, entendí que esto no era un capricho.

Alejandro me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación. Lo supe sin necesidad de verlo porque todo allí olía a él.

Me recostó en la cama, se acomodó a mi lado y, mientras me besaba, sus manos comenzaron a quitarme la ropa. Yo hice lo mismo con la suya, pues también necesitaba sentir su cuerpo junto al mío.

Cuando nos quedamos desnudos, sentí un escalofrío recorriéndome todo el cuerpo cuando Alejandro me miró fijamente a los ojos y me acarició la mejilla. Me mordí el labio y llevé mi mano a su torso, justo sobre su corazón, notando el fuerte latido.

Su corazón iba tan rápido como el mío, sin duda expectante por lo que estaba a punto de ocurrir.

Volvió a besarme y separó mis piernas con la mano, acariciando el interior del muslo con la yema de sus dedos muy despacio hasta que llegó a mi sexo. Arqueé la espalda y me estremecí cuando los sentí entre mis pliegues, deslizándose despacio, jugando con mi clítoris.

Y cuando comenzó a tocarme con esos movimientos circulares de su pulgar sobre el clítoris mientras me penetraba con dos dedos, arqueé la espalda y me agarré a sus hombros mientras gemía en su boca.

Ese hombre no solo sabía cómo tocarme para hacerme perder el control, sino que lo hacía a conciencia precisamente por eso.

Y lo conseguía, por supuesto que lo conseguía, y yo me dejaba llevar por todo lo que él me hacía sentir en cada momento.

Mis caderas se acompasaron al ritmo frenético de su mano mientras me penetraba, y antes de lo que pensaba estaba gritando con la cabeza echada hacia atrás sobre la almohada, corriéndome con fuerza.

Alejandro comenzó a besarme el cuello, bajando hasta mis pechos, lamiendo un pezón y luego el otro, besándome el vientre, y al segundo siguiente tenía su lengua húmeda y caliente en mi sexo palpitante.

Lamía sin parar, rápido y con fuerza, llevándome de nuevo a ese punto en el que el placer se adueñaba de todo y perdía la cordura.

No se detuvo hasta hacer que me corriera una segunda vez, y cuando lo hice, me besó el interior del muslo antes de acomodarse entre mis piernas.

Volvió a besarme y de una certera embestida me penetró, haciendo que el grito que salió de mis labios muriera en su boca. Comenzó a moverse más y más rápido cada vez, penetrándome más fuerte y profundo, y sentí cómo mi cuerpo se estremecía ante un escalofrío que me recorrió por completo.

Antes de que el orgasmo me alcanzara, le hice rodar sobre la cama hasta quedar a horcajadas sobre él. Alejandro me miró con esos ojos grises brillantes y cargados de deseo y sonrió. Comencé a moverme sobre él, de arriba abajo, más y más deprisa cada vez, mientras sus manos me acariciaban las caderas, la espalda y los pechos, hasta que sentí sus dedos pellizcándome los pezones y eso…

—Oh, Dios —jadeé.

Alejandro siguió jugando con uno de mis pezones y sentí cómo su otra mano bajaba en una lenta caricia por mi vientre, erizándome la piel por completo, hasta que quedó entre nuestros cuerpos. Con el pulgar comenzó a tocarme el clítoris y eso sí que fue definitivo para que me dejara llevar por completo.

Con su miembro entrando y saliendo de mi vagina, con su pulgar haciendo fricción en mi clítoris y con esos leves pellizcos en mi pezón, el orgasmo me golpeó con tal fuerza que apoyé ambas manos en su torso. Incluso noté que en algún momento clavé las uñas en su carne.

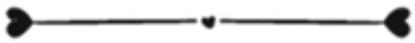
Me corrí con fuerza, entre chillidos de placer, y él me siguió casi al mismo tiempo.

Esa noche nos perdimos en el instante, dejándonos llevar por algo que no podía ni quería detener. Era rabia y ternura, pasión y cuidado, un equilibrio imposible de describir, pero que se sentía en cada latido, en cada suspiro compartido. Y cuando por fin nos separamos, todavía atrapados en la proximidad del otro, me sentí vacía y completa a la vez, como si todo el mundo hubiera desaparecido salvo él.

Me acurruqué contra su pecho, sintiendo su respiración mezclarse con la mía. El corazón me latía con fuerza, pero había paz, una calma que no esperaba.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño, pensando que, efectivamente, no había vuelta atrás. Que aquello que habíamos despertado era definitivo, y que lo queríamos así, aunque nos consumiera.

Capítulo 22



Alejandro

Desperté con el peso de su cuerpo sobre el mío y un calor que me recorrió de inmediato.

Clara dormía acurrucada entre mis brazos, con la respiración lenta y constante y el cabello desordenado cayendo sobre su rostro. Por un instante me quedé así, contemplándola en silencio, preguntándome cómo alguien podía desarmarte con solo estar ahí, con la naturalidad de quien no pretendía conquistar, pero lo lograba con cada gesto, con cada mirada, sin apenas darse cuenta.

No debería estar pasando esto. Ella era de la oficina; nuestra relación estaba marcada por límites invisibles que ambos habíamos decidido ignorar. Y aun así… no podía negar que había algo en ella que me atrapaba, que me arrancaba el control y me obligaba a rendirme. Cada vez que cerraba los ojos, la sentía más cercana, más imposible de ignorar.

Clara suspiró y se removió un poco, como si sintiera que la estaba observando, y abrió los ojos despacio. Me miró, y en su mirada vi la chispa que siempre me dejaba sin aliento. Una sonrisa tímida, apenas perceptible, se dibujó en sus labios antes de que los míos se movieran casi sin pensar.

—Buenos días —susurré, acercándome a ella.

—Buenos… —respondió, con la voz aún adormilada—. Buenos días… — Y antes de que pudiera reaccionar, nos encontramos en un beso, lento al

principio, suave, exploratorio, que encendió algo dentro de mí que llevaba demasiado tiempo dormido.

Su boca era cálida, viva, familiar y peligrosa al mismo tiempo.

Nos separamos solo para respirar, pero no por falta de deseo, sino porque las palabras sobraban. Me levanté primero, con la mano aún rozando la suya, y la invité con una mirada a acompañarme al baño.

La ducha fue un juego de roces, de risas, de proximidad. Nos movíamos con naturalidad, disfrutando de la sensación de estar cerca, de sentir el calor del otro, del agua corriendo sobre nuestras pieles y de esa complicidad que nos hacía olvidar cualquier límite profesional.

Y allí mismo la hice mía de nuevo. Llevé sus manos a la pared, inmovilicé sus muñecas y, tras separar sus piernas, la penetré con fuerza.

Clara gimió dejando caer la cabeza hacia atrás al notarme tan dentro, y yo en ese momento sentí que ese era mi lugar. Allí, con ella, unidos por nuestros sexos.

Sostuve su barbilla con la mano libre y me apoderé de sus labios en un beso hambriento y voraz mientras seguía penetrándola, una y otra vez, entrando y saliendo de ella con fuerza. Clara gemía en mi boca y movía las caderas para recibirme; la sentía estremecerse bajo mi cuerpo y me gustaba, porque en ese momento ella era mía y se entregaba.

Seguí besándola y penetrándola una y otra vez, liberé sus muñecas y me rodeó con uno de los brazos por el cuello, enredando los dedos en mi cabello, mientras que con la otra mano me agarró de la nalga con fuerza.

Esa mujer era fuego puro y sabía lo que quería, cuándo y cómo lo quería. Y yo estaba para complacerla.

Seguí penetrándola mientras la mantenía sujeta por la cadera con una mano, y llevé la otra a su sexo para provocarla aún más, para lograr que se deshiciera por completo entre mis brazos y se abandonara al placer.

Sin dejar de penetrarla y manteniéndola agarrada por la cadera, comencé a jugar con mis dedos entre sus pliegues, tocando y pellizcándole el clítoris. Hasta que sentí cómo los músculos de su vagina aprisionaban mi miembro y me arrastraba con ella hasta que ambos alcanzamos el clímax al unísono.

Jadeando y con la respiración entrecortada, nos quedamos bajo el agua caliente de la ducha, en silencio, con ella pegada a mi pecho mientras nuestros cuerpos aún temblaban por lo que acabábamos de hacer.

Cuando salimos, le di una de mis camisetas. Se la puso sobre la ropa interior, y la vi transformarse en algo que no tenía nombre: despreocupada, sexy, con un aire de travesura que me hacía querer devorarla con la mirada.

—¿Lista para el desayuno? —pregunté, tratando de sonar casual, aunque el nudo en mi estómago decía otra cosa.

—Siempre —respondió, con esa seguridad que me volvía loco, y bajamos juntos a la cocina.

La luz de la mañana se colaba por las cristaleras, iluminando la estancia y realzando cada detalle de su sonrisa, cada gesto de sus manos mientras servía el café. Nos sentamos frente a frente, y el silencio no era incómodo; al contrario, estaba lleno de tensión, de energía contenida, de deseo sin palabras. Cada roce accidental de nuestras manos al alcanzar el azúcar, cada mirada, cada sonrisa cómplice era un recordatorio de lo que habíamos compartido y de lo que no podíamos negar.

Cuando me acerqué a besarla otra vez, el mundo desapareció. Todo lo demás perdió sentido. Era su respiración, su calor, la manera en que mi cuerpo reaccionaba al suyo, la conexión que se había vuelto imposible de ignorar. Y aunque sabía que cruzábamos límites que nunca deberíamos, no podía detenerme. Porque ella tenía algo que iba más allá de la atracción física: algo que me hacía querer quedarme, rendirme y ver hasta dónde podíamos llegar juntos.

Nos quedamos allí, entre risas, caricias y miradas que lo decían todo, dejando que la mañana nos envolviera, conscientes de que cada instante juntos se estaba convirtiendo en un recuerdo que ninguno de los dos querría olvidar.

El aroma del café recién hecho y el pan tostado llenaba la cocina mientras Clara jugaba con la taza entre las manos, sus dedos rozando los míos cada vez que me inclinaba para alcanzarle la mantequilla o un frasco de mermelada. Cada contacto era un pequeño recordatorio de que estábamos cruzando límites que, bajo cualquier otra circunstancia, jamás habríamos tocado. Y, aun así, allí estábamos, riéndonos, mirándonos, disfrutando de algo que iba mucho más allá del desayuno.

—No puedo creer que hayas hecho esto tan temprano —dijo, sonriendo con la boca llena de tostada—. Yo a estas horas sigo medio dormida.

—Claro, porque necesitas alguien que te despierte con un "buenos días" y un poco de… ejercicio —respondí, mientras me inclinaba hacia ella y la rozaba con el hombro, provocando una pequeña risa que llenó la cocina.

Me levanté para poner algo más de café en su taza, y ella aprovechó para acercarse, apoyando una mano en mi brazo mientras me miraba con esos ojos azules que me desarmaban. No era solo deseo físico; era la manera en que me leía, la manera en que parecía saber exactamente lo que pensaba sin necesidad de palabras.

—Eres imposible —dijo en un susurro, con tono divertido, y yo solo sonreí, incapaz de responder con otra cosa que no fuera un gesto cómplice—. Debería irme a casa.

—¿Y por qué no te quedas? Tenemos trabajo que hacer y creo que entre los dos lo haremos mejor.

—No tengo ropa.

—Mi camiseta te sienta bien —señalé, y vi cómo se sonrojaba.

—No es buena idea. Nos hemos saltado todos los límites de jefe y empleada.

—Eso tiene fácil solución. Estás despedida.

—¿Qué dices? —rio.

—Vale, no lo estás. Vamos a ser claros. Sí, hemos cruzado límites que no deberíamos, pero no podemos negar que hay algo que nos atrae del otro.

—No, no podemos.

—Dicho esto, te quedas el fin de semana para avanzar en el trabajo y lo que surja.

—Ese lo que surja es lo que me da miedo —sonrió.

—A mí me excita —susurré mientras me acercaba a ella.

La rodeé con el brazo y la atraje hacia mí para besarla, y con ese beso comenzó todo de nuevo.

La levanté en brazos y la senté en la encimera de la cocina. Le quité mi camiseta y su ropa interior. Me deshice de mis pantalones y comencé a besarla por todo el cuerpo, a lamer y disfrutar de la suavidad de su piel bajo mi lengua y las yemas de mis dedos.

La llevé al orgasmo con lamidas rápidas y rítmicas en su clítoris mientras la penetraba con dos dedos, y sin que se hubiera acabado su momento, la penetré con fuerza mientras la tenía recostada en la encimera, desnuda, preciosa y con el cabello esparcido por ella.

Me volvía loco, me excitaba y me hacía perder el control de tal manera que no podía mantener mis manos alejadas de ella.

Volvimos a dejarnos llevar y alcanzamos el clímax al unísono; me dejé caer sobre ella y sentí el latido de su corazón fuerte y rápido acompasado con el mío.

Después del desayuno y ese nuevo encuentro rápido e intenso, nos pusimos a preparar un par de cosas para el fin de semana: decidir qué íbamos a cocinar, organizar la terraza para aprovechar la tarde y repasar algunos detalles del proyecto que habíamos dejado pendientes.

Clara se movía con naturalidad por mi casa, como si la conociera de toda la vida. Cada vez que la veía inclinarse sobre la mesa, con mi camiseta

ligeramente holgada sobre su figura, sentía un tirón en el estómago que me hacía querer acercarme más, tocar más, aunque solo fuera con una caricia ligera.

—Si vamos a cocinar, necesitamos música —dijo, cogiendo mi móvil y conectándolo a los altavoces—. Nada de informes ni de trabajo ahora, al menos por un rato.

Sonreí ante su energía. Era imposible no contagiarse de su entusiasmo. La música llenó el salón y la terraza, y pronto estábamos bailando de manera improvisada entre la cocina y la sala, riéndonos como si fuéramos adolescentes, olvidando por un momento el mundo exterior y la presión que siempre rodeaba a *Híspalis Global Tech*.

—¡Ey! —exclamó, mientras intentaba girarme en un paso de baile imposible—. ¡No me mires así, que me desconcentras!

—¿Cómo te miro? —pregunté, aproximándome para rozar su cintura mientras intentaba recuperar el equilibrio—. ¿Así?

—¡Sí, así! —dijo, riendo, mientras se acercaba más, y sentí sus dedos rozando los míos sin querer—. ¡Eres un peligro, jefe!

—Tú sí que eres un peligro, preciosa.

Ese fue el instante en el que sentí que todo lo que habíamos contenido durante días había encontrado su punto de ruptura: la risa, la cercanía, la música, la complicidad. Todo me empujaba a querer más, a acercarme, a fundirme con ella en cada gesto, en cada mirada prolongada.

Después de unos minutos, nos sentamos en la terraza con un par de copas de vino, dejando que la luz del mediodía entrara por las cristaleras y acariciara su rostro. Hablamos de todo y de nada, de viajes, de planes, de recuerdos de la infancia, de anécdotas tontas que nos hacían reír hasta que nos dolía la mandíbula. Cada risa suya me golpeaba con fuerza, y cada vez que la miraba, sentía esa mezcla de deseo y ternura que era imposible de ignorar.

—¿Sabes una cosa? —dijo, inclinándose hacia mí, con la mano rozando la mía sobre la mesa—. Contigo todo parece más fácil… incluso los problemas

grandes.

La escuché, y por un instante el mundo desapareció. No estaba pensando en contratos, ni en cifras, ni en plazos. Solo estaba pensando en ella, en su cercanía, en lo increíble que era sentir que alguien te entendía tan rápido, que podía entrar en tu vida con tanta fuerza sin pedir permiso.

—Yo también lo siento —dije en un susurro—. Es… raro, pero se siente bien. Muy bien.

Su sonrisa se amplió, y nuestras manos se entrelazaron sin planearlo. En ese momento entendí que aquel fin de semana no sería solo de trabajo o descanso; sería un fin de semana en el que exploraríamos la conexión que nos unía, en el que nos permitiríamos sentir sin reglas, dejarnos llevar por el deseo y la complicidad, por la química que nos consumía lentamente y que ya no podíamos ignorar.

El resto de la mañana pasó entre pequeñas travesuras, miradas que duraban más de lo permitido y risas compartidas, entre caricias casuales y una tensión que aumentaba con cada instante.

Sentí que, por primera vez en mucho tiempo, podía permitirme perder el control sin miedo, porque con Clara todo se sentía natural, inevitable. Y al mismo tiempo, sabía que debía contenerme, aunque cada fibra de mi cuerpo gritaba que me acercara más.

Cuando nos levantamos para preparar el almuerzo, nuestros cuerpos se rozaron nuevamente, y un simple gesto suyo me hizo estremecer. Ella lo notó y sonrió, cómplice, divertida, consciente de la electricidad que existía entre nosotros. Y yo solo podía asentir, dejando que el momento creciera, sabiendo que aquel fin de semana sería uno de los más intensos y memorables de mi vida, no por lo que hiciéramos, sino por cómo lo sentiríamos juntos.

El día avanzaba con una calma que parecía hecha solo para nosotros. Clara y yo nos movíamos por la cocina con naturalidad, mezclando risas y comentarios tontos con pequeños roces que nos hacían sonreír sin querer. Cortábamos verduras, removíamos salsas, y cada vez que nuestras manos se encontraban sobre la tabla o la encimera, sentía un escalofrío que me recorría

la columna. No era solo deseo; era la sensación de estar completamente vivo, de compartir un instante que se sentía demasiado perfecto para ser real.

—Oye, ¿seguro que sabes cómo se hace esto? —me preguntó, arqueando una ceja mientras yo batía los huevos de manera un poco torpe.

—Claro —mentí, con una sonrisa—. Pero si sale mal, siempre podemos pedir comida… otra vez.

Se echó a reír y sacudió la cabeza, divertida, y en ese instante la vi de una manera diferente, más cercana, más real. Cada gesto suyo, cada sonrisa, cada mirada me recordaba por qué había cruzado esa línea que sabía que no debería. Y, aun así, no había arrepentimiento. Solo ganas de acercarme más, de perderme en ella por completo.

Terminamos de preparar el almuerzo y nos sentamos en la terraza, con el sol entrando entre los cristales y calentando nuestras espaldas. La lluvia parecía estar dándonos una breve tregua y era de agradecer.

Bebimos un poco de vino, y nos miramos en silencio, como si ambos supiéramos que lo que estaba pasando iba más allá de lo que podíamos explicar. La cercanía se sentía real: sus dedos rozando los míos sobre la mesa, su cabello cayendo sobre los hombros, su sonrisa constante que parecía iluminar todo a su alrededor.

—Este fin de semana va a ser… diferente —dijo, apoyando la cabeza en mi hombro mientras yo la rodeaba con un brazo—. Me gusta.

—A mí también —respondí, sintiendo cómo su cercanía me llenaba de algo que no tenía nombre, pero que era adictivo—. Muy diferente.

Después del almuerzo, decidimos ver una película en el salón. Nos sentamos juntos en el sofá, ella recostada contra mi pecho, y mis brazos rodeándola de manera instintiva. La película pasó a segundo plano mientras nos concentrábamos en las pequeñas cosas: cómo se acomodaba sobre mí, cómo su mano rozaba la mía al alcanzar las palomitas, cómo sus risas me hacían sonreír, aunque intentara concentrarme en la pantalla.

Se inclinó hacia mí y nuestras frentes se tocaron un instante. La intensidad de la proximidad, la manera en que su respiración se mezclaba con la mía, me hizo perder la noción del tiempo. Cada gesto suyo, cada sonrisa, cada pequeño roce, estaba cargado de algo que iba más allá de la atracción física: era intimidad, complicidad, deseo y ternura a la vez.

Después de la película, nos pusimos a preparar algo dulce en la cocina. Entre harina, chocolate y risas, terminamos con las manos manchadas, jugando a limpiarnos los dedos mutuamente mientras nos mirábamos con esa chispa que no necesitaba palabras. La química entre nosotros era innegable: cada gesto, cada roce, cada mirada nos acercaba más al otro.

Clara se inclinó hacia mí de repente, con la cabeza apoyada en mi hombro, y me miró con esa mezcla de travesura y deseo que ya me tenía completamente atrapado. La agarré suavemente de la cintura y nos quedamos así, en silencio, disfrutando de la proximidad, de la sensación de que el mundo entero podía desaparecer y no nos afectaría.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —dijo finalmente, con un suspiro —. A ti, a este fin de semana, a nosotros.

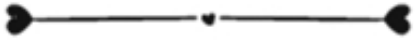
Y pensé que yo también, pero no lo dije.

Nos quedamos así un rato más, abrazados, mirándonos a los ojos, dejando que la tarde nos envolviera. Todo lo demás, el trabajo, la ciudad, los límites, desapareció. Solo existíamos nosotros, en un espacio donde la risa, la complicidad y el deseo compartido eran los protagonistas.

Y mientras la tarde se convertía en noche, supe que aquel fin de semana sería inolvidable. No por lo que hiciéramos, sino por cómo lo sentiríamos.

Cada caricia, cada mirada, cada risa compartida era un recuerdo que ya estaba marcando nuestra historia, un fin de semana que se estaba convirtiendo en un recuerdo indeleble de pasión, cercanía y ternura.

Capítulo 23



Alejandro

La tarde cayó sobre Sevilla y la luz de las farolas se colaba entre las cristaleras del salón, creando sombras que bailaban suavemente sobre las paredes.

Clara estaba en la cocina, recogiendo los restos de la merienda que habíamos preparado juntos. Cada vez que se movía, sentía cómo mi mirada se fijaba en ella: la forma en que mi camiseta abrazaba su figura, la manera en que su pelo caía rebelde sobre sus hombros y esos ojos azules que me miraban con complicidad y algo más… hambre, deseo contenido, como si supiera que no iba a poder resistirse.

—¿Vienes a ayudarme o solo a mirarme? —preguntó con una sonrisa que me desarmó por completo.

—¿Y por qué no las dos cosas? —respondí, acercándome a ella y rozando mi mano con la suya al coger un plato.

El roce fue suficiente para que el aire cambiara a nuestro alrededor. Nos quedamos un instante mirándonos, respirando un poco más rápido de lo normal, con la tensión aumentando hasta ser casi palpable. Entonces, sin avisar, la agarré por la cintura y la acerqué a mí, sintiendo su cuerpo contra el mío, y sus manos se enredaron en mi cuello como si lo hubiera estado esperando desde el principio.

El primer beso fue lento, exploratorio, lleno de curiosidad y deseo reprimido. Luego, como si un fuego interno se hubiera encendido, se volvió intenso, urgente, salvaje y a la vez cargado de ternura. La cocina desapareció a nuestro alrededor; solo existíamos nosotros y el calor que emanaba de cada contacto, cada suspiro, cada roce de piel contra piel.

Sin decir una palabra, nos dirigimos hacia el sofá y nos dejamos caer sobre él, abrazados, con nuestras manos recorriendo con hambre y cuidado cada centímetro de los cuerpos del otro. Sentí su respiración entrecortada contra mi cuello y su aroma, una mezcla de perfume y algo más natural, que me volvía loco de deseo. Cada caricia era una declaración silenciosa, cada roce un recordatorio de que esto no era solo físico, era pasión, era fuego compartido, era algo que no podíamos contener.

No importaba que estuviéramos en mi casa, que tuviéramos obligaciones y responsabilidades fuera de ese momento. Allí y entonces, éramos solo nosotros. Nuestras bocas se encontraban y se separaban, nuestros cuerpos se presionaban sin prisa, descubriendo, disfrutando, dejando que el tiempo se desdibujara. La intensidad entre nosotros era tan real que cada suspiro, cada movimiento, se sentía como una eternidad comprimida en un instante.

Cuando finalmente nos separamos un momento para recuperar el aliento, nos miramos con los ojos brillantes, el corazón latiendo a mil por hora, y supe que aquello había cruzado cualquier límite imaginable. Pero no había arrepentimiento; solo una certeza abrumadora: no había vuelta atrás.

—Eres… imposible —susurró, apoyando la frente contra la mía mientras su respiración entrecortada se mezclaba con la mía—. No sé cómo haces para que todo esto sea tan fácil y tan difícil al mismo tiempo.

—No lo sé —respondí, con voz ronca por el deseo—. Pero no quiero que pare.

Y no paró. Nos dejamos llevar, todavía abrazados, y seguimos explorándonos, compartiendo besos y caricias con la misma urgencia y cuidado, hasta que finalmente, exhaustos pero satisfechos, caímos de nuevo sobre el sofá. Nos abrazamos, cuerpo con cuerpo, sintiendo cómo cada latido, cada respiración, nos unía aún más.

Clara cerró los ojos apoyada en mi pecho y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una paz absoluta. La intensidad, la pasión, el deseo… todo había explotado, pero al mismo tiempo nos había acercado de una manera que no podría describirse solo con palabras.

Supe entonces que ese fin de semana, esa noche, lo recordaría siempre. No solo por el sexo, ni por el deseo, sino por la conexión profunda que habíamos compartido y que nos había vuelto indispensable el uno para el otro.

Me quedé mirándola mientras se dormía entre mis brazos, y pensé que, aunque tal vez no debíamos haber cruzado esa línea, no me arrepentía de nada. Nada de lo que había pasado, nada de lo que sentiría, nada de ella. Porque Clara… era imposible de resistir.

Desperté poco después con el aroma de café recién hecho y el sonido de la música que Clara había puesto mientras se movía por la cocina. Abrí los ojos y la vi allí, concentrada, con su melena castaña rebelde cayendo sobre los hombros y mi camiseta, que le quedaba enorme y perfecta al mismo tiempo. No podía apartar la mirada: había algo en cómo ocupaba el espacio, cómo se movía, que me hacía sentir afortunado y completamente cautivo a la vez.

—Buenas tardes, dormilón —dijo, dándome un beso en la mejilla mientras yo todavía estaba recostado en el sofá, medio adormilado.

—Buenas tardes —respondí, intentando sonar firme, pero con la voz todavía ronca del sueño… y del recuerdo de lo que había pasado—. ¿Has hecho café?

—Sí —dijo, con una sonrisa traviesa—. Pero solo para ti si me prometes ayudarme con los muffins. Me ha dado antojo —se encogió de hombros con una sonrisa en los labios.

Me levanté y me acerqué a ella. La cocina se llenó de risas cuando intentamos cocinar juntos; ella lanzaba harina de manera intencionada y yo me defendía con espátulas mientras nuestros cuerpos se rozaban constantemente. Cada roce era eléctrico, cada mirada un recordatorio de lo que había pasado y de lo que estaba por volver a pasar.

—¡Cuidado! —grité en un momento, cuando una nube de harina nos cubrió a los dos—. Esto es una guerra.

—Sí, una guerra en la que voy ganando —contestó, acercándose para "limpiarme" la cara con sus dedos, y ese contacto me hizo estremecer.

La cocina se convirtió en nuestro pequeño terreno de juego, lleno de bromas, risas y caricias casuales que terminaban en besos fugaces, cada vez más largos y más intensos. Y cuando la harina y el cacao desaparecieron de nuestras manos, nos quedamos abrazados, respirando agitados, y no pude resistirme: la besé como la necesitaba, con hambre y ternura, dejándome perder en ella una vez más.

Después, nos sentamos juntos en el sofá con una manta para ver otra película, riendo de cada escena, abrazados, con sus piernas sobre las mías y su cabeza apoyada en mi hombro. Cada gesto era natural, cercano, cargado de intimidad. No había necesidad de palabras; la conexión estaba en cada roce, en cada sonrisa compartida, en cómo nos buscábamos continuamente, aunque no dijéramos nada.

—Eres insoportable —dijo, apoyando su frente contra la mía y riendo—. Pero me encanta.

—Yo diría que tú eres igual de insoportable… y mucho más peligrosa —respondí, rozando sus labios con los míos antes de abrazarnos nuevamente.

La tarde se transformó en noche y decidimos preparar algo de cenar juntos. Cocinar con Clara era casi un deporte extremo: risas, juegos, pequeños roces, caricias y miradas que decían más que cualquier palabra. Cada vez que la tocaba accidentalmente, o tal vez a propósito, sentía que el aire alrededor se electrizaba. Y cada vez que me miraba con esa chispa en los ojos, sabía que estaba pensando lo mismo que yo: que esto no era solo deseo, que era algo que nos estaba consumiendo lentamente, pero que ninguno de los dos quería detener.

Después de cenar, la llevé al salón y pusimos otra película. Nos acurrucamos en el sofá, abrazados, y de nuevo los besos comenzaron a ser más largos, más urgentes, más intensos. Nuestros cuerpos se presionaban el uno contra el otro, y aunque no necesitábamos más, la tensión sexual estaba ahí,

latente, como un hilo invisible que nos mantenía conectados. Cada caricia, cada roce, cada suspiro compartido reforzaba esa sensación de que no había vuelta atrás, de que estábamos construyendo algo que no podía describirse con palabras.

En un momento, me quedé mirándola mientras se acomodaba contra mí, sintiendo su respiración lenta mezclándose con la mía, y pensé que no había nada en el mundo que deseara más que seguir así, que vivir este fin de semana como si fuera nuestro único espacio, nuestro único tiempo, nuestra propia burbuja donde solo existíamos nosotros dos.

—Alejandro… —susurró, apoyando la cabeza en mi pecho—. Esto es… perfecto.

—Lo sé —contesté, rodeándola con los brazos.

Nos besamos de nuevo, un beso lento y apasionado, dejando que la noche nos envolviera. La química entre nosotros se sentía en cada latido, en cada respiración, en cada roce accidental que no parecía tan accidental. Y mientras la miraba, sabía que este fin de semana sería inolvidable: un fin de semana de pasión, risas, intimidad y deseo, que nos uniría de una manera imposible de ignorar.

Cuando finalmente nos tumbamos en el sofá, abrazados bajo la manta, sentí su calor mezclándose con el mío y supe que aquello que habíamos comenzado aquella mañana ya había cambiado todo. No había vuelta atrás; no solo nos deseábamos, sino que nos estábamos eligiendo el uno al otro, cada instante, cada roce, cada sonrisa y cada beso.

Con la noche sobre Sevilla y la luz de la luna entrando a través de las cristaleras iluminando el salón de manera tenue, se había creado un ambiente casi mágico. Clara estaba allí, sentada sobre el sofá con una manta enrollada alrededor de los hombros, y yo no podía dejar de observarla: el modo en que sus ojos brillaban con diversión, su sonrisa traviesa y esa seguridad en sí misma que me volvía loco.

—¿Otra película? —preguntó, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Sí, pero esta vez te advierto: la próxima escena romántica podría ser… interactiva —respondí, con un tono de broma que ocultaba perfectamente el hambre que sentía por ella.

Ella me lanzó una mirada divertida y me dio un empujón ligero, y de repente nos encontrábamos riendo mientras nos disputábamos el mando de la televisión. Cada roce de sus manos con las mías, cada carcajada, era un recordatorio de lo intensa que era nuestra conexión. Y cuando nuestros ojos se encontraron, la electricidad que siempre existía entre nosotros volvió a subir de nivel.

—Sabes que esto es peligroso, ¿verdad? —dijo, susurrando mientras yo le acariciaba el cabello.

—Totalmente —contesté, acercándome lentamente y rozando mis labios contra los suyos—. Pero es demasiado tarde para arrepentirse.

El beso que siguió fue largo, profundo, lleno de la misma urgencia y pasión que habíamos compartido todo el día. Sus manos se enredaron en mi cuello, mi cintura se acercó a la suya y el sofá se convirtió en nuestro propio refugio de deseo. Cada roce, cada suspiro compartido, me recordaba que esto no era solo físico: era fuego, era posesión, era conexión.

Cuando nos separamos un instante, ella me miró con una mezcla de travesura y necesidad que me hizo sonreír.

—¿Sabes lo que quiero ahora? —preguntó, acercándose otra vez a mis labios.

—No lo sé. Pero sea lo que sea, lo tienes concedido —contesté, sabiendo que su respuesta no sería solo palabras.

El resto de la noche fue un juego de descubrimiento: besos robados mientras nos recostábamos bajo la manta, caricias que comenzaban tímidas y terminaban en urgencia contenida, y esa sensación constante de que todo nuestro mundo cabía en ese salón. La risa, la ternura y el deseo se mezclaban, haciendo que cada instante fuera más intenso que el anterior.

En un momento, nos levantamos para preparar algo de beber, y en la cocina, entre risas y pequeños roces de cuerpos, volvió a suceder: un beso largo, intenso, cargado de hambre y pasión. Sentí cómo su respiración se aceleraba mientras nos manteníamos cerca, y cómo cada gesto, cada contacto, nos llevaba un paso más allá. No necesitábamos palabras; la química entre nosotros hablaba por sí sola.

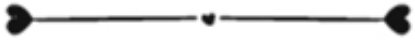
Después, regresamos al sofá con nuestras copas, abrazados, viendo los minutos pasar como si el tiempo no existiera. Cada gesto suyo, desde el modo en que apoyaba la cabeza en mi hombro hasta la forma en que me buscaba con la mirada, me recordaba que esto no era un juego ni un capricho: era algo que nos había unido por completo.

Y así, entre risas, juegos de miradas, besos y caricias, la noche se convirtió en nuestra burbuja perfecta: un espacio donde la pasión y la ternura coexistían, donde cada toque era eléctrico, cada gesto íntimo cargado de deseo, y donde Clara y yo éramos los únicos que importábamos.

Finalmente, nos quedamos abrazados bajo la manta, ella descansando su cabeza en mi pecho y yo sintiendo cada latido suyo mezclarse con el mío. No hacía falta hablar; la conexión, la intensidad, la pasión que habíamos compartido durante todo el día y la noche anterior lo decía todo. Cerré los ojos, respirando su aroma, y supe que nada podría romper lo que habíamos creado: un sábado perfecto, lleno de deseo, complicidad y momentos que jamás olvidaría.

Mientras la noche avanzaba y el silencio nos envolvía, pensé que aquel fin de semana solo estaba empezando, y que lo que sentíamos el uno por el otro no era solo atracción: era una intensidad que nos consumía, que nos unía y que no permitiría que hubiera marcha atrás.

Capítulo 24



Alejandro

Desperté con los primeros rayos de sol filtrándose por las cristaleras del salón. Clara estaba a mi lado, acurrucada entre mis brazos, respirando lenta y tranquila, todavía sumida en el sueño.

La luz de la mañana iluminaba su rostro y me hizo detenerme un instante, completamente cautivado. Había algo en verla así, tan vulnerable y al mismo tiempo tan poderosa, que me provocaba una mezcla de ternura y deseo que me quemaba por dentro.

No quería moverme demasiado, quería disfrutar de ese momento robado, pero al mismo tiempo sentía la urgencia de verla despierta, de besarla otra vez, de escuchar su voz. Lentamente, me incliné y deposité un beso suave en su frente, luego en la mejilla, hasta que abrió los ojos y me sonrió, todavía medio adormilada.

—Buenos días… —murmuró con voz ronca—. ¿Hace mucho que estás despierto?

—Lo suficiente para contemplarte y pensar que esto… esto no debería estar pasando —contesté, aunque mi mirada la traicionaba: no había arrepentimiento en mis ojos, solo necesidad y fascinación—. Pero tampoco puedo negarme. No a ti.

Ella se incorporó un poco, apoyando la cabeza en mi hombro y sonriendo con esa chispa que me volvía loco.

—¿Desayuno? —preguntó, con un hilo de voz—. Creo que es lo primero que necesitamos antes de hablar de… todo lo demás.

Nos levantamos y nos dirigimos a la cocina. Yo le serví café mientras ella preparaba unas tostadas y fruta fresca, y la conversación fluyó de manera natural. Entre risas y gestos cotidianos, la tensión sexual estaba latente, pero esta vez mezclada con complicidad y comodidad, con esa sensación de "ya no hay vuelta atrás" que me recorría la espalda.

—Ayer… —dijo mientras untaba mantequilla en la tostada—. Todo fue increíble, pero tenemos que seguir con el proyecto hoy —y su mirada traviesa me hizo sonreír, porque sabía que era imposible no dejarnos llevar mientras trabajábamos.

—Sí… claro —respondí, inclinándome sobre la mesa para mirarla a los ojos mientras daba un sorbo a mi café—. Pero si te digo la verdad, la parte más productiva de ayer fue… digamos, la que no tiene nada que ver con números.

Clara se rio, una risa cálida y libre, y yo sentí que el mundo podía detenerse en ese instante sin que nos importara.

Desayunamos juntos, compartiendo el café y las tostadas, con los dedos rozándose accidentalmente de vez en cuando, cada toque aumentando esa sensación de cercanía que me atrapaba. Y cuando terminamos, nos sentamos a revisar algunos informes en el salón, con los portátiles abiertos frente a nosotros.

—Mira este apartado —dijo señalando una tabla—. Si ajustamos los proveedores locales, podríamos optimizar costes sin perder calidad.

Asentí, concentrado en lo que decía, pero al mismo tiempo incapaz de ignorar cómo su pelo caía sobre el hombro, cómo sus labios se movían mientras hablaba y cómo sus manos descansaban tan cerca de las mías que cualquier roce se sentía eléctrico.

—Tienes razón —dije finalmente—. Y además creo que podemos reorganizar los tiempos de entrega para ganar unos días en la implementación.

Ella me miró, sonriendo, y sentí que no era solo la profesionalidad lo que brillaba en sus ojos, sino también la diversión y la complicidad. Cada poco tiempo, nos inclinábamos para mostrar un detalle en la pantalla; nuestras rodillas se rozaban y, sin hablar, había una tensión que decía: "Estamos juntos en esto… en todo".

Terminamos de revisar los informes y nos recostamos un momento en el sofá, con los portátiles a un lado y la sensación de que podíamos pasar el día entero así: hablando de trabajo, riendo y disfrutando de estar cerca. Con cada roce recordándonos lo que habíamos compartido desde el viernes.

—Sigo sin creer que esto esté pasando —dijo ella suavemente, apoyando la cabeza en mi hombro—. Con alguien del trabajo… y, sin embargo, aquí estamos.

—Yo tampoco —respondí, acariciando su cabello—. Pero es demasiado tarde para arrepentirse. Y tampoco quiero hacerlo.

La química entre nosotros seguía intacta, y aunque habíamos empezado el domingo con trabajo, cada gesto, cada mirada, cada roce de manos, era una promesa silenciosa de que la pasión y la intimidad del día anterior no eran solo un recuerdo: seguían vivas, esperando a que nos dejáramos llevar nuevamente.

Después del trabajo, decidimos que era hora de relajarnos de verdad. Preparé algo para picar mientras ella elegía una película. Nos tiramos en el sofá, abrazados bajo una manta, y pronto las manos empezaron a recorrer caminos prohibidos: caricias sutiles que se hicieron urgentes, suspiros entremezclados con risas y besos que subían y bajaban por la línea del cuello, la espalda, los hombros… hasta que el deseo rompió cualquier frontera.

No pasó mucho antes de que nos entregáramos otra vez al fuego que nos consumía. Cada beso, cada movimiento, era intenso, salvaje y a la vez cuidado. Me fascinaba cómo podía combinar pasión y ternura, cómo podíamos devorarnos y protegernos al mismo tiempo. Nos perdimos entre el salón, la cocina y el sofá, entre risas, gemidos y miradas que decían más que cualquier palabra.

Más tarde cocinamos juntos, entre bromas y pequeños roces que nos llevaban al límite de la paciencia. Cada gesto, cada roce de manos o piernas

mientras ella picaba verduras o yo hacía los solomillos, era un recordatorio de lo bien que encajábamos, de la química perfecta que nos consumía. Cuando la atrapé entre mis brazos mientras ella reía por algo que dije, supe que no había vuelta atrás: no solo me atraía físicamente, sino que quería todo de ella, su risa, su ingenio, su manera de desafiarme y cuidarme a la vez.

Pasamos la tarde viendo películas, abrazados en el sofá, con las piernas entrelazadas, compartiendo susurros, risas y algún que otro beso cargado de hambre. Cada instante era íntimo, sensual, como si el mundo se hubiera reducido a aquel salón y al sonido de nuestras respiraciones y risas. Nos desafiábamos con miradas, con juegos, con besos robados, sabiendo que cada momento nos acercaba más.

Cuando llegó la hora de que Clara regresara a su casa, el ambiente se volvió más tenso.

Nos miramos durante el trayecto hasta su casa, cada segundo más intenso que el anterior, sabiendo que aquello era solo un alto temporal, pero que nada podría cambiar lo que habíamos despertado.

—Hasta mañana… —susurró cuando llegamos, con sus labios rozando los míos en un beso lento, profundo, cargado de deseo y promesas.

—No hay marcha atrás —le respondí, apretando su cintura, profundizando el beso hasta que fue imposible separarnos—. Y no quiero que la haya.

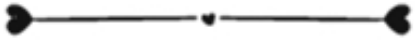
Se apartó lentamente, con una mezcla de necesidad y ternura en sus ojos, y me sonrió, dejando claro que ambos sabíamos que esto había cambiado todo.

Mientras la veía alejarse, mi pecho latía con fuerza y mi mente no podía dejar de repasar cada instante de ese fin de semana: la pasión, la complicidad, la ternura, los juegos, los besos y el fuego que nos consumía.

Conduje de regreso a mi casa en silencio, con la carretera vacía y la noche envolviéndome, y no podía dejar de pensar en ella. Clara no era solo atracción: era deseo, era conexión, era caos y calma al mismo tiempo, y a pesar de que nunca debería haber cruzado esa línea con alguien del trabajo… no me arrepentía.

Y supe, con cada latido, que aquello no tenía vuelta atrás.

Capítulo 25



Clara

Mi despacho olía a café frío y a lluvia reciente. Sevilla llevaba días metiéndonos de lleno en el invierno, con ese frío suave que se te metía en los huesos sin pedir permiso y una llovizna intermitente que dejaba los cristales empañados y el cielo gris perla.

Desde la ventana veía el reflejo difuso de la Giralda entre nubes bajas, como si también ella estuviera cansada. Yo sí lo estaba.

Me dejé caer en la silla, tras colgar la chaqueta con poco cuidado en el respaldo, y respiré hondo. Cerré los ojos un segundo, solo uno, pero en ese segundo se me vino encima todo el último mes y medio de mi vida. Profesional. Personal. Emocional. Todo mezclado en un cóctel que, sinceramente, no sabía si me estaba embriagando o estaba a punto de explotarme en la cara.

Híspalis Global Tech seguía siendo un hervidero. Proyectos, reuniones, llamadas con Londres, Berlín y Lisboa. El Ayuntamiento de Sevilla apretando plazos. Málaga exigiendo garantías técnicas imposibles. Y yo, como siempre, en medio de todo, apagando fuegos, afinando estrategias, diciendo lo que otros no se atrevían a decir y cargando con responsabilidades que oficialmente no eran mías… pero que nadie más quería asumir. Nada nuevo.

Lo nuevo tenía nombre y apellido. Alejandro Vega.

Apoyé los codos sobre la mesa y entrelacé los dedos, mirándolos como si fueran ajenos. Un mes y medio. Eso había pasado desde aquel primer beso que lo había cambiado todo. Desde aquella noche en la que dejó de ser solo el CEO frío, borde y controlador, y pasó a ser… Alejandro. El hombre que me miraba como si me viera de verdad. El que discutía conmigo sin levantar la voz, pero con una intensidad que me desarmaba. El que me escuchaba.

En la empresa manteníamos las distancias dentro de lo posible. Profesionalidad impecable. Reuniones formales. Trato correcto. Alguna discrepancia estratégica que parecía exactamente eso: trabajo. Nadie podía decir nada. Nadie debía sospechar nada. Y, aun así, era inevitable.

Las miradas que se cruzaban más tiempo del necesario. Ese segundo de más cuando me cedía la palabra en una reunión. El leve arqueo de ceja cuando yo soltaba alguna verdad incómoda y él tenía que fingir sorpresa. La comisura de su boca tensándose para no sonreír. Solo nosotros sabíamos lo que significaban.

Muchas noches habíamos acabado trabajando en su chalet. Al principio, con excusas profesionales muy bien construidas. Documentos urgentes. Proyecciones financieras. Estrategias que no podían esperar. Después, simplemente, porque ninguno de los dos quería irse.

Su casa era todo lo contrario a la mía. Líneas rectas. Cristal. Silencio. Orden milimétrico. Y, aun así, con el paso de las semanas, empecé a dejar rastro. Una taza olvidada. Un jersey sobre el sofá. Mis zapatos junto a la puerta. Y yo acababa pasando la noche allí.

No siempre dormíamos juntos. A veces sí. Otras, no. A veces solo hablábamos durante horas, sentados frente a la chimenea, con una copa en la mano y las defensas bajas. Me contaba cosas a medias. Yo le contaba las mías sin filtros. Nos íbamos acercando sin darnos cuenta, como dos placas tectónicas destinadas a chocar. Cada vez más cerca.

Y lo más aterrador de todo: ninguno de los dos parecía querer que aquello se acabara.

Abrí un cajón, saqué mi libreta y la dejé sobre la mesa sin abrirla. No necesitaba escribir para saber lo que me pasaba. Lo sabía desde hacía días,

pero decirlo en voz alta, aunque fuera solo para mí, me daba vértigo.

Después de un mes y medio desde aquel primer beso, podía confirmarlo con total seguridad. Estaba enamorada del CEO.

De Alejandro. De su rigidez que se desmoronaba cuando estábamos a solas. De su manera de escuchar en silencio. De su ironía seca. De su dolor mal cerrado. De su forma de tocarme, como si no tuviera prisa, como si el mundo pudiera esperar.

Me pasé una mano por el pelo, rebelde como siempre, y solté una risa breve, casi incrédula. Si alguien me lo hubiera dicho dos meses atrás, me habría reído en su cara. Yo, enamorada del hombre que representaba todo lo que detestaba. Poder. Control. Arrogancia. Desde luego que la vida tenía un sentido del humor retorcido.

Un golpe suave en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Clara, ¿estás viva o has ascendido a otro plano astral? —la voz de Noelia, irónica como siempre, resonó en mi despacho.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Pasa antes de que decida levitar.

Mientras la veía entrar, con su elegancia discreta y la libreta bajo el brazo, pensé que, por muy caótico que se estuviera volviendo todo, aún había cosas que seguían en su sitio.

O eso creía.

El bar de la esquina de la oficina estaba lleno a medias, como casi todas las mañanas. A esa hora convivían los madrugadores con los que llegaban tarde disimulando prisa; el olor a café recién hecho se mezclaba con tostadas y bollería, y el murmullo constante de conversaciones creaba una especie de burbuja ajena al caos de la empresa.

Nos sentamos en nuestra mesa de siempre, junto al ventanal empañado. Noelia dejó el bolso en la silla con un gesto automático y se quedó mirando la carta sin verla. Ahí fue cuando lo noté.

—Vale —dije, apoyando los codos en la mesa—. O me estás ocultando algo o has visto un fantasma en recepción. Y no creo que aquí tengamos de eso.

Levantó la vista despacio. Tenía los ojos más cansados de lo habitual.

—Rober lleva toda la mañana en el despacho de Alejandro.

Parpadeé.

—¿Toda?

—Desde primera hora. Se han encerrado nada más llegar. —Bajó la voz—. Y no han salido todavía.

Fruncí el ceño.

—¿Y?

Noelia soltó una risa sin humor.

—Que Rober no estaba normal, Clara. Nada normal. Estaba serio. Muy serio. Y eso en él es mala señal. Incluso parecía… alterado.

Me encogí de hombros, restándole importancia mientras el camarero nos dejaba dos cafés con leche y tostadas.

—Puede ser por los proyectos. Sevilla y Málaga no son ninguna tontería. Están los dos con los nervios a flor de piel, sobre todo Alejandro.

Noelia me observó un segundo más, como si quisiera decir algo y se lo pensara mejor.

—Puede ser —concedió al final—. Ojalá sea solo eso.

Dio un sorbo al café, pero seguía inquieta. Así que, como buena amiga, decidió cambiar de objetivo.

—Tú, en cambio, estás sospechosamente bien.

Levanté una ceja.

—¿Sospechosamente?

—Sí. —Sonrió de lado—. Más relajada. Más luminosa. Y sonríes más desde que él llegó.

Me reí por lo bajo, clavando la mirada en la tostada como si escondiera secretos de Estado.

—¿Tan evidente es?

—Clara, te conozco desde hace años. Antes parecías siempre preparada para la guerra. Ahora… —Se inclinó hacia mí—. Ahora parece que alguien te ha enseñado a bajar el arma.

Suspiré. No tenía sentido fingir con ella.

—Me he enamorado.

Lo dije sin rodeos. Sin dramatismo. Sin miedo. Y al decirlo, algo dentro de mí se colocó en su sitio. Noelia abrió los ojos y luego se echó a reír.

—¡Mira que Cupido tiene puntería de mierda a veces! —bromeó—. Pero contigo, hija… te la lanzó directa al corazón.

—Y bien clavada —añadí, sonriendo—. No me dio ni tiempo a esquivarla.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como que estés menos insoportable —dijo, guiñándome un ojo, y le lancé una servilleta arrugada.

—Serás borde.

—Pero con cariño.

Nos reímos, y durante unos segundos todo fue fácil. Normal. Como siempre había sido entre nosotras. Hasta que Noelia dejó la taza en el plato con demasiado cuidado.

—Clara… hay algo que tengo que contarte.

El tono me puso en alerta.

—¿Me tengo que sentar mejor?

—Ya estás sentada. Solo… no te caigas de la silla.

Me incliné hacia ella.

—Habla.

Respiró hondo.

—Llevo seis meses viéndome con Rober.

El mundo se detuvo.

—¿Qué?

—Que me acuesto con nuestro jefe —dijo, muy seria—. Bueno. Con uno de ellos.

La miré sin parpadear. Dos segundos. Tres.

—Eso sí que no me lo esperaba.

Se le escapó una sonrisa nerviosa.

—Ya.

—¿Seis meses?

—Más o menos.

—¿Y no me habías dicho nada porque…?

—Porque no sabía cómo decirlo. Porque no estaba planeado. Porque no iba a ninguna parte. —Se encogió de hombros—. O eso creía al principio.

—¿Cómo fue?

Apoyó los antebrazos en la mesa, bajando la voz.

—¿Te acuerdas de aquella noche que quedamos para tomar algo y al final no pudiste venir porque tu hermana tuvo el golpe con el coche?

Asentí.

—Pues yo ya estaba fuera. Entré a cenar en un restaurante cerca de la oficina y allí estaba él, con unos clientes. Más tarde se quedó solo. Yo estaba pagando y… no sé. Se acercó. Hablamos. Reímos. Tomamos una copa. Y luego otra.

—Y acabasteis en la cama.

—Exacto.

No había culpa en su voz. Solo sorpresa.

—Desde entonces han sido varias noches. Sin promesas. Sin planes. Sin etiquetas. Y sin darme cuenta… —tragó saliva— Me enamoré.

La miré con una mezcla de incredulidad y ternura.

—Vaya dos.

—Eso pensé yo cuando me di cuenta de que tú estabas con Alejandro —sonrió—. Esta empresa es un nido de dramas.

Me levanté y rodeé la mesa para abrazarla. Un abrazo fuerte, de esos que solo una mejor amiga podía dar.

—Me alegro por ti. De verdad.

Se quedó rígida un segundo y luego se aferró a mí.

—No sabes lo que necesitaba oír eso.

—Pero hay algo más —añadí, notando su tensión—. Lo sé.

Asintió, separándose despacio.

—Estoy embarazada.

Sentí cómo el aire me abandonaba los pulmones.

—¿Cómo?

—De casi dos meses.

La miré, buscando miedo, pánico, desesperación. Encontré incertidumbre… y una valentía silenciosa que siempre había estado ahí.

—No sé cómo decírselo a Rober. Nunca hemos hablado de hijos. Ni de futuro. Ni de nada serio.

Le cogí las manos.

—Díselo. Sin miedo.

—¿Y si no quiere?

—Entonces será su decisión. —Le apreté los dedos—. Pero ese bebé no va a estar solo. Porque tiene a su madre. Y me tiene a mí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias.

—Para eso estamos las amigas. Y las futuras tías intensas.

Se rio entre sollozos.

—Lo sabía.

Pagamos y salimos del bar envueltas en el aire húmedo de la mañana. La lluvia había dado tregua, pero el cielo seguía encapotado, como si Sevilla también estuviera conteniendo la respiración. Caminamos juntas hasta el edificio sin decir mucho. A veces el silencio era la mejor forma de acompañar.

En el ascensor, Noelia y yo nos colocamos frente a frente. El reflejo del espejo me devolvió una versión de mí más seria de lo habitual.

—Gracias —dijo ella de pronto—. Por no juzgarme.

—¿Estás de broma? —sonreí—. Si alguien merece ser feliz, eres tú.

El ascensor se detuvo en mi planta. Le di un beso rápido en la mejilla antes de salir.

—Y recuerda una cosa —añadí—. Pase lo que pase, no estás sola.

Asintió, con una sonrisa frágil.

—Te llamaré luego.

Volví a mi despacho y cerré la puerta tras de mí. Me senté frente al ordenador, abrí un par de documentos y traté de centrarme. Lo intenté de verdad. Pero mi cabeza iba a otra velocidad.

No habían pasado ni diez minutos cuando el móvil vibró sobre la mesa. Sonreí al ver el nombre de Alejandro en la pantalla antes de contestar.

—Dime.

—No voy a poder ir a comer contigo —dijo, sin rodeos—. Me ha surgido algo urgente. Tengo que salir con Rober.

El tono era neutro. Demasiado neutro, a decir verdad.

—No pasa nada —respondí—. Lo dejamos para otro día.

—Lo siento.

—De verdad, no te preocupes.

Colgamos y me quedé mirando el teléfono un segundo más de lo necesario. Algo no encajaba. No sabría decir qué, pero lo notaba en el estómago, como una piedra pequeña pero insistente.

El móvil vibró de nuevo; esta vez era Noelia.

—Han salido —dijo nada más contestar—. Los dos. Y no tenían muy buena cara.

Cerré los ojos.

—¿Puede ser por don Rafael?

Hubo un silencio al otro lado.

—No lo sé —suspiró—. Pero con las últimas discusiones que ha tenido Alejandro con él… no me sorprendería.

—Vale —dije, pensando en voz alta—. Entonces mejor no comemos solas, cada una en su casa.

—¿Te apetece que vayamos juntas?

—Sí. Vamos a despejarnos un poco.

—Te veo luego.

Colgué y me quedé quieta, con la mirada fija en la pantalla apagada del ordenador. No podía evitarlo. Cuando algo me olía raro, necesitaba hurgar. Era superior a mí.

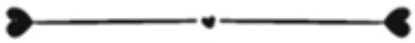
Me levanté, fui al archivador y saqué una carpeta vieja, casi olvidada. Proyectos históricos. Reestructuraciones. Documentos de hacía quince años. La época en la que Alejandro se había ido a Londres dando un portazo.

Si había algo ahí que explicara tensiones, silencios o decisiones recientes, lo iba a encontrar.

Encendí el ordenador y empecé a buscar. Y mientras las fechas y los nombres aparecían uno tras otro, tuve la sensación muy clara de que estaba a punto de desenterrar algo que llevaba demasiado tiempo enterrado.

Algo que podía cambiarlo todo.

Capítulo 26



Alejandro

La casa de Rober siempre había sido más cálida que la mía. No por la decoración moderna, elegante y cara, sino porque estaba habitada. Vivida. Había cojines fuera de sitio, una chaqueta tirada sobre el respaldo de una silla, una botella de vino abierta en la cocina. Detalles pequeños, insignificantes, que decían que allí la gente respiraba. Yo no.

Rober caminaba de un lado a otro del salón, con el móvil en la mano, pasándose los dedos por el pelo una y otra vez. Demasiado nervioso incluso para él. Yo permanecía apoyado en la encimera, con los brazos cruzados y mandíbula tensa, escuchando.

—No tenía que haber pasado —dijo por tercera vez—. Nada de esto tendría que estar pasando ahora.

—Pero pasó —respondí, seco—. Y hace quince años. Mucho ha tardado en salir a la luz.

Se detuvo y me miró.

—¿Cómo puedes decir eso así?

—Porque es la verdad —repliqué—. Papá hizo algo que sabía que no debía hacer. Mintió. Manipuló. Encubrió un fraude. ¿De verdad te sorprende que tarde o temprano alguien tire del hilo?

Rober soltó una carcajada amarga.

—¿Sabes lo que significa esto, Alejandro? Si esto sale a la luz, *Híspalis* está acabada. Los contratos con los ayuntamientos, la proyección internacional, todo el trabajo que he hecho durante estos años… —se llevó las manos a la cabeza—. Todo no habrá servido para nada.

Lo miré fijamente.

—No dramatices.

—No es dramatizar, es ser realista.

—Ser realista es entender que no podemos seguir tapando mierda esperando que no huela —dije—. Esto no lo hemos provocado nosotros.

—Pero lo vamos a pagar nosotros.

Me separé de la encimera y caminé hacia él despacio.

—Escúchame —dije, bajando la voz—. Lo solucionaremos. Como sea. Pero perder la cabeza no va a ayudarnos.

Rober negó con la cabeza.

—Tú siempre tan frío.

—No es frialdad —respondí—. Es supervivencia.

Hubo un silencio pesado y denso. De esos que se instalaban entre hermanos cuando el pasado pesaba más que el presente.

—No entiendo cómo pudo hacerlo —añadí al cabo de unos segundos—. Cómo pudo jugar así con la empresa. Con la gente. Con mamá. Con nosotros.

Rober suspiró.

—Papá siempre ha creído que el fin justifica los medios.

—Y ese es el problema —dije—. Que nunca pensó en las consecuencias. Ni entonces. Ni ahora.

Se dejó caer en el sofá, agotado.

—Si esto sale… no solo es la empresa. Es su apellido. El nuestro.

—El apellido no vale nada si está construido sobre mentiras.

Me miró, cansado, pero sin discutir. Sabía que tenía razón. Siempre lo había sabido. Simplemente, había elegido convivir con ello.

—Tenemos que ganar tiempo —dijo—. Controlar daños. Evitar que esto explote.

—Y asumir responsabilidades —añadí—. Las de quien las tenga que asumir.

Rober me sostuvo la mirada.

—¿Te das cuenta de que estás hablando de papá?

—Me doy cuenta —respondí sin titubear—. Y también de que, si no hacemos nada, será peor para todos.

Se pasó una mano por la cara.

—Joder.

—Tranquilo —le dije—. Pensaremos. Actuaremos. Pero no vamos a permitir que esto nos arrastre.

No sabía entonces cuánto me equivocaba.

El timbre sonó como un disparo poco después.

Rober y yo nos miramos un segundo antes de que él fuera a abrir. Yo ya sabía quién era. Lo notaba en el cuerpo, en esa tensión antigua que me recorría la espalda como una descarga eléctrica.

Entraron juntos.

Mi padre fue el primero. Rafael Vega seguía teniendo esa presencia que llenaba cualquier espacio sin pedir permiso. Espalda recta, mirada dura, pasos firmes. Detrás, mi madre, más pequeña, más encogida, con los labios apretados y los ojos cargados de una preocupación que llevaba demasiado tiempo aprendiendo a ocultar.

—¿Qué es todo este numerito? —preguntó mi padre nada más cruzar la puerta—. Me habéis sacado de una reunión importante para nada.

Rober cerró la puerta despacio.

—Tenemos que hablar.

—Ya veo —respondió, mirando alrededor con desprecio—. ¿Y has decidido montar un tribunal familiar?

No me senté. No pensaba hacerlo.

—Ha salido a la luz lo de hace quince años —dije sin rodeos—. El fraude.

Su mirada se clavó en la mía.

—Eso es mentira.

—No —respondí—. Es verdad. Y tú lo sabes.

Dio un paso hacia mí, furioso.

—No tenéis ningún derecho a recriminarme nada. La empresa es mía. La fundé yo. La levanté yo desde cero.

—Y me pusiste a mí al mando porque quisiste —intervino mi hermano—. Nadie te obligó.

Mi padre se giró hacia él.

—Porque me dio la gana, sí. Porque aún podía seguir dirigiéndola yo si hubiera querido.

—¿Para seguir mintiendo y engañando? —solté, incapaz de contenerme.

El silencio cayó como un mazazo. Mi madre dio un pequeño paso adelante.

—Rafael, por favor…

—No te metas en esto —la cortó él, sin mirarla siquiera.

Y en ese instante, algo cambió en mi madre.

—¿Que no me meta? —estalló ella de pronto—. Me metiste tú hace quince años. Cuando hiciste lo que no tenías que hacer. Cuando me apartaste como si no valiera nada. Y cuando obligaste a mi hijo a marcharse.

La miré, sorprendido. Nunca la había oído hablar así. Nunca. Mi padre se puso rojo.

—Cállate.

—No —replicó ella, temblándole la voz, pero sin retroceder—. No me callo más.

Rober intentó intervenir.

—Mamá, tranquila…

—¡Que se calme él! —gritó ella, señalando a mi padre—. Siempre ha sido igual. Siempre creyéndose por encima de todo y de todos.

Mi padre perdió el control.

—Esto es intolerable —rugió—. Voy a convocar al comité. Voy a destituirte, Rober. Y a despedirte a ti —me señaló—. Y volveré a coger el mando de la empresa.

Solté una carcajada seca.

—Olvídate de esa gilipollez.

—¿Cómo dices?

—Que no te van a permitir hacer una mierda —respondí, sin alzar la voz —. No en estas condiciones.

Se acercó a mí, fuera de sí.

—Nadie va a prohibirme nada.

—Sí —dije—. La realidad. Porque si el fraude sale a la luz, no habrá empresa que dirigir para nadie. Y si te queda un mínimo de sentido común, admitirás tu culpa y pagarás por ello.

Me miró como si no me reconociera.

—Jamás.

—Entonces lo perderás todo —sentencié.

Me sostuvo la mirada unos segundos eternos. Luego se dio la vuelta y salió de la casa dando un portazo que hizo temblar los cristales.

Mi madre se derrumbó. Rober la sostuvo mientras ella lloraba en silencio, agotada.

—Tranquila, mamá —le decía—. Ya está. Ya pasó.

Yo no dije nada, simplemente me puse la chaqueta dispuesto a marcharme.

—Alejandro… —susurró ella, mirándome.

No pude quedarme. Porque no sabía qué decirle.

Salí sin mirar atrás.

Conduje sin rumbo fijo durante los primeros minutos. La lluvia había vuelto a caer con esa constancia molesta que no terminaba de ser tormenta, pero empapaba igual. Las luces de Sevilla se reflejaban en el asfalto como

manchas alargadas, difusas, y el tráfico avanzaba lento, ajeno a la guerra que me rugía por dentro.

Apreté el volante con fuerza. La imagen de mi padre saliendo de casa de Rober, fuera de sí, seguía clavada en mi cabeza. Su voz. Su desprecio. Su incapacidad absoluta para asumir una sola responsabilidad. Quince años después, seguía siendo el mismo hombre. Y yo seguía reaccionando igual: con rabia. Con esa mezcla de impotencia y furia que nunca había sabido dónde colocar.

El recuerdo vino solo. El despacho. El calor de julio. Los papeles extendidos sobre la mesa. Mi nombre al final del informe, esperando una firma que nunca llegó.

—*No pienso hacerlo.*

La frase resonó como entonces. Clara. Nítida. Fue el momento exacto en el que todo se rompió.

Recordé su cara al decirme que la puerta estaba ahí. Recordé cómo la crucé sin despedirme de nadie, con una maleta demasiado ligera para todo lo que estaba dejando atrás. Londres me recibió con lluvia y anonimato. Me dio distancia. Me dio control. Pero también me robó años que no volverían.

Años lejos de mi madre. De mi hermano. De una vida que, aunque imperfecta, también era mía.

Tragué saliva y pisé un poco más el acelerador cuando por fin tomé el desvío hacia mi chalet. El portón se abrió en silencio y aparqué sin encender las luces interiores. La casa estaba oscura. Vacía como siempre y, de pronto, sentí que estaba demasiado vacía.

Entré, dejé las llaves sobre la encimera y me apoyé unos segundos en ella, con la cabeza baja. Pensé en Clara. En su forma de mirarme. En cómo, sin saberlo, estaba empezando a desmontar murallas que yo había tardado años en levantar.

El móvil vibró y al sacarlo del bolsillo del pantalón vi que era mi hermano Rober.

—Ya he dejado a mamá en casa —dijo nada más contestar—. Está más tranquila.

Cerré los ojos.

—Gracias.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Tenemos que hacer algo, Alejandro —añadió, serio—. Antes de que todo esto salga a la luz.

—Lo sé —respondí—. Estaba pensando exactamente lo mismo.

Hubo un silencio breve.

—La única manera de salvar la empresa —continuó— es llevar toda la atención hacia el verdadero responsable.

—Papá.

—Papá.

Me pasé una mano por la cara.

—Si cae, cae él solo —dije—. Nosotros no vamos a hundirnos con sus mentiras.

—Nunca pensé que diría esto —admitió Rober—, pero es lo correcto.

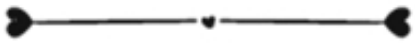
Miré alrededor. La casa perfecta. El orden de siempre. La vida contenida.

—Entonces hagámoslo —respondí—. Esta vez, hasta el final.

Colgué y me dejé caer en el sofá. Fuera, la lluvia seguía cayendo. Dentro, por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que no estaba huyendo. Estaba enfrentándome.

Y supe, con una certeza incómoda y definitiva, que nada volvería a ser igual. Ni la empresa. Ni mi familia. Ni yo.

Capítulo 27



Clara

Era miércoles. Lo supe incluso antes de mirar el calendario porque los miércoles siempre me pesaban más. Como si el cuerpo ya estuviera cansado antes de que la semana decidiera aflojar.

Habían pasado dos días desde que Noelia me dijo que estaba embarazada. Dos días desde que Alejandro y Rober salieron de la empresa con cara de funeral y desaparecieron sin dar explicaciones. Dos días desde que algo en el ambiente de *Híspalis Global Tech* se volvió más denso, más eléctrico, como si todos supiéramos que algo estaba a punto de estallar… pero nadie se atreviera a decirlo en voz alta.

Yo sí me atreví. O, al menos, me atreví a buscar.

Me había pasado horas, tal vez demasiadas, revisando proyectos antiguos, actas de reuniones, informes que nadie abría ya, archivos digitales con más años que yo en esa empresa. Tiré de fechas, de nombres, de firmas. De aquello que solo alguien con tiempo, obsesión y mala espina sería capaz de hacer. Y lo encontré.

No de golpe ni con un gran titular. Sino a base de piezas pequeñas que, juntas, formaban un cuadro tan feo como evidente. Un fraude menor, sí. Técnicamente, "menor". Manipulación de cifras. Decisiones encubiertas. Un movimiento estratégico que había salvado a la empresa en su momento… a costa de legalidad, ética y personas concretas.

La madre de Alejandro. Apartada. Silenciada. Alejandro. Negándose a firmar. Marchándose. Rafael Vega. Intocable durante años.

Cuando cerré el último documento, me quedé mirando la pantalla apagada con el corazón acelerado. No por el escándalo empresarial ni por la magnitud del problema. Sino por Alejandro.

De repente, muchas cosas encajaban. Su dureza. Su control extremo. Su obsesión por no cometer errores. El muro emocional. El rechazo visceral a su padre. Y también esa tristeza contenida que a veces se le escapaba cuando creía que nadie lo miraba.

Me levanté y caminé por el despacho, incapaz de quedarme quieta. ¿Debía decírselo? ¿Debía fingir que no sabía nada? ¿Tenía derecho a meterme en algo tan personal, tan doloroso?

Pensé en Noelia. En su embarazo. En Rober. En la empresa. Pensé en Alejandro mirándome en silencio algunas noches, como si yo fuera un lugar seguro sin habérselo propuesto.

Y lo supe. Si había un momento para no ser cobarde, era ese.

Cogí el bolso, me puse el abrigo y salí directa hacia su despacho sin avisar. Sin pedir cita. Sin pensarlo más. El corazón me golpeaba el pecho cuando llamé a la puerta.

—Adelante —dijo su voz desde dentro.

Abrí y allí estaba Alejandro, de pie, junto a la ventana, con el móvil en la mano. Tenía el ceño fruncido y las ojeras marcadas. Parecía cansado. De esos cansancios que no se arreglaban durmiendo. Levantó la vista al verme.

—Clara…

Cerré la puerta tras de mí.

—Sé lo que pasó —dije, directa, como siempre—. Hace quince años. Con tu padre. Con la empresa.

Se quedó inmóvil. No me arrepentí.

—He revisado proyectos antiguos —continué—. Entiendo por qué tú y Rober estáis así. Entiendo por qué todo esto os preocupa tanto.

El silencio se estiró entre nosotros. Un silencio tan denso como peligroso.

—Nos han amenazado con sacarlo todo a la luz —dijo al fin—. Pero no va a salir así. Va a salir porque nosotros lo hemos contado. Porque esta vez no vamos a taparlo.

Me acerqué un poco más.

—Para que tu padre pague.

Asintió despacio.

—Sí.

Lo miré a los ojos.

—Estoy contigo. En todo. —Tragué saliva—. No estás solo, Alejandro. Ya no.

Algo en su mirada se rompió apenas un segundo. Lo suficiente para que yo lo viera. Lo suficiente para que supiera que había hecho lo correcto.

Y supe también que aquello… no había hecho más que empezar.

El despacho se quedó en silencio después de mis palabras. Un silencio distinto. No incómodo, sino íntimo. Como si el aire se hubiera vuelto más denso entre Alejandro y yo.

Me miraba sin decir nada, con los hombros tensos, los ojos grises más oscuros de lo habitual. Había cansancio en su expresión, pero también algo nuevo. Algo que no le había visto antes. Alivio.

—No sabes lo que significa para mí oír eso —dijo por fin, con la voz baja —. Llevo toda la vida resolviéndolo todo solo.

Di un paso más hacia él.

—Pues ya no —respondí—. No, si no quieres.

No sé quién se movió primero. Solo sé que de pronto estábamos demasiado cerca para fingir que aquello seguía siendo una conversación profesional. Sentí su mano rozarme el brazo, como si dudara, como si se estuviera dando permiso a sí mismo.

—Clara… —murmuró.

Levanté la barbilla.

—Mírame —le pedí, y lo hizo.

Y en ese instante en sus ojos no había CEO. No había estrategia. Solo un hombre al límite, sosteniéndose a duras penas.

Lo besé yo.

Fue un beso lento al principio, contenido, casi inseguro. Como si los dos supiéramos que no era el momento, pero también como si supiéramos que era inevitable. Me respondió enseguida, con más necesidad que cuidado, atrayéndome hacia él, apoyándome contra su escritorio.

El mundo desapareció. Y entonces la puerta se abrió de golpe.

—¿Pero qué coño…?

Nos separamos bruscamente. Rafael Vega estaba en la puerta. Su cara era una mezcla de furia, incredulidad y desprecio. Nos miraba como si acabara de confirmar la peor de sus sospechas.

—Así que esto es —escupió—. Con razón habéis decidido venderme. Sois unos desagradecidos. Tú y tu hermano.

Alejandro dio un paso al frente, colocándose ligeramente delante de mí.

—No has sido vendido —dijo, frío—. Has sido descubierto.

—¿Descubierto? —continuó Rafael, señalándolo—. Jamás pensé que mis propios hijos me traicionaran de este modo.

Sus ojos se clavaron en mí entonces.

—Ahora lo entiendo todo —añadió con una sonrisa torcida—. Ya sabía yo que a la empresa no te importaba tanto. Prefieres encamarte con cualquiera que solo busca tu dinero.

El estómago se me encogió.

—No busco el dinero de nadie —respondí, firme, sin retroceder—. Y desde luego no necesito el suyo.

Alejandro se giró hacia él como una fiera contenida.

—No vuelvas a hablar así de mi mujer —dijo—. O te arrepentirás.

El silencio fue brutal.

—¿Tu… qué? —Don Rafael rio, incrédulo—. Esto sí que es el colmo. Voy a acabar con la empresa —amenazó—. Con todos vosotros.

—No vas a acabar con nada.

La voz de Rober llegó desde la puerta. Entró despacio, con una calma que contrastaba con el caos que acababa de estallar.

—Porque tú ya no tienes ningún poder aquí.

Don Rafael lo miró con odio.

—Yo te puse al mando y te puedo quitar cuando quiera. No olvides quién soy, Rober. *Híspalis* la puse yo donde está.

Rober sonrió y sacó un documento del interior de su chaqueta.

—Desde el momento en que me puso al frente de *Híspalis Global Tech*, tú quedaste completamente desvinculado de la gestión y del control de la

empresa. —Le tendió el papel—. Lo firmaste tú mismo, papá.

Don Rafael palideció mientras leía el papel.

—Eso no lo firmé yo. Eso no aparecía en la escritura.

—Sí aparecía —respondió Rober—. El abogado no lo mencionó porque sabía que, de hacerlo, tú no firmarías. Aun así, lo hiciste. Está registrado. Legalmente. Y es irrevocable.

Don Rafael los miró a los tres. A Alejandro. A mí. A su hijo mayor.

—Sois unos desagradecidos —dijo, con voz temblorosa de rabia—. Esto no se queda así. Os destruiré.

Y se fue.

Cuando el portazo resonó en todo el despacho, Rober se giró hacia Alejandro.

—No va a acabar con nada —dijo—. Antes de que termine la semana estará detenido por fraude.

Luego me miró a mí, asintió con respeto… y salió.

Alejandro y yo nos quedamos solos de nuevo, con el corazón aún desbocado.

El despacho quedó en silencio después de que Rober cerrara la puerta. Un silencio distinto al de antes. Más pesado. Más definitivo. Como si algo muy grande acabara de romperse y, al mismo tiempo, de colocarse en su sitio.

Alejandro seguía de pie, inmóvil, con la mirada fija en el punto exacto donde su padre había estado segundos antes. Tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados, pero ya no había rabia descontrolada en él. Había cansancio. Y algo que se parecía mucho a un final.

Me acerqué despacio.

—Alejandro…

Respiró hondo antes de mirarme. Cuando lo hizo, sus ojos grises estaban más claros. Más humanos.

—Lo siento —dijo—. No tenía que haberte expuesto a eso.

—No me has expuesto a nada —respondí—. He elegido estar aquí.

Me observó como si intentara grabar esa frase en la memoria.

—Gracias —añadió—. Por no salir corriendo. Por no dudar. Por estar a mi lado cuando todo esto se ha ido a la mierda.

Sonreí suavemente.

—Soy muy mala huyendo —bromeé—. Y soy bastante buena quedándome cuando importa.

Una sombra de sonrisa cruzó su rostro; entonces se acercó un poco más.

—No sabes lo solo que me he sentido todos estos años —admitió—. Ni lo mucho que significa que estés aquí ahora.

Levanté la mano y la apoyé en su pecho. Sentí su corazón latiendo fuerte, desbocado.

—Lo sé —susurré—. Y no pienso irme.

Sus dedos rodearon mi muñeca con cuidado, como si temiera romper algo frágil. Me atrajo hacia él despacio, sin prisas, como si el tiempo, por una vez, nos estuviera dando tregua.

—Clara… —murmuró—. Gracias por creer en mí incluso cuando todo lo que me rodea es una ruina.

—No creo en empresas ni en apellidos —le respondí—. Creo en ti.

Me besó, y esta vez no hubo urgencia ni choque. Fue un beso suave, profundo, lleno de promesas silenciosas. De esos que no necesitaban palabras porque ya lo habían dicho todo.

Apoyé la frente en su pecho cuando nos separamos, escuchando su respiración calmarse poco a poco.

—Esto no ha terminado —dije—. Habrá consecuencias. Prensa. Juicios. Daños.

—Lo sé.

—Y aun así…

—Aun así —repitió—, merece la pena.

Levanté la vista.

—¿Estás seguro?

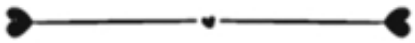
Alejandro me miró con una determinación tranquila.

—Por primera vez en mucho tiempo, sí.

Sonreí. Y en ese instante, entre papeles, decisiones difíciles y un pasado que por fin empezaba a cerrarse, supe que estábamos justo donde teníamos que estar.

No porque todo fuera fácil. Sino porque, por fin, era real.

Capítulo 28



Alejandro

Habían pasado dos semanas desde que Rober y yo nos enfrentamos definitivamente a nuestro padre. Dos semanas que parecían dos años. O dos vidas.

El circo mediático había sido inmediato y despiadado. Rafael Vega, fundador de *Híspalis Global Tech*, referente empresarial durante décadas, detenido por fraude cometido quince años atrás. Las portadas no hablaban de tecnicismos ni de contexto. Hablaban de caída. De traición. De hipocresía. De cómo el mismo hombre que había construido un imperio sostenible había decidido saltarse las reglas cuando le convenía.

No sentí alivio cuando lo vi esposado en las noticias. Tampoco satisfacción. Sentí algo más frío. Más definitivo. El final de todo.

Estaba a la espera de juicio, aunque nadie dudaba ya de que acabaría en prisión durante una larga temporada. Las pruebas eran sólidas. Demasiado sólidas, de hecho. Y por primera vez en su vida, mi padre no podía manipular nada. No tenía poder. No tenía control. No tenía a nadie dispuesto a cubrirle.

Mi madre había sido la primera en romper el último hilo.

Me llamó tres días después de la detención. Su voz sonaba tranquila. Cansada, pero firme cuando habló.

—Le he pedido el divorcio a tu padre.

No me sorprendió. Me dolió, sí. Pero también sentí un respeto profundo por ella. Había tardado quince años, pero por fin estaba haciendo algo solo para sí misma. El abogado de la familia llevaba ya los trámites. Separación de bienes. Protección patrimonial. Silencio absoluto frente a la prensa.

Ella no quería entrevistas. Ni declaraciones. Solo paz.

La empresa, por su parte, había sido sometida a un escrutinio exhaustivo. Registros. Inspecciones. Auditorías internas y externas. Durante días, *Híspalis Global Tech* se convirtió en un hervidero de trajes, carpetas y miradas tensas.

Yo no me escondí. Rober tampoco. Dimos la cara. Abrimos archivos. Facilitamos acceso. Permitimos que revisaran absolutamente todo. No porque confiáramos en el sistema, sino porque sabíamos que no había nada más.

Y no lo hubo.

El fraude había sido puntual. Aislado. No se había repetido. No formaba parte de una práctica continuada. Eso salvó a la empresa. Y, de algún modo retorcido, también confirmó algo que siempre supe: que el error había sido de un solo hombre.

Ahora, oficialmente, Rober y yo éramos los dos jefes. Sin sombras. Sin tutelas. Sin apellidos pesando más que los hechos. Mismas responsabilidades. Mismo poder de decisión. Y, por primera vez, una relación limpia entre nosotros, sin fantasmas sentados en la mesa.

Los proyectos con los ayuntamientos seguían adelante. Sevilla. Málaga. Ambos habían aguantado el golpe. Hubo dudas, llamadas tensas, exigencias adicionales. Pero también hubo confianza. Nuestra transparencia jugó a favor. Y no solo eso: ya había otros proyectos en marcha con ayuntamientos medianos que veían en *Híspalis* una empresa capaz de sostenerse incluso en crisis.

El negocio seguía vivo, y yo también.

A veces, al quedarme solo en el despacho al final del día, pensaba en lo cerca que habíamos estado de perderlo todo. En cómo quince años de silencio podían dinamitar un imperio entero. Y en lo irónico que resultaba que, al final, decir la verdad hubiera sido lo único que nos salvó.

Y entonces pensaba en Clara. En cómo había estado ahí desde el primer momento. Sin pedir explicaciones que no pudiera dar. Sin exigirme nada. Sosteniéndome sin asfixiarme.

Por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me parecía una amenaza.

Estaba sumido en los informes, revisando presupuestos y previsiones para los proyectos de Sevilla y Málaga, cuando la puerta de mi despacho se abrió con esa familiaridad que solo podía pertenecer a Rober. Entró con una sonrisa amplia, como si cargara consigo una buena noticia que no podía esperar ni un segundo más.

—¿Cómo ha ido? —pregunté, dejando el bolígrafo sobre la mesa y girándome hacia él.

Rober se acercó con pasos rápidos, casi saltando un poco de emoción contenida.

—Es un niño… y viene sanísimo —dijo, casi riéndose de la alegría que lo desbordaba.

No pude evitar sonreír. El peso de las últimas semanas desapareció un instante. Me levanté y lo abracé, fuerte, como si así pudiera transmitirle toda la felicidad contenida que llevaba dentro.

—¡Enhorabuena, hermano! —le dije, apretándole los hombros—. Ya tenemos un futuro heredero para *Híspalis*, ¿eh?

Rober soltó una carcajada, dándome un codazo en el hombro.

—No te emociones demasiado. Es mi hijo, no el tuyo… todavía —bromeó —. Pero sí, algún día heredará todo esto.

—Me alegro de verdad, Rober —susurré, con una sonrisa más tranquila, casi nostálgica.

Se separó unos pasos y se acomodó en la silla frente a mi mesa. La emoción aún brillaba en sus ojos, mezclada con orgullo y algo de ternura rara en él.

—Por cierto —continuó—, Noelia y yo queremos invitaros a ti y a Clara a cenar esta noche. También estará mamá. Queremos celebrar lo del bebé.

Asentí, sin perder detalle.

—Solo dime hora y lugar, y allí estaremos. —Mi voz sonó segura, firme.

—Perfecto, hermano —respondió—. Te avisaré cuando sepa en qué restaurante quedamos.

Se levantó y se dirigió a la puerta, pero se detuvo un segundo y se giró hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Por cierto… Noelia y yo estamos emocionados. Nunca pensé que esto pasaría tan rápido, pero es… es maravilloso.

—Sí —dije, bajando un poco la voz, más para mí que para él—. Lo sé.

—Me pilló por sorpresa, sí. Pero créeme, Alejandro… —Rober respiró hondo, más serio por un momento—. Estoy realmente feliz. Y con ella… —Hizo un gesto amplio, como abarcando algo invisible—, no pensé que me enamoraría así. Desde la primera noche fuera de la empresa… su risa, sus ojos… Todo empezó por casualidad, pero no he dejado de pensar en ella desde entonces. Incluso he pensado en pedirle que se case conmigo.

Sonreí ante su confesión, con la sensación de que finalmente, después de años de trabajo, de batallas familiares y traiciones, mi hermano había encontrado su lugar. Y yo, en cierto modo, podía sonreír de verdad por él.

—No me digas que se lo vas a pedir esta noche —bromeé, dejando escapar un pequeño suspiro.

—Pues no lo había pensado, pero… —dijo, riéndose—. ¿Qué mejor momento que esta noche? —me hizo un guiño y sonreí negando.

Lo dejé marchar con una sonrisa mientras me sentaba de nuevo. El despacho quedó en silencio, pero no un silencio vacío; era un silencio cargado de calma, de estabilidad, de la sensación de que, al fin, algo en nuestra vida empezaba a encajar.

Me recosté en la silla y pensé en Noelia, en cómo el embarazo había irrumpido en nuestras vidas con fuerza y sorpresa, pero también con alegría. Y luego en Clara, en lo cerca que estaba de mí, en cómo su apoyo había sido constante, silencioso, firme.

Por primera vez en mucho tiempo, podía pensar en el futuro sin miedo. Podía imaginarlo sin sombras. Porque no solo mi hermano y su hijo tenían un camino por delante. Nosotros también lo teníamos. Y estaba decidido a no perderlo.

Volví a sumergirme en los informes y previsiones, repasando cifras y contratos de los ayuntamientos, cuando el sonido del teléfono me sacó de la concentración. Un mensaje de Clara apareció en la pantalla.

Clara: *Noelia y Rober nos han invitado a cenar esta noche para celebrar lo del bebé.*

No pude evitar sonreír. Sí, ya lo había adelantado Rober un rato antes en mi despacho, pero leerlo de Clara me hizo sentir otra vez esa cercanía que solo ella conseguía.

Escribí de vuelta.

Alejandro: *Eso me ha dicho a mí Rober. Estoy esperando que me diga sitio y hora.*

Poco después, ella volvió a escribir.

Clara: *¿No crees que deberíamos comprarle algo? Digo, él es tu sobrino biológico y yo su tía postiza por parte de madre…*

Solté una carcajada mientras apoyaba la cabeza en la silla. Ese comentario llevaba toda la picardía de Clara, siempre metiendo humor incluso en los momentos más familiares.

Alejandro: *Compra lo que quieras y cárgalo a mi tarjeta.*

No tardó en replicar, con ese tono que solo ella podía manejar, mitad bromista, mitad descarado.

Clara: *En serio, esto de estar liada con un millonario es un chollazo, ¿eh?*

Reí de nuevo, con ganas, dejando que su broma flotara en el despacho. No necesitaba dinero, ni lujos; lo decía porque confiaba en que yo sabía que ella no estaba interesada en mi dinero. Clara era Clara: brillante, independiente, impredecible… y completamente mía, aunque aún no lo hubiera admitido del todo.

Dejé el teléfono a un lado y volví a mirar los informes, pero mi mente ya no estaba del todo allí. Pensaba en ella, en su risa, en su forma de mirar el mundo y, sobre todo, en cómo había entrado en mi vida y la había cambiado sin permiso.

Por primera vez desde que todo había empezado entre nosotros, habiendo pasado por los enfrentamientos familiares, las tensiones en la empresa, el escándalo del fraude y la caída de mi padre, me reconocí enamorado. Sin dudas, sin miedos, sin excusas. Y lo más importante: no pensaba perderla.

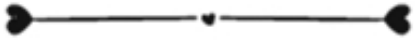
Dejé escapar un suspiro profundo, con una sonrisa tranquila. Pensar en Clara como mujer y como compañera me daba paz, una sensación que llevaba demasiado tiempo sin experimentar. Sabía que cualquier obstáculo que se interpusiera en nuestro camino sería pequeño comparado con lo que habíamos superado.

El reloj marcaba la tarde, y la cena con mi hermano, mi madre, Noelia y Clara sería un buen momento para cerrar esta semana de tensiones y empezar a disfrutar de los pequeños momentos. Por primera vez, podía imaginar un futuro lleno de cosas buenas, sin secretos, sin traiciones, solo con familia, amor y estabilidad.

Sonreí de nuevo y, mientras recogía mis cosas para salir del despacho, pensé que esta noche no solo celebraríamos lo del bebé mi hermano, sino todo lo que habíamos ganado juntos, y todo lo que aún estaba por venir.

Y, en el fondo, sabía que Clara sería parte de ese futuro, de cada triunfo y de cada risa, porque no solo la quería a mi lado, sino que la necesitaba, para siempre.

Capítulo 29



Clara

Llegué al restaurante en un taxi, con el corazón latiéndome a mil por hora. La lluvia suave mojaba las aceras, dejando un aroma a azahar que me recordó que, aunque el invierno podía ser frío, la ciudad seguía viva, vibrante, llena de posibilidades. Pagué y bajé del taxi, dejando que mis pensamientos se arremolinaran. Me había retrasado, sí, lo sabía, pero no demasiado. Solo un pequeño percance en casa: el tacón del zapato se había roto justo antes de salir y tuve que cambiarlos por otros que conjuntaran con el vestido que había escogido.

Al entrar, los vi a todos en la barra: Rober, con esa sonrisa amplia y despreocupada que siempre conseguía ponerme en calma. Noelia, elegante y con la mano sobre el vientre, pero sonriendo de oreja a oreja. Alejandro, de pie, serio y elegante como siempre, pero con los ojos que, cuando me vieron, se suavizaron de inmediato. Finalmente, Elvira, la madre de los hermanos Vega, que siempre que me veía me trataba con un cariño cálido y genuino que hacía que me sintiera en casa al instante.

—¡Clara! —exclamó Noelia, levantando una ceja y casi riéndose—. Ya pensaba que no ibas a venir.

—Tuve un pequeño percance en casa —respondí, con media sonrisa—. Nada grave, pero me retrasé un poco.

Saludé a todos, dándoles un abrazo. La calidez de Elvira me envolvió primero; me besó en la mejilla y susurró unas palabras llenas de cariño, y yo

sentí un alivio inmediato al estar allí, rodeada de ellos, en esta celebración que prometía ser especial.

Entonces, Alejandro se inclinó hacia mí y me besó. Su beso fue una mezcla perfecta de ternura y pasión, esa combinación que solo él sabía darme y que siempre conseguía desarmarme. Mis manos se apoyaron suavemente en su pecho mientras su abrazo me hacía sentir segura, protegida y deseada al mismo tiempo.

—Si seguís así —dijo Noelia, divertida, interrumpiendo nuestra burbuja de afecto—, nuestro hijo va a tener un primito antes de lo previsto.

Abrí los ojos de par en par, sorprendida. Alejandro, a mi lado, parecía entrar en modo pánico, la mandíbula tensa y los ojos más grises de lo normal. Por un momento, todo a mi alrededor desapareció y solo lo observé a él, pensando que quizá Alejandro no quería tener hijos, o al menos no quería pensarlo todavía.

No podía dejar de sonreír ante la situación, aunque por dentro un pequeño nudo de curiosidad y picardía se formara en mi estómago. Lo miré, y en sus ojos vi un brillo de preocupación mezclado con algo que parecía… diversión reprimida.

Respiré hondo, dejando que la risa de Noelia rompiera cualquier tensión, y me di cuenta de que esa noche prometía ser memorable, llena de sorpresas y emociones que no había anticipado. Entre miradas y risas, supe que, por primera vez en mucho tiempo, la noche nos pertenecía solo a nosotros y a la felicidad que estábamos construyendo juntos.

La comida comenzó entre risas y bromas desde el primer momento. La atmósfera estaba llena de alegría contenida y charlas animadas, con el tintineo de las copas de vino como banda sonora. Noelia no dejaba de lanzarme miradas cómplices, mientras Rober intentaba contar sus anécdotas con exageraciones tan exageradas que todos estallábamos en carcajadas.

—¡Brindemos por el bebé! —exclamó Noelia, levantando su copa de agua con una sonrisa que le iluminaba la cara—. Que traiga alegría y travesuras a nuestra familia.

—Que no se puede brindar con agua —le dije, volteando los ojos.

—Pues ya me dirás con qué brindo yo, que no puedo beber alcohol —resopló.

—Con zumo, por ejemplo, pero no con agua.

—Da igual, que brinde por lo que quiera, mientras lo haga por mi nieto —comentó Elvira, y ahí todos sonreímos.

Chocamos nuestras copas, y un calor agradable se extendió por mi pecho. Miré a Alejandro, que mantenía la compostura habitual, pero sus ojos brillaban con una emoción que no podía ocultar. Sonreí para mí misma. Verlo así, relajado, feliz, era un regalo inesperado.

La conversación derivó hacia los nombres.

—Me gustaría llamarle Carlos o Carlo —dijo Noelia, pensativa—. Como Clara va a ser la madrina, quiero que tenga un nombre bonito, significativo.

—Yo quería ponerle Alejandro —intervino Rober con una sonrisa torcida —. Como su padrino.

—¡Pues ponerle los dos! —dijo Elvira, con su habitual sabiduría y tono firme—. Que tenga lo mejor de cada uno.

—Mamá, si le llaman Carlos Alejandro, va a parecer el personaje de una telenovela —protestó Alejandro, entre divertido y horrorizado.

—Entonces lo mejor es que lo echéis a suertes, como hice yo con vuestros nombres —replicó ella sin inmutarse—. Que sea lo que Dios quiera.

Rober frunció el ceño, intrigado.

—¿De verdad, mamá? ¿Nuestros nombres fueron por sorteo?

—Sí —dijo Elvira—. Porque tu padre quería que tú te llamases como tu bisabuelo y tu abuelo, Epifanio, y Alejandro como su hermano, Eulogio. Yo no iba a poner esos nombres a mis hijos, así que pensé en dos para ti: Roberto y

Alejandro. El primero que salió fue Roberto, y el segundo se quedó para un posible segundo hijo… y aquí estamos.

—Entonces, a suertes —dijo Noelia, sacando una moneda de su bolso—. Cara, Carlos; cruz, Alejandro.

Lanzó la moneda, y todos seguimos su trayectoria con la vista. La moneda cayó al suelo y comenzó a rodar, hasta detenerse a los pies de una niña que pasaba cerca. La pequeña la recogió y me miró curiosa. Me agaché, extendiendo la mano.

—Puedes quedártela, pero solo si me dices qué parte estaba boca arriba: cara o cruz.

La niña me mostró la moneda. Era cara. Sonreí, devolviéndole la moneda y dejándola marchar con un "Gracias, bonita". Me incorporé y volví a la mesa, mirando a todos.

—Felicidades, vuestro hijo se va a llamar Alejandro.

Noelia arqueó una ceja y me lanzó una sonrisa cómplice, negando con la cabeza, porque nos conocíamos demasiado bien para que esa coincidencia pasara desapercibida.

El ambiente estaba lleno de emoción y risas, y mientras todos brindábamos de nuevo, supe que aquel momento se quedaría grabado en mi memoria para siempre. Entre las bromas, las decisiones familiares y la alegría por el futuro bebé, la noche prometía sorpresas todavía más dulces.

La comida ya había alcanzado un punto de euforia con el que ninguno había contado, entre risas, brindis y anécdotas de todos los colores, cuando Rober se aclaró la garganta y pidió la palabra. Inmediatamente, el bullicio disminuyó, y todos giramos la vista hacia él, curiosos. Su sonrisa tenía un brillo especial, como si escondiera algo que llevaba mucho tiempo planeando.

—Hay algo que quiero hacer —dijo, con un gesto que indicaba que lo que venía no era una broma—. Noelia… —sacó del bolsillo una pequeña cajita negra que relucía bajo la luz del restaurante—. ¿Quieres casarte conmigo?

El mundo pareció detenerse por un instante. La mirada de Noelia se abrió de par en par, y sus manos temblaron ligeramente mientras sus labios se entreabrían, incapaces de decir nada al principio. Todos contuvimos la respiración, y yo, desde mi sitio, sentí un nudo en la garganta. No era un momento mío, pero la emoción de verlo me hizo sonreír como una tonta.

Finalmente, su voz emergió, firme y clara:

—¡Sí! —dijo—. ¡Sí, quiero casarme contigo!

Un aplauso general llenó la sala, mientras todos nos levantábamos a celebrarlo. Las lágrimas de alegría rodaban por las mejillas de Elvira, y Alejandro sonrió ampliamente, mirándome con un brillo travieso en los ojos que me hizo reír.

Entre abrazos, felicitaciones y más brindis, sentí cómo Alejandro se inclinaba hacia mí, tan cerca que casi podía sentir su aliento. Y entonces susurró, con esa voz grave que me atravesaba el pecho:

—Clara… ¿Tú también querrás algún día casarte conmigo?

Mi mente buscaba la respuesta perfecta, juguetona y un poco atrevida, y no pude evitar sonreír.

—Echémoslo a suertes —contesté y se rio suavemente.

Y sin pensarlo dos veces me abrazó con fuerza, envolviéndome en su calor, y luego me besó, un beso profundo y lleno de promesas, donde se mezclaban la pasión, la ternura y la seguridad que solo él podía transmitirme.

Nos separamos un instante, y supe que lo que iba a decirme era importante por cómo le brillaban los ojos.

—Te quiero más de lo que ni yo mismo pensé que podría —susurró, con una sinceridad que me estremeció.

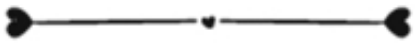
Sonreí, incapaz de contenerme, y lo volví a besar.

En ese beso sentí todo lo que había pasado entre nosotros, todo el camino recorrido, las tormentas, los secretos, las emociones contenidas. Y pensé que sí, que Cupido me la iba a pagar, pero esa noche él acababa de cobrársela con creces.

Alrededor, la celebración continuaba, con risas, brindis y el bullicio cálido de una familia creciendo, y yo me sentía afortunada, más que nunca, por estar allí. Entre Alejandro y Rober, entre Noelia y el futuro bebé, entre mi risa y la suya, entendí que los momentos más importantes no se planeaban, se vivían, y esta noche era un perfecto ejemplo.

Me apoyé en el hombro de Alejandro, sintiendo su corazón latiendo al compás del mío, y pensé que, después de todo lo que habíamos pasado, por fin estábamos exactamente donde debíamos estar: juntos, felices y listos para lo que viniera.

Capítulo 30



Alejandro

Habían pasado seis meses desde aquella noche en la que Rober le pidió matrimonio a Noelia, y desde entonces, todo parecía haber encajado de una manera extraña y perfecta.

Era sábado y Clara y yo estábamos en mi chalet. Como de costumbre en los últimos meses, se había venido el día anterior para pasar el fin de semana juntos y en ese preciso instante nos encontrábamos en un momento de intimidad que podía definirse como intenso, apasionado, cargado de deseo y de una sensualidad que me hacía perder el aliento.

La veía allí, tan hermosa, su piel dorada brillando a la luz tenue de la lámpara, sus ojos azules llenos de fuego y complicidad. Cada curva de su cuerpo me recordaba lo mucho que la amaba. Y un pensamiento me recorría la mente una y otra vez: llevaba seis meses resistiéndose a mudarse conmigo, a hablar de boda y, sin embargo, cada instante juntos era una prueba de que el amor podía ser más poderoso que cualquier miedo o excusa.

Su melena oscura caía desordenada sobre mis hombros mientras nos entregábamos al momento, y mi mente no dejaba de recorrerla, de memorizarla, de amarla con cada respiración compartida. Era imposible no perderse en ella, en la forma en que su cuerpo respondía al mío, en cómo su risa y sus suspiros llenaban el silencio del chalet.

De repente, mi móvil sonó sobre la mesilla. Intenté ignorarlo; estábamos en nuestro mundo, y no permitiría que nada nos sacase de él. Sonó de nuevo,

insistente, y lo ignoré otra vez, dejando que nuestra entrega no se viera interrumpida. Entonces, escuché a Clara murmurar cuando sonó el suyo:

—Puede ser algo urgente…

Ella cogió su móvil y vio el nombre en la pantalla. Su respiración se volvió contenida, y pude notar cómo su cuerpo se tensaba levemente.

—Es tu madre… —me dijo, controlando su voz.

Suspiré y me dejé caer sobre la cama, dejando que mi cabeza descansara sobre la almohada mientras mi corazón no dejaba de latir con fuerza. Clara respondió:

—Hola, Elvira. Sí… sí, estoy con Alejandro…

De repente, su voz se elevó, llena de urgencia.

—¿Qué? ¡Sí, sí! ¡Ahora mismo vamos para allá!

Colgó el teléfono y cuando me miró, vi que sus ojos brillaban con emoción contenida.

—Noelia se ha puesto de parto —dijo, y su sonrisa era una mezcla de alegría y tensión.

Resoplé, apoyándome sobre los codos y mirándola con una mezcla de incredulidad y risa contenida.

—Ya odio a este sobrino que está a punto de llegar —murmuré, y ella rio, acercándose a mí para darme un beso rápido, antes de que tuviéramos que salir corriendo.

Nos vestimos deprisa, apenas cruzando miradas entre risas nerviosas y besos apresurados. Clara era un torbellino incluso cuando se vestía a toda prisa, y yo no podía dejar de admirarla mientras se ponía la chaqueta y se ponía los zapatos con esa gracia que parecía imposible de imitar.

Salimos del chalet y nos montamos en mi coche, y durante el trayecto hasta el hospital, el silencio se llenó de pensamientos que no podía callar.

Seis meses habían bastado para que conociera a Clara de una forma que jamás imaginé posible: conocía su risa, sus pequeñas manías, sus secretos más disparatados… y ahora también estaba entrando en su familia.

Pensé en sus padres, en Inés, en cómo todos me habían recibido con tanto cariño desde el primer momento. Recordé una conversación divertida con su hermana pequeña sobre los exámenes de psicología y lo mucho que parecía disfrutar de la vida, y también una charla más profunda con su padre sobre decisiones difíciles y la forma en que él siempre supo escucharla, cómo la admiraba por su inteligencia y su coraje.

Mientras conducía, no podía dejar de pensar en lo que había estado guardando durante dos meses: el anillo que había comprado para ella. Un anillo de oro blanco con un diamante en el centro, brillante y perfecto, esperando el momento adecuado. Nunca lo había sacado, porque cada vez que mencionaba la palabra boda, Clara se reía y decía que eso “no era para ella”.

El tráfico era mínimo, pero el trayecto me pareció eterno. Cada semáforo, cada curva me hacía pensar en lo mucho que la amaba, en lo perfecta que era para mí y en lo absurdo que era querer protegerla de todo, incluso de mi propio deseo de atarla a mí de alguna manera. La veía a mi lado, concentrada, con las manos entrelazadas sobre el regazo, y sentí que nunca podría dejar de mirarla.

Al llegar al hospital, mi madre estaba esperándonos en la entrada. Su abrazo fue inmediato, cálido y reconfortante, y pude notar cómo su emoción contenía un matiz de orgullo y cariño por todos nosotros. La presión del momento parecía mezclarse con una calma inesperada.

Entramos y nos dirigimos a la sala de espera, y las horas comenzaron a pasar. La espera fue larga, llena de pequeñas charlas con mi madre y miradas cómplices entre Clara y yo. Sin embargo, mis pensamientos no dejaban de vagar: en esos meses había aprendido tanto sobre ella, sobre nosotros, sobre cómo se podía amar a alguien con todo lo que uno tenía y, aun así, respetar sus tiempos.

Recordé cómo conocí a sus padres: la calidez de Rosa, la serenidad de Antonio, y cómo ambos habían sabido aceptar mi presencia sin reservas. La relación con Inés me había dado momentos de ternura inesperados. Cada recuerdo reforzaba lo que ya sabía en lo más profundo de mi ser: la amaba, de una manera que no se podía medir, que no se podía racionalizar.

Y mientras miraba a Clara junto a mí, sentada con las manos cruzadas, con su respiración tranquila pero intensa, supe que ese momento, esa espera, era un recordatorio de lo que la vida nos había dado. Familia, amor y la promesa de un futuro que hasta entonces había sido impensable.

Después de horas interminables de espera, finalmente apareció mi hermano Rober. Lo vi entrar sonriente, con esa mezcla de orgullo y alivio en el rostro que siempre lo caracterizaba, y supe de inmediato que todo había salido bien.

—¡Es un niño perfecto! —exclamó, y su voz se llenó de emoción.

Sin perder tiempo, nos dirigimos todos hacia la habitación donde Noelia descansaba con nuestro pequeño sobrino. Al abrir la puerta, la luz del hospital bañaba la estancia y vi a Noelia, cansada pero radiante, sonriendo a pesar del esfuerzo.

—Nena, estás hecha un desastre —le dijo Clara, acercándose y abrazándola.

Ambas se rieron, y yo sentí un calor profundo al ver la complicidad entre ellas. Noelia, con los ojos llenos de ternura, le dijo que pronto le tocaría a ella vivir algo similar, y Clara respondió con cara de terror:

—¡Dios me libre de pasar por ese dolor! —dijo, y todos nos echamos a reír.

Rober nos fue pasando al bebé, uno por uno, y cuando le llegó el turno a Clara, ella lo sostuvo con cuidado, como si temiera romperlo, y luego lo miró con el corazón lleno.

—Es precioso —susurró, acariciando la pequeña carita del niño—. Ya te amo con todo mi corazón. Voy a ser la mejor tía postiza del mundo, y siempre podrás contar conmigo.

Noelia sonrió y añadió, con un guiño:

—Te queda muy bien el bebé.

Yo me acerqué a Clara, sonriendo, y Noelia amplió su sonrisa antes de volver a hablar.

—Y a ti también te queda muy bien. —Clara me miró y sonrió, y Rober intervino, señalando al bebé.

—Os queda muy bien a los dos. Y el pequeño Alejandro necesitará un compañero de aventuras pronto.

Clara negó con la cabeza, divertida, y yo no pude evitar sonreír.

—No será porque no lo intentamos —dije, y la besé en la frente antes de mirarla fijamente.

Entonces saqué la cajita con el anillo. Su rostro cambió al instante: sorpresa, emoción, incredulidad. Me arrodillé frente a ella, sosteniendo el diamante entre mis manos y viéndola contener las lágrimas.

—Quiero que nos casemos, pequeña —dije, con firmeza—, y esta vez no voy a aceptar un no.

Clara lloraba sin querer, miró al bebé y luego me miró a mí, con una mezcla de amor y resignación divertida.

—Esto hay que echarlo a suerte, que ya te lo dije —contestó entre lágrimas —. Si el bebé sonríe, es que sí, me caso contigo. Si llora… pues es que no.

Miró de nuevo al bebé, le acarició la carita y le preguntó:

—A ver, Alejandro, mi niño, ¿tú quieres que sea tu tía de verdad?

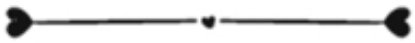
El bebé la miró y luego pareció sonreír, y Rober exclamó.

—¡Mi hijo ha sonreído, así que sí, hermano, te vas a casar!

Clara empezó a protestar en broma, mientras yo me levantaba, la rodeaba con mis brazos y le deslizaba el anillo en el dedo. La miré a los ojos, y supe que esa vez no habría escapatoria: ella y yo estábamos destinados a este momento, al amor, a la familia que habíamos construido juntos, y a las aventuras que aún nos esperaban.

Mientras la besaba suavemente, pensé en lo irónico que era: el tiempo, los miedos, la resistencia, todo había acabado llevándonos al lugar exacto donde debíamos estar. Clara, con lágrimas de felicidad, se abrazó a mí, y supe que Cupido, definitivamente, me había lanzado meses atrás una flecha directa al corazón que nunca me podría arrancar.

Capítulo 31



Clara

Aquella mañana me desperté con el corazón latiéndome a mil, pero con una sonrisa tonta dibujada en la cara.

Hoy era nuestro día, el día que, después de meses de idas y venidas, de amor intenso y de locuras compartidas, por fin nos casaríamos Alejandro y yo.

Tres meses habían pasado desde que nos comprometimos oficialmente, y esos meses habían sido una montaña rusa: vivir juntos en su chalet, despertar cada mañana con él a mi lado, descubrir sus pequeñas manías y dejar mi propio chalet a Inés para que tuviera su independencia, algo que me hacía feliz y me daba cierta paz económica y mental.

Mientras me preparaba, no pude evitar recordar todos esos momentos de los últimos meses. La rutina compartida, los desayunos con café en la terraza acristalada, las tardes de risas con él en el salón, los planes a medias y los secretos guardados que ya no eran secretos. Me sentía afortunada y un poco nerviosa y, como siempre, rebelde a mi manera: no había dudas de que este día sería tan perfecto como caótico.

El primer momento emotivo del día lo tuve con Inés. Mientras me ayudaba a colocar mi vestido y ajustaba los últimos detalles, nos sentamos juntas frente al espejo.

—Hermana… —dijo con los ojos brillantes—, no puedo creer que de verdad te cases.

—Ni yo —contesté, intentando sonar firme mientras sentía que se me hacía un nudo en la garganta—. Pero, ¿sabes qué? Estoy feliz. Más que nunca. Y me alegro de que estés a mi lado, porque eres la mejor hermana del mundo.

Nos abrazamos y nos reímos cuando accidentalmente tiré la tiara al suelo y casi la rompo. Ella soltó una carcajada que me hizo sentir que todo el estrés de la boda se evaporaba. Entre risas, lágrimas contenidas y algún tirón de pelo de la melena rebelde, supe que aquel instante sería uno de los que recordaría toda mi vida.

Luego llegó el momento con mi madre, Rosa, que apareció en mi habitación con los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas. Me abrazó con fuerza, como si quisiera guardar todo el tiempo que habíamos pasado separadas en un solo abrazo.

—Mi niña… —susurró—. Te veo hoy y no dejo de pensar en la bebé que fuiste y en la mujer que eres ahora… y en Alejandro, claro. Menudo hombre te ha tocado.

Nos reímos entre lágrimas, mientras ella no dejaba de acariciarme la cara y de ajustar el velo, murmurando comentarios divertidos sobre los tacones imposibles y la liga que me tocaba llevar bajo el vestido.

No pasó mucho antes de que llegara Noelia, impecable como siempre, con su sonrisa y un guiño travieso. Me abrazó y me dijo:

—Prometo portarme bien hoy… al menos delante de los invitados. Mírate, eres la novia más guapa que he visto en mi vida. Bueno, la segunda, que yo estaba espectacular el día de mi boda.

—Ah, ¿sí? ¿Ya no dices que parecías una foca con la barriga? —arqueé la ceja recordando aquel momento de su gran día, puesto que estaba embarazada y, según ella, se veía feísima.

—No, estaba espectacular porque me casaba con el hombre al que amaba, que me amaba, y llevaba a nuestro bebé conmigo —hizo un guiño y nos abrazamos.

Y entonces llegó el momento más intenso, más emotivo y, quizá, más aterrador, el que compartí con mi padre, Antonio.

Cuando me vio entrar con el vestido, se le quebró la voz y sus ojos se llenaron de lágrimas. Me abrazó con fuerza, casi sin palabras, y pude sentir cómo contenía toda su emoción.

—Clara… —dijo, con la voz rota—. No sabes lo orgulloso que estoy de ti. Me has enseñado más de lo que yo podría haberte enseñado a ti… y verte así, a punto de casarte con un hombre que te hace feliz, me llena de un orgullo que no puedo describir.

Lo abracé con todas mis fuerzas, sintiendo un torrente de emociones recorrerme: amor, miedo, alegría, nostalgia… y una certeza absoluta de que, a su lado, siempre tendría un refugio.

Tras esos momentos, respiré hondo y sentí que todo estaba en su lugar: mi familia, mis amistades, Alejandro y yo. Tres meses, muchas aventuras y risas compartidas, y ahora, aquel día, parecía un capítulo perfecto esperando a escribirse.

La ceremonia fue todo lo que había imaginado… y mucho más. El lugar estaba decorado con sencillez y elegancia: flores blancas, velas en los pasillos y una luz cálida que parecía envolvernos en un halo de intimidad y magia.

Mientras caminaba hacia Alejandro, sentí que el mundo se reducía a sus ojos grises, que me miraban con una mezcla de ternura, orgullo y amor tan intensa que me hizo temblar.

Recordé todos esos meses compartidos, cómo habíamos aprendido a vivir juntos, a conocernos en las pequeñas cosas, a reírnos de nuestros defectos y a amarnos con los aciertos y errores incluidos. Y ahora, allí estaba él, mi marido a punto de serlo oficialmente, y yo con el corazón a punto de estallar.

Cuando llegué a su lado, Alejandro me cogió la mano y me sonrió, ese gesto que siempre lograba desarmarme. Su voz, profunda y firme, resonó mientras pronunciaba sus votos.

—Clara… cada día contigo ha sido un regalo. Me enseñaste a dejar de controlar el mundo y simplemente disfrutar de la vida, del amor, de ti. Hoy te prometo cuidarte, respetarte, reír contigo, llorar contigo y amarte más allá de mis miedos, mis silencios y mis errores. Eres mi vida, mi todo.

Se me escapó una lágrima antes de poder contenerla, y respondí con voz temblorosa:

—Alejandro… tú eres mi equilibrio, mi locura perfecta, mi refugio y mi hogar. Hoy te elijo a ti, no solo como mi marido, sino como mi compañero, mi confidente y mi amor. Prometo reír contigo, sostenerte, desafiarte, mimarte y quererte más de lo que jamás creí que alguien pudiera amar.

Cuando nuestros labios se encontraron, los aplausos y vítores de los invitados nos envolvieron como un cálido abrazo. Fue un beso largo, lleno de promesas, de intensidad, de pasión contenida y liberada a la vez. En ese instante, supe que todo lo vivido había valido la pena, y que aquel día marcaría el inicio de nuestra vida juntos.

Después, durante la celebración, la emoción se multiplicó. La madre de Alejandro, Elvira, nos abrazó mientras sostenía en brazos al hijo de Rober y Noelia. Su sonrisa cálida, sus ojos brillantes y la forma en que miraba a su nieto y a nosotros me hicieron sentir que estábamos formando una familia completa, sólida y llena de amor.

—Os deseo toda la felicidad del mundo —nos dijo—. Y ahora, disfrutad de cada segundo, porque estos momentos se recuerdan para siempre.

Todos se acercaron a felicitarnos, a abrazarnos y a reír juntos. Entre brindis, risas y palabras cálidas, sentí que cada minuto estaba lleno de significado. Cada conversación, cada gesto, cada mirada… todo me recordaba por qué había elegido a Alejandro, por qué él me había elegido y por qué juntos éramos invencibles.

Me acerqué a la madre de Alejandro y le susurré:

—Es un día precioso… y tu nieto es perfecto.

—Y vosotros también —me respondió con cariño—. Esto es solo el comienzo.

La mirada de Alejandro se cruzó con la mía varias veces durante la celebración, y en cada cruce sentí que nos entendíamos sin necesidad de palabras. Cada gesto suyo me recordaba los meses de espera, de risas y de pasión compartida. Sonreí, consciente de que aquel día estaba lleno de amor en todas sus formas: romántico, familiar, sincero y eterno.

Las horas pasaban entre risas, brindis y conversaciones interminables. No dejábamos de movernos de mesa en mesa, abrazando a familiares, colegas y amigos, sintiendo que aquel día no era solo nuestro, sino de todos los que nos querían. Cada sonrisa, cada abrazo, cada mirada cómplice con Alejandro me recordaba por qué habíamos esperado tanto para este momento: porque valía la pena cada segundo de locura y paciencia.

Cuando llegó la hora del baile, mi corazón latía con fuerza. Alejandro me cogió de la mano y me condujo al centro del salón, donde la pista estaba iluminada suavemente. Pero justo cuando esperábamos que sonara alguna canción por los altavoces, apareció la sorpresa: Noelia e Inés, con un micrófono en la mano cada una, sonriendo con complicidad.

—Queremos desearos mucha felicidad y una vida llena de amor —dijeron al unísono—. Y esta canción va por vosotros.

Nos miramos Alejandro y yo, incrédulos y riéndonos a carcajadas. No podía ser más perfecto. Cuando empezaron a cantar *"Eres tú"* de Mocedades, la sala se llenó de música y emoción. Sus voces armoniosas y llenas de cariño nos envolvieron, y en ese momento, me di cuenta de que no había plan ni coreografía que superara la autenticidad de aquel gesto.

Me aferré a Alejandro mientras nos movíamos lentamente al compás de la música. Su mano en mi cintura, la mía sobre su hombro y nuestros cuerpos sincronizados como si lleváramos bailando juntos toda la vida.

—Te amo —le susurré al oído.

Y él me respondió, con esa voz profunda que siempre conseguía estremecerme:

—Y yo a ti, Clara. Más de lo que jamás imaginé posible.

Nos besamos, entre el calor de los aplausos y las sonrisas de nuestros invitados, y me dejé llevar por la sensación de estar exactamente donde debía estar: en sus brazos, en nuestro día, en nuestra vida.

Mientras girábamos, me sorprendí pensando en todo lo que habíamos pasado: las discusiones por tonterías, los retos del trabajo, los momentos de pasión y los silencios llenos de miradas cómplices. Todo nos había traído hasta este instante.

Alejandro me miró fijamente, con los ojos brillantes y esa expresión de asombro y amor que siempre me dejaba sin aliento. Le sonreí y sentí que el tiempo se detenía.

—Nunca pensé que podría ser tan feliz —susurré, rozando sus labios con los míos.

—Y yo nunca pensé que alguien podría enamorarme tanto —me respondió, besándome con ternura, mientras girábamos de nuevo al compás de la canción.

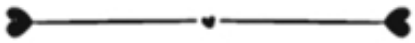
Cada nota parecía estar dedicada a nosotros, a nuestra historia, a la manera en que nos habíamos encontrado y construido un amor que desafiaba todas las expectativas. Mientras bailábamos, pensé en cómo Cupido, con sus flechas imposibles, había logrado finalmente que mis paredes se derrumbaran y que Alejandro, con toda su seriedad y control, me dejara entrar completamente en su vida.

La canción terminó, pero seguimos abrazados, riendo, besándonos y disfrutando de la sensación de estar completamente enamorados y completamente vivos.

Miré a mi alrededor y vi a todos sonriendo, a Noelia y Rober felices con su hijo, a Elvira sonriente con su nieto y por la felicidad de sus dos hijos, a mis padres radiantes de orgullo, y a Inés feliz por nosotros. Era un día perfecto, un baile perfecto, un amor perfecto.

Y mientras Alejandro me besaba suavemente en la frente, pensé que esta era nuestra historia… y sería eterna.

Epílogo



Alejandro

Seis años habían pasado desde aquel día inolvidable en que Clara y yo nos prometimos amor eterno frente a nuestra familia y amigos. Seis años que habían sido un torbellino de emociones, cambios y decisiones, de retos laborales y personales, pero sobre todo de amor.

No era exagerado decir que aquellos años habían sido los más completos y felices de mi vida. Cada vez que miraba a Clara, a nuestros hijos o incluso a la familia que nos rodeaba, sentía una gratitud profunda, una paz que antes me parecía imposible.

Recordaba con claridad cómo habían sido esos primeros meses tras la boda. Tres meses después, Clara me había dado la noticia de que estaba embarazada de nuestro primer hijo. Fue en nuestro primer fin de semana tranquilos en el chalet, un momento que recordaría siempre: ella sonreía con esa mezcla de orgullo y miedo, y yo simplemente me quedé mirándola, sin palabras, sintiendo cómo el mundo se detenía un instante. Nunca olvidaré cómo se iluminó su rostro cuando le pregunté: “¿Estás segura?”, y ella, entre risas y lágrimas, asintió. Desde entonces, supe que nuestras vidas cambiarían para siempre.

Seis meses más tarde, Paula llegó a este mundo, pequeña, pero con una presencia tan potente que no podías dejar de mirarla. Tenía los ojos azules de su madre y una energía indomable que ya insinuaba que no se dejaría amedrentar por nadie.

Aún recordaba la primera vez que la sostuve: me temblaban las manos, y en mi interior una mezcla de miedo y amor absoluto me mantenía alerta, consciente de que aquel ser diminuto sería la responsabilidad más hermosa y grande de mi vida.

Rober y Noelia también habían tenido a Carlos, que ahora tenía cuatro años, un niño travieso, risueño y despierto, que se había convertido en inseparable de Paula. Ambos primos corrían por el jardín, peleando por juguetes, compartiendo secretos infantiles y riéndose de manera contagiosa.

Y dos años después, llegó Adrián, nuestro segundo hijo, que ahora tenía tres años. Con los ojos grises como los míos y la sonrisa de Clara, era una mezcla perfecta de ambos y, con su carácter dulce y travieso, completaba nuestra familia de manera impecable.

Aquel domingo, el salón de nuestra casa era un caos inevitable. Paula construía torres con bloques de colores mientras Adrián intentaba derribarlas con una risa contagiosa. Clara estaba sentada en el sofá, con una taza de café y una sonrisa que me hacía derretir.

—Papá, papá, mira lo que he hecho —gritó Paula, levantando orgullosa su torre de bloques.

—¡Es enorme! —exclamé, inclinándome para admirar la creación—. ¡Casi tan alta como tú!

Clara rio y me lanzó una mirada cómplice.

—Cuidado, que si sigues así, Adrián se va a poner celoso.

Adrián, escuchando nuestras palabras, corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—¡Papá, yo también quiero construir!

Nos reímos los tres y Clara se levantó para unirse al juego. Sus manos, al tacto, tenían la suavidad de siempre, y sus risas eran un recordatorio constante de que ella seguía siendo la misma mujer que había conquistado mi corazón

años atrás. A pesar de que la conocía desde hacía mucho, cada día encontraba algo nuevo que me hacía admirarla aún más.

No podía dejar de recordar cómo habíamos llegado hasta aquí. Esos meses de resistencia, de lucha, de pequeñas discusiones y reconciliaciones, todo el tiempo sabiendo que ambos queríamos algo que, por miedo o terquedad, tardamos en aceptar. Mirarla ahora, jugando con nuestros hijos, me hacía sonreír: nunca había dejado de intentar conseguirla. Cada intento, cada gesto de amor silencioso, cada detalle planeado, todo había valido la pena.

Recordaba también cómo habíamos construido nuestra vida profesional y familiar al mismo tiempo. Clara se había convertido en directora de estrategia de *Híspalis Global Tech* hacía tres años, un puesto que merecía sin discusión. Su habilidad para analizar, liderar y ejecutar proyectos la había hecho imprescindible para la empresa, y yo no podía sentirme más orgulloso. La veía crecer profesionalmente, lidiar con contratos internacionales, equipos complicados y reuniones maratonianas, y a la vez ser la madre excepcional de Paula y Adrián.

Inés, su hermana, también había encontrado su camino. Estaba a punto de casarse con uno de los trabajadores de *Híspalis*, y su consulta de psicología especializada en niños y adolescentes prosperaba cada día más. Verla feliz y realizada, y ver cómo Paula y Adrián crecían admirando a su tía, me llenaba de orgullo y tranquilidad.

Aquel día en particular, mientras Clara me lanzaba bloques con Adrián en brazos y Paula corría alrededor, sentí que todo había encajado finalmente.

Elvira, mi madre, siempre estaba pendiente de cada nieto, queriéndolos a todos por igual y consintiéndolos como buena abuela que era. Los padres de Clara estaban igual de encantados, siempre orgullosos de ver a sus nietos crecer en un hogar lleno de amor y respeto.

En ese momento, Adrián derribó la torre de Paula, y ella gritó, enfadada pero divertida, mientras yo la consolaba y Clara nos miraba riendo. Fue uno de esos instantes en que el caos se convertía en alegría, y la risa se convertía en un lenguaje propio del amor.

Más tarde, mientras los niños dormían la siesta, nos sentamos en la terraza acristalada, contemplando el jardín. Hablamos de los retos de la semana, de proyectos en la empresa y de nuestros planes futuros, pero también de cosas sencillas: viajes que queríamos hacer, cenas con mi hermano y Noelia, tardes de lectura en el sofá. Todo parecía más valioso porque lo compartíamos juntos.

—Nunca pensé que la vida pudiera ser así de completa —dije, cogiendo la mano de Clara—. Gracias por elegirme.

Ella me miró, con los ojos brillantes y una sonrisa que lo decía todo.

—Y yo nunca pensé que alguien pudiera amarme tanto sin querer cambiarme.

Nuestros hijos volvieron a aparecer en escena, corriendo y gritando, y nos reímos de nuevo. Cada día era una mezcla de responsabilidades y momentos preciosos que parecían insignificantes, pero que, al mirar atrás, se convertían en recuerdos imborrables.

A mi mente volvieron imágenes de nuestra boda, de aquella ceremonia que había sellado nuestra historia de amor de manera oficial. Recordaba cómo las miradas de complicidad entre Clara y yo habían sido captadas por todos los invitados, y cómo ese amor se había extendido hacia la familia entera.

Rober y Noelia también eran un reflejo perfecto de lo que la vida podía ofrecer: un amor sólido, divertido, y dos hijos que se habían convertido en parte inseparable de nuestra rutina.

La tarde avanzaba, y mientras observaba a Clara jugando con nuestros hijos en el jardín, recordé cada momento que nos había llevado hasta aquí: el primer beso, la resistencia, las discusiones, los abrazos robados. Todo formaba un mosaico que finalmente se había completado, y la felicidad que sentía era incalculable.

Suspiré y pensé en la flecha de Cupido. Aunque tardé en conseguir a Clara, aunque hubo obstáculos y momentos de duda, nunca dejé de intentarlo. Porque cuando Cupido lanzaba su flecha, no lo hacía por casualidad: lo hacía porque sabía que esa persona era la única que podía completarnos, la única que nos

hacía sentir completos, amados y comprendidos. Y Clara siempre había sido, era y sería esa persona para mí.

Nos recostamos en el césped, abrazados, escuchando las risas y gritos de los niños, sintiendo cómo la brisa cálida de la tarde nos acariciaba. No había prisa, no había agenda, solo nosotros, nuestra familia y la certeza de que habíamos encontrado nuestro lugar en el mundo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Clara, apoyando la cabeza en mi pecho—. Creo que este es el momento perfecto.

—Sí —respondí, abrazándola con fuerza—. Porque estando juntos siempre es perfecto.

Y mientras la veía cerrar los ojos con una sonrisa tranquila, supe que cada día, cada desafío y cada alegría compartida eran la prueba de que, aunque el amor a veces tardaba en llegar, cuando llegaba, permanecía para siempre.

La flecha de Cupido me había alcanzado hacía años, y no había duda: había dado en el blanco. Clara era mi hogar, mi familia, mi todo. Y por primera vez en mi vida, entendí que la paciencia, la persistencia y la fe en aquello que uno sabía que era lo correcto, llevaban a una felicidad que nunca se olvidaba.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu